



JOSE JOAQUIN DE OLMEDO

# POESIAS

PRECEDIDAS DE UNA CONFERENCIA  
ACERCA DE LA PERSONALIDAD DEL  
AUTOR, DADA EN EL ATENEO DE  
: : : : : MADRID : : : : :

POR

CESAR E. ARROYO

BIBLIOTECA NACIONAL

QUITO - ECUADOR

COLECCION GENERAL

Nº 7724 AÑO 1991

PRECIO DONACION

0003172



CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones  
de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio  
en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 166.—BARCELONA

---

Es propiedad de la Casa Editorial Maucci

---



## DON JOSE JOAQUIN DE OLMEDO

~~~~~

Conferencia leída en el Ateneo de Madrid, en  
el curso de 1913, por don César E. Arroyo.

La epopeya de la Independencia española y la epopeya de la emancipación americana—consecuencia ésta de aquélla—fueron, en el campo del pensamiento, a la manera de ígneas y fecundas tempestades que, arrasando con lo viejo, artificioso y caduco, hicieron surgir una nueva y lozana floración de vida y de arte.

Clareaba en los horizontes históricos la aurora roja del siglo XIX, y un viento huracanado y renovador, procedente del formidable equilibrio necesario de la Gran Revolución, envolvía al mundo, agitando las cabezas empelucadas y fecundándolas con los gérmenes de las nuevas ideas; barriendo las relamidas y delicadas figurinas watteau; arrebatando de manos de los poetas las frágiles flautas y sistros bucólicos, que se cambiaban por la trompa

épica y por la negra lira de bronce que, al ritmo de enardecidos corazones, vibrara allá, en tiempos de Tirteo. Los pueblos hispánicos, desorientados, sin gafas, pero sintiendo en lo profundo de su ser la divina noción de patria y la sublime intuición del sacrificio, empuñan todas las armas para conquistar su libertad y cantan sus luchas, sus rotas y sus victorias, por boca de sus grandes poetas: Quintana y Gallego, en España, y José Joaquín de Olmedo, en América.

No obstante, estos poetas resultaban revolucionarios en el fondo y clásicos en la forma: no podían sustraerse a los prejuicios dogmáticos, a los cánones clásicos, a las trabas y los preceptos de la forma, que continuaban moldeando la inspiración, sujetando el vuelo, quitando espontaneidad a los cantores de todas las libertades. Es que aún quedaban en el ambiente resabios de esa época de decadencia que a la gesta heroica había precedido, porque a todas las epopeyas preceden períodos de decadencia, en los que la vida que va a estallar parece que se afina, que se utiliza en la languidez muella y algo morbosa de todos los refinamientos. Fácil nos sería aquí abundar en citas históricas: la decadencia helena que precedió a la conquista romana, la decadencia romana que precedió a la invasión bárbara, la decadencia francesa que fué el prólogo de la Revolución, hasta la maravillosa decadencia del París siglo xx, en los catorce años anteriores a la apocalíptica tragedia que, con la sensibilidad hipertrofiada y el alma atónica, todos presenciáramos. Queremos solamente señalar aquí, cómo una de esas decadencias, la de las postrimerías del siglo xviii, se reflejó en el arte, comunicándole su amaneramiento, su a'ambicamiento, su artificio, que

se rompieron, en la esfera social y política, con la Revolución, y en la literaria y artística, algo después, con la epifanía gloriosa del Romanticismo que, como un sol, apareció desgarrando las nieblas de Alemania para seguir, triunfante, iluminando todo el vasto límpido cielo de la civilización occidental.

Quintana, Gallego, Olmedo, son poetas de transición entre el engolamiento del siglo XVIII, que se retrata en Meléndez Valdés y en Cienfuegos, y la explosión romántica de la primera mitad del siglo XIX, que culmina en el Duque de Rivas, Espronceda y el gran Zorrilla. De temperamento, educación y gusto clásicos, los primeros, la época inflamada los arrebató, y son ellos, en lengua castellana, atentos y atentos los mares, los cantores de la Independencia. El estudio de estos poetas está ya hecho y agotado, y pretensión rayana en la insensatez fuera en mí intentar decir algo nuevo de ellos, a estas alturas y ante un público como el que me dispensa la alta merced de escucharme. Vengo únicamente, impulsado por un sentimiento de patria y de patria distante, a evocar a Olmedo—su estudio está también agotado—, a recordarlo, en su triple aspecto de hombre bueno y sabio, de prócer creador de patrias y de vate glorificador de los héroes y de la libertad.

El punto de partida de esta evocación se remonta al año de 1757, en que el capitán don Miguel Agustín de Olmedo, hidalgo malagueño, embarcó en Cádiz para ir a desempeñar el cargo de Administrador de Rentas Reales en Panamá, trasladándose, pocos años después, a Guayaquil, en donde se estableció definitivamente, llegando a desempeñar los más elevados puestos de la ciudad, como Síndico, alcalde y Jefe del Cabildo. Allí había contraído matri-

monio este don Miguel Agustín, cuya fortuna y posición se hablan consoñado, con doña Ana Francisca Mururi, de las más linajudas familias del lugar, teniendo el matrimonio dos vástagos: un hijo y una hija.

El primogénito, José Joaquín de Olmedo y Marquí, a quien estaban reservados tan altos e inmortales destinos, nació el día 19 de Marzo del año de 1780, en Guayaquil, que entonces formaba parte de la antigua Presidencia de Quito, y hoy es la segunda ciudad y el puerto más importante de la actual República del Ecuador.

No tendría aún diez años el niño cuando lo llevó su padre al Colegio de San Fernando, de Quito, dirigido por los PP. Dominicanos, en donde cursó los estudios de humanidades y latinidad, terminados los cuales fué enviado a Lima, bajo la guarda de su pariente, el obispo don José V. Silva y Olave, para ingresar al Colegio de San Carlos, en el cual tanto se destacó, por sus talentos y bellas prendas el adolescente que a los veinte años era catedrático de Filosofía, tras de haber triunfado en reñidas oposiciones. Luego pasó a la célebre Universidad de San Marcos, obteniendo en 1808, el título de abogado y entrando a formar parte del claustro de la Universidad, como profesor de Digesto, por elección unánime de los catedráticos. Después revalidó su título en la Universidad de Santo Tomás de Aquino y se incorporó al Colegio de abogados de Quito.

A partir de este momento, la instrucción académica de Olmedo está terminada. Su cultura tiene honda raigambre; sobre sólidas bases se sustenta su acervo espiritual, y es copioso y de la mejor ley su bagaje científico y literario. La formación

do hombres así, de verdaderos maestros, como Olmedo, Bello, Espejo, Mexía, Caldas y cien más, nacidos y educados bajo el régimen colonial, son la prueba viva y palmaria del estado de florecimiento en que España mantenía la cultura en el Mundo que descubrió, conquistó y civilizó; tan contrario, en su realidad honrosa, a la leyenda de atraso, de obscuridad y de ignominia que la mala fe, la pasión y la ignorancia han forjado en torno a esos tiempos que fueron de preparación, de formación y, como tales, tenían que ser silenciosos, lentos y difíciles.

Las poesías considerables de Olmedo que corresponden a esta primera época, son las tituladas: «El árbol», «A un amigo en el nacimiento de su hijo», «A la muerte de la Princesa de Asturias», y en ellas están en germen, en bronce, en flor, el estro magnífico, los dones de poeta soberano que esplenden en sus cantos futuros.

En 1810 fué elegido Diputado por Guayaquil a las célebres Cortes constituyentes españolas que se reunieron en la isla de León, continuando sus sesiones en Cádiz, adonde llegó Olmedo en 1811, tomando asiento en la gran Asamblea de la que llegó a ser Secretario y miembro de la Comisión permanente. Olmedo, cuyos talentos y facultades le llevaban por otros caminos que el de la elocuencia parlamentaria, no se destacó por la brillantez de su palabra, como su compañero, el glorioso quiteño, don José Mexía y Lequerica, Diputado por Santa Fe, y cuyo verbo encendido de amor a la libertad y a la democracia resonó tantas veces triunfante, rimando dignamente con los de Argüelles y Muñoz Torrero, en el recinto augusto de esa memorable Asamblea. No obstante, Olmedo in-

tervino, con éxito, en varias discusiones, sustentando siempre, con toda lealtad, sus ideas liberales: a su iniciativa y tesonero empeño se debió en gran parte, la abolición de la especie de trabajos forzados que, con el nombre de *mitas*, imponía la administración española en sus provincias de ultramar. Perteneció también a la Comisión que propuso y obtuvo de las Cortes la anulación del tratado celebrado entre Napoleón y Fernando VII, imponiendo al Monarca el deber de jurar y cumplir la Constitución del Estado. Disueltas, por esta causa las Cortes, y restablecido el absolutismo, con todos sus abusos y demasías, comenzó la persecución de los diputados que en las Cortes habían sustentado ideas liberales, viéndose obligado, por esta causa, Olmedo a permanecer oculto en Madrid durante algún tiempo, hasta que, al fin, pudo salir de España, llegando a Guayaquil en 1816.

José Joaquín de Olmedo, cuya firma consta al pie de la famosa Constitución del año 12, punto en que se inicia el actual sistema constitucional de España, pertenece al grupo excelso de los inmortales legisladores de Cádiz, y por este concepto, sería también gloria española, si ya no lo fuera, por el hecho de nacer español y haber cantado, en lengua castellana, acontecimientos de la raza, con igual espíritu y entonación que los mayores vates del parnaso hispano.

Desde 1809, en que la heroica y legendaria ciudad de Quito lanzó en el Continente el primer grito de independencia, ardía la revolución en toda la América española. Tímido, vacilante, subterráneo, fué al principio el movimiento. Muchas más veces derrotados que victoriosos, los guerrilleros americanos no cejaban en su empeño de llegar a go-

bernarse por sí mismos. Fracasado el intento de aquel soñador valeroso y excelso que se llamó Miranda, la ardua empresa de la creación de nuevas nacionalidades parecía irrealizable, cuando en el vasto y convulso escenario de la América austral, apareció el genio que la humanidad necesita en los momentos culminantes y decisivos de su historia: Simón Bolívar, que condensó en su múltiple personalidad gigante todos los anhelos de liberación y todas las ansias de reivindicación de los pueblos que, a toda costa, querían tener patria independiente, y que no satisfecho con libertar el suelo en que naciera, acometió y realizó, en una gesta digna de epopeya, la inaudita empresa de libertar una gran parte del Nuevo Mundo, la misma que hoy forman cinco naciones autónomas y soberanas.

El eco resonante de las victorias de Bolívar, y el amor a la libertad que siempre había sentido, hicieron que la ciudad de Guayaquil proclamara su independencia, el 9 de octubre de 1820, eligiendo a Olmedo para ejercer la primera autoridad con el título de Jefe político. Al mes siguiente, pareciéndole muy pesada carga para sus hombros las responsabilidades del poder ejercido sobre un pueblo que se iniciaba en la ciudadanía y en una época asaz agitada y convulsa, propuso a los comicios populares que eligieran una Junta de gobierno, procediéndose así y resultando elegido el mismo Olmedo, como Presidente, y como miembros, don Francisco Roca y don Rafael Jimena, quienes estaban respaldados y sostenidos por todas las fuerzas vivas de la ciudad.

Guayaquil, apenas nacido a la vida independiente comenzaba, con débiles y vacilantes pasos, a recorrer el camino de la libertad. Todo era incertidumbre



y desorientación en esos primeros momentos. El parecer de los habitantes, sobre la suerte que debía correr la ciudad, estaba dividido: unos eran partidarios de la anexión a Colombia; otros, de la anexión al Perú; algunos creían que debía constituirse un Estado, con solo la provincia de Guayas, y otros, que se debía formar la República con los tres grandes departamentos del Guayas, Pichincha y Azuay, análoga a la que, con el nombre del Ecuador, se constituyó después y existe hoy. De este último parecer era Olmedo, cuyo amor a su ciudad natal fué en su corazón, un sentimiento hondo, entrañable y nunca desmentido.

Hallábase el Libertador Simón Bolívar, durante aquella sazón, en Pasto, luchando tesoneramente no sólo contra los españoles, sino contra los mismos pastusos, que rechazaban el nuevo régimen y se empeñaban tozudamente en seguir siendo colonos. Después de enviar Bolívar en auxilio de Guayaquil y de Quito un aguerrido batallón al mando del egregio general Antonio José de Sucre —el héroe sin tacha y sin mancha, la personalidad más pura de la Independencia americana—, comprendiendo que se le iba a escapar aquel preciado fragmento de Colombia, fué en persona a Guayaquil, con su genio dominador se impuso a todos y, sin pérdida de momento, proclamó la anexión de la ciudad a Colombia, mandando izar el pabellón tricolor en la plaza principal y a la entrada del puerto.

Para apreciar en su justo y subido valor el acto de Bolívar, que consolidó la integridad de la patria colombiana, ya totalmente libre, gracias a la gran victoria obtenida por Sucre y sus ejércitos en las faldas del Pichincha, a la vista de la ciudad

de Quito, el 24 de Mayo de 1822, hay que tener en cuenta que aquella ciudad de Guayaquil y su provincia, sobre las que tantas miradas codiciosas se han dirigido siempre, constituyen uno de los parajes más ricos y maravillosos de toda la América tropical. El viajero que venga del sur, costeamdo el Océano Pacífico, después de sentir la angustia de las playas peruanas, estepas desoladas, arenales yermos y sedientos, queda de pronto deslumbrado al entrar en el golfo de Guayaquil. El cuadro se ha transformado como por encanto. A la monotonía tediosa de la playa desnuda y aplastada bajo un sol de castigo, ha sustituido un mágico panorama, pleno de luz, de exuberancia, de fecundidad y de color. Allí está la *Virgen América* vestida con todas sus galas fastuosas y milenarias: islas verdes que parecen una ofrenda floral del Continente al mar; playas revestidas de espesos y lujosos bosques; un río ancho y rumoroso que trae centenares de embarcaciones de todas clases, cargadas de los preciados frutos de que es pródiga la generosa naturaleza tropical. La brisa es tibia y está saturada de perfumes silvestres. En el cielo azul y radiante, se contonea el sol del Ecuador. Siguiendo bajo el sortilegio del esplendoroso fasto ecuatorial, aguas arriba, el curso de ese río, a las pocas horas de navegación, se llega frente a la ciudad de Guayaquil, que recorta su silueta ajrosa y blanca, rayada por un bosque de mástiles, sobre la varia gama verde de la fronda y el azul bruñido del firmamento. Al norte, en lonjananza, como un fantasma blanco, rompiendo las nubes con su frente, yergue su soberbia testa cana el Chimborazo. El preside el cuadro, y es como una divinidad tutelar e inaccesible que vigilara eternamente la in-

tegridad de la patria, una, grande y perdurable.

Terminada su gestión gubernativa, Olmedo partió a Lima. Allí fué elegido diputado al Congreso Constituyente que se reunió, en la ciudad de los Reyes, en Septiembre de 1822, y que fué el que dió la primera Constitución peruana, en la que Olmedo tomó parte principalísima, ya que fué quien redactó el proyecto de esa Carta Política.

Este mismo Congreso Constituyente resolvió, en 1823, llamar a Bolívar en auxilio del Perú, que, a pesar de los heroicos esfuerzos hechos por el benemérito general San Martín, tenía aún en poder de las esforzadas huestes españolas, mandadas por el general Canterac, buena parte del país. Olmedo fué el designado para ir a Quito, donde en ese entonces se encontraba Bolívar, a solicitar su decisiva intervención en favor de la causa peruana.

La memorable entrevista de los grandes hombres fué en extremo cordial. El poeta magistrado y legislador, dirigiéndose al guerrero gen'ral, le dijo, entre otras cosas: «Todos, Señor, son elementos que sólo esperan una voz que los una, una mano que los dirija, un genio que los lleve a la victoria. Y todos los ojos, todos los votos, se convierten naturalmente a V. E.» «Señor Diputado—contestó Bolívar—yo ansío por el momento ir al Perú; mi buena suerte me promete que bien pronto verá cumplido el voto de los hijos de los Incas, y el deber que yo mismo me he impuesto, de no reposar hasta que el Nuevo Mundo haya arrojado a los mares a todos sus opresores.» Y así fué, efectivamente. El libertador que había emancipado ya a los pueblos que hoy comprenden las Repúblicas de Venezuela, Colombia y Ecuador, y que había jurado no descansar hasta ver a toda la América

libre, no descaba otra cosa que volar al sur. Aceptó pues, en seguida y del mejor grado, la invitación que se le hacía, tan acorde con sus designios, partiendo en seguida al Perú, en el que tomó el título de Dictador, asumiendo el mando supremo del ejército patriota, que en las célebres y gloriosas jornadas de Junín y Ayacucho, aquélla dirigida personalmente por Bolívar y ésta por Sucre, selló para siempre la libertad de la América española.

Con estas acciones memorables se cierra el ciclo heroico en el mundo de Colón. La lucha, siempre empeñada y valiente, fué noble de ambas partes. Guerra leal y caballeresca, no dejó tras sí ni vencedores ni vencidos. Desvanecidos los ecos de los últimos fragores, extinguida la postrer llamarada de la conflagración, ningún rescoldo de odio para el adversario de un tiempo quedó en el campo de la América, que siguió siendo tanto o más española que antes. Lo único que se cambió fué un régimen político; pero no se borró ni se forció el curso de una civilización inapreciable, contra cuya continuidad nadie atentó ni pretendió atentar. Cuanto más se examinan esos acontecimientos históricos, a la luz de moderna investigación, más se convence uno de la verdad de lo afirmado por historiógrafos, pensadores y sociólogos, de diversos países, al sentar que la guerra de la Emancipación americana contiene en sí todos los elementos que caracterizan a las guerras civiles.

La gesta heroica de la Independencia y el genio político y guerrero que la realizara hallaron en Olmedo cantor condigno. De todas las composiciones poéticas que surgieron al calor de esa época inflamada, en la que se decidieron los destinos de un

mundo, lo único que queda y que quedará, con un valor estético perdurable, será el famoso poema de José Joaquín de Olmedo, titulado: *La Victoria de Junín. Canto a Bolívar*, pieza épica de maravillosa inspiración, de purísima factura clásica y de una gran consistencia y elegancia de técnica. El triunfo de Junín lo inspiró, habiendo sido ampliado, en las nobles proporciones que muestra, al saber el poeta el resultado definitivo y glorioso de la batalla de Ayacucho. Este monumento literario, el más espléndido y duradero de cuantos se hayan consagrado, en el Nuevo Mundo, a Bolívar y a los héroes de la Independencia, data del año 1825. Es el canto más célebre y popular en Hispanoamérica, habiendo sido estudiado, dentro y fuera de ella, por los más eximios maestros de la crítica literaria del pasado siglo, desde Bello hasta Menéndez y Peñayo. Pero el primero, el mejor juez de esta obra, ha sido el mismo héroe protagonista del poema, el propio Bolívar, cuyo genio universal y protéico abarcaba las, al parecer, más opuestas y desemejantes disciplinas.

Y esto es verdad, hasta el punto de que, para exponer, de manera cabal, el plan del celeberrimo canto y apreciar su valor estético, nada mejor que transcribir, siquiera fragmentariamente, la íntima correspondencia que, acerca del poema, sostuvieron Olmedo y el Libertador Simón Bolívar. Esto es lo que voy a hacer ahora, seguro de que el ilustrado auditorio me perdonará la extensión de la cita, en mérito a lo excelso de su procedencia.

Olmedo, en carta dirigida a Bolívar, desde Guayaquil, en 15 de mayo de 1825, le dice, entre otras cosas:

«Mi querido señor y muy respetado amigo: Ya habrá usted visto el parto de los montes. Yo mismo no estoy contento de mi composición, y así no tengo derecho de esperar de nadie aplauso ni piedad.

. . . . .  
 . . . Mi plan fué éste. Abrir la escena con una idea rara y pindárica. La musa arrebatada con la victoria de Junín emprende un vuelo rápido; en su vuelo divisa el campo de batalla, sigue a los combatientes, se mezcla entre ellos y con ellos triunfa. Esto le da ocasión para describir la acción y la derrota del enemigo. Todos celebran una victoria que creían era el sello de los destinos del Perú y de la América; pero, en medio de la fiesta, una voz terrible anuncia la aparición del Inca en los cielos. Este Inca es emperador, es sacerdote, es profeta. Este, al ver por primera vez los campos que fueron teatro de los horrores y maldades de la conquista, no puede contenerse de lamentar la suerte de sus hijos y de su pueblo. Después aplaude la victoria de Junín, y anuncia que no es la última. Entra entonces la predicción de la victoria de Ayacucho.»

«Como el fin del poema era cantar sólo a Junín, y el canto quedaría defectuoso, manco, incompleto, sin anunciar la segunda victoria, que fué la decisiva, se ha introducido el vaticinio del Inca lo más prolijo que ha sido posible para no defraudar la gloria de Ayacucho, y se han menado los nombres del general que manda y vence, y de los jefes que se distinguieron, para dar ese homenaje a su mérito y para darles, desde Junín, la esperanza de Ayacucho, que debe servirles de nuevo aliento y ardor en la batalla. Concluye el Inca de-

scando que no se restablezca el cetro del imperio, que puede llevar al pueblo a la tiranía. Exhorta a la unión, sin la cual no podrá prosperar América; anuncia la felicidad que nos espera; predice que la libertad fundará su trono entre nosotros y que esto influirá en la libertad de todos los pueblos de la tierra; en fin, predice el triunfo de Bolívar. Pero la mayor gloria del héroe será unir y atar todos los pueblos de América con un lazo federal, tan estrecho que no hagan sino un solo pueblo libre por sus instituciones, feliz por sus leyes y riqueza, respetado por su poder.»

«Apenas concluye el Inca, todos los cielos aplauden: de improviso se oye una armonía celestial; es el coro de las vestales del sol, que rodean al Inca como a su Gran Sacerdote. Ellas entonan las alabanzas del sol, piden por la prosperidad del imperio y por la salud y gloria del Libertador. En fin, describen el triunfo que predijo el Inca. Lima abate sus muros para recibir la pompa triunfal: el carro del triunfo va adornado de las Musas y de las Artes; la marcha ya precedida de los cautivos pueblos, esto es, todas las provincias de España representadas por sus jefes vencidos, etcétera.»

«Este plan, mi querido señor, es grande y bello (aunque sea mfo). Yo me he tomado la libertad de hacer este análisis porque temo que a pesar de la perspicacia de usted, usted no conociera toda la belleza de la idea, ofuscada con la muchedumbre de los versos, que es el principal defecto de mi canto. Dispénseme usted, pues, porque yo, descontento de la ejecución, me contento con la bondad del plan, y quisiera fijar las mentes de todos en esto sólo para evitar la infamia de cualquier modo.»

«¿Quiere usted saber hasta dónde van los ardides del amor propio? Pues sepa usted que, en la desgracia de no haber hecho una cosa buena, me consuelo con la idea de que yo podía hacer algo mejor.»

«Deseo que usted me escriba sobre ésto con alguna extensión, diciéndome con toda franqueza todas las ideas que usted quisiera que yo hubiera suprimido. Lo deseo y lo exijo de usted, porque en mi viaje pienso limar mucho este canto y hacer en Londres una regular edición; y para entonces quisiera saber el parecer y juicio de usted . . .

. . . No diga usted que soy tan fastidioso en prosa como en verso: concluyo, pues, reconociéndome como siempre, su más apasionado y más respetuoso servidor.—*Olmedo*.

A esta carta y a otra que, sobre el mismo asunto, le dirigió poco más tarde Olmedo, contestó Bolívar desde Cuzco, en 25 de Junio de 1825 y 12 de Julio del mismo año, con las siguientes admirables epístolas:

«Querido amigo: Hace muy pocos días que recibí en el camino dos cartas de usted y un poema: las cartas son de un político y un poeta, pero el poema es de un Apolo. Todos los colores de la zona tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho, todos los rayos del Padre Manco-Capac, no han producido jamás una inflamación tan intensa en la mente de un mortal. Usted dispara.. donde no se ha disparado un tiro; usted abraza la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamás en Junín;

usted se hace dueño de todos los personajes; de mí forma un Júpiter; de Sucre, un Marte; de Lamar, un Agamenón y un Menelao; de Córdova, un Aquiles; de Necochea, un Paroclo y un Ajax; de Miller, un Diomedes, y de Lara, un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina o heroica que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. Usted nos hace a su modo poético y fantástico, y para continuar en el país de la poesía la ficción de la fábula, usted nos eleva con su deidad mentirosa, como el águila de Júpiter levantó a los cielos a la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastroeros; usted, pues, nos ha sublimado tanto, que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces, el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes. Así, amigo mío, usted nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenón, con la lanza de su Aquiles y con la sabiduría de su Ulises. Si yo no fuera tan bueno, y usted no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que usted había querido hacer una parodia de la Ilíada con los héroes de nuestra pobre farsa. Mas no; no lo creo. Usted es poeta y sabe bien, tanto como Bonaparte, que de lo heroico a lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres. Un americano leerá el poema de usted como un canto de Homero, y un español lo leerá como un canto de facistol de Boileau.»

«Por todo doy a usted las gracias, penetrado de una gratitud sin límites.»

Yo no dudo que usted llenará dignamente su comisión en Inglaterra; tanto lo he creído que,

habiendo echado la faz sobre todo el imperio del Sol, no encontré un diplomático que fuese capaz de representar y negociar por el Perú más ventajosamente que usted. Uní a usted un matemático, porque no fuese que llevado usted de la verdad poética, creyese que dos y dos formaban cuatro mil; pero nuestro Euclides ha ido a abrirle los ojos a nuestro Homero para que no vea con su imaginación, sino con sus miembros, y para que le permita que lo encanten con armonías y metros, y abra los oídos solamente a la prosa tosca, dura y despellejadora de los políticos y los publicanos.» . . . , . . . ( . . . . .

«Tenga usted la bondad de presentar esta carta al Sr. Paredes, y ofrezco las sinceras expresiones de mi amistad.—*Bolívar*.

La otra carta del Libertador, a que hacemos referencia, dice como sigue:

«Mi querido amigo: Anteayer recibí una carta de usted, que no puedo menos que llamar extraordinaria, porque usted se toma la libertad de hacerme poeta sin yo saberlo, ni haber pedido mi consentimiento. Como todo poeta es temoso, usted se ha empeñado en suponerme sus gustos y talentos. Ya que usted ha hecho su gasto y tomado su pena, haré como aquel paisano a quien hicieron rey en una comedia, y decía: «ya que soy rey, haré justicia.» No se queje usted, pues, de mis fallos, pues como no conozco el oficio, daré palo de ciego, por imitar al rey de la comedia que no dejaba títere con gorra que no mandase preso. Entremos en materia.»

«He oído decir que un tal Horacio escribió a los Pisones una carta muy severa, en la que castigaba con dureza las composiciones métricas, y su imitador M. Boileau me ha enseñado unos cuantos preceptos, para que un hombre sin medida pueda dividir y tronchar a cualquiera que hable muy mesuradamente en tono me'odioso y rítmico.»

«Empezaré usando de una falta oratoria, pues no me gusta entrar alabando para salir mordiendo: dejaré mis panegíricos para el fin de la obra, que en mi opinión los mereco bien, y prepárese usted para oír inmensas verdades, o, por mejor decir, verdades prosaicas, pues usted sabe muy bien que un poeta mide la verdad de un modo diferente de nosotros, los hombres de prosa. Seguiré a mis maestros.»

«Usted debió haber borrado muchos versos que yo encuentro prosaicos y vulgares: o yo no tengo oído musical, o son... o son renglones oratorios. Páseme usted el atrevimiento; pero usted me ha dado este poema, y yo puedo hacer de él cera y pabilo.»

«Después de ésto, usted debió haber dejado este canto reposar como el vino en fermentación, para encontrarlo frío, gustarlo y apreciarlo. La precipitación es un gran delito en un poeta. Racine gastaba dos años en hacer menos versos que usted, y por eso es el más puro versificador de los tiempos modernos.»

«El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño.»

«Usted ha trazado un cuadro muy pequeño, para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra a los demás personajes. El Inca Huaina-Capac parece que es el asunto

CULTURA  
BIBLIOTECA  
C. J. O. M.

del poema: él es el genio, él la sabiduría, él es el héroe, en fin. Por otra parte, no parece propio que alabe indirectamente a la religión que lo destruyó, y menos parece propio, aunque no quiera, el restablecimiento de su trono, para dar preferencia a extranjeros que, aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio: este desprendimiento no se lo pasa a usted nadie. La naturaleza debe presidir a todas las reglas, y esto no está en la naturaleza. También me permitirá usted que le observe que este genio Inca, que debía ser más leve que el éter, pues que viene del cielo, se muestra un poco hablador y embrollón, lo que no le han perdonado los poetas al buen Eurique en su arenga a la reina Isabel: y ya usted sabe que Voltaire tenía sus títulos a la indulgencia, y sin embargo, no escapó de la crítica.»

«La introducción del canto es rimbombante: es el rayo de Júpiter que parte á la tierra, a alonar a los Andes, que deben sufrir la sin igual fazaña de Junón: aquí de un precepto de Boileau, que alaba la modestia con que empieza Homero su divina Iliada: promete poco y da mucho. . . .

. . . La estrofa 360 tiene visos de prosa: yo no sé si me equivoco; y si tengo culpa, ¿para qué me ha hecho usted rey?»

«Citemos, para que no haya disputa, por ejemplo, el verso 720:

*Que al Magdalena y al Rimac bullicioso.*

Y este otro 750:

*Del triunfo que prepara glorioso.*

Y otros que no cito por no parecer riguroso e ingrato con quien me canta.»

«La torre de San Pablo será el Pindo de usted y el caudaloso Tamesis se convertirá en Helicón: allí encontrará usted su canto lleno de espírita, y consultando la sombra de Milton hará una bella aplicación de sus diablos a nosotros. Con las sombras de otros muchos felicitos poetas usted se hallará mejor inspirado que por el Inca, que a la verdad, no sabía cantar más que yavarís. Pope, el poeta del culto de usted, le dará algunas leccioncitas para que corrija ciertas caídas de las que no pudo escaparse ni el mismo Homero. Usted me perdonará que me meta tras de Horacio para dar mis oráculos: este criticón se indignaba de que durmiera el autor la Eneida, y usted sabe muy bien que Virgilio estaba arrepentido de haber hecho una hija tan divina como la Eneida después de nueve a diez años de estarla engendrando: así, amigo mío, lima y más lima para pulir las obras de los hombres. Ya veo tierra: termino mi crítica, o mejor diré, mis palos de ciego.»

«Confieso a usted humildemente que la versificación de su poema me parece sublime: un genio lo arrebató a usted a los cielos. Usted conserva en la mayor parte del canto un calor vivificante y continuo: algunas de las inspiraciones son originales; los pensamientos nobles y hermosos; el rayo que el héroe de usted presta a Sucre es superior a la cesión de armas que hizo Aquiles a Patroclo. La estrofa 130 es bellísima: oigo rodar los torbellinos y veo arder los ojos; aquello es griego, es homérico. En la presentación de Bolívar en Junín se ve, aunque de perfil, el momento antes de acometerse Turno y Eneas. La parte que usted

da a Sucre es guerrera y grande. Y cuando habla de Lamar, me acuerdo de Homero cantando a su amigo Mentor: aunque los caracteres son diferentes, el caso es semejante; y por otra parte, ¿no será Lamar un Mentor guerrero?»

«Permítame usted, querido amigo, le pregunte: ¿de dónde sacó usted tanto estro para mantener un canto tan bien sostenido desde su principio hasta el fin? El término de la batalla da la victoria, y usted la ha ganado, porque ha finalizado su poema con dulces versos, altas ideas y pensamientos filosóficos. Su vuelta de usted al campo es pin-dárica, y a mí me ha gustado tanto, que la llamaría divina.»

«Siga usted, mi querido poeta, la hermosa carrera que le han abierto las musas con la traducción de Pope y el canto a Bolívar.»

«Perdón, perdón amigo; la culpa es de usted que me metió a poeta.»

«Su amigo de corazón, *Bolívar*.»

A estas cartas contestó Olmedo con la siguiente, escrita en Londres, el 19 de abril de 1826:

«Todas las observaciones de usted sobre el canto de Junín tienen, poco más, poco menos, algún grado de justicia.»

«Todos los capítulos de las cartas de usted merecían una seria contestación, pero no puede ser ahora. Sin embargo, ya que usted me da tanto con Horacio y con su Boileau, que quieren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas y de pautas

es para los que escriben didácticamente, o para la exposición del argumento en un poema épico. ¿Pero quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un poeta lírico? Toda la naturaleza es suya; ¿qué hablo yo de naturaleza? Toda la esfera del bello ideal es suya. El bello desorden es el alma de la oda, como dice su mismo Boileau de usted. Si el poeta se remonta, dejarlo; no se exige de él sino que no caiga. Si se sostiene, llenó su papel, y los críticos más severos se quedan alóntos con tanta boca abierta, y se les cae la pluma de la mano. Por otra parte, confieso que si cae de su altura, es más ignominiosa la caída, así como es vergonzosísima la derrota de un batadrón. El exabrupto de las odas de Píndaro, al empezar, es lo más admirable de su canto. La imitación de esos exabruptos es lo que muchas veces pindarizaba a Horacio.»

«Quería usted que yo buscara un modelo en el cantor de Henrique. ¿Qué tiene Henrique con usted? Aquél triunfó de una facción, y usted ha libertado naciones. Bien conozco que las últimas acciones merecían una epopeya; pero yo no soy mujer de ésas, y aunque lo fuera, ya me guardaría de tratar un asunto en que la menor exornación pasaría por una infidelidad o lisonja, la menor ficción, por una mentira «mal trovata», y al menor extravío me avergonzaría con la gaceta. Por esta razón, esas obras, si han de tener algo de admirable, es preciso que su acción, su héroe y su escena estén siquiera a media centuria de distancia. ¡Quién sabe si mi humilde canto de Junín despierte en algún tiempo la fantasía de algún nieto mío!—*Olmedo.*»

En 1825, Bolívar, queriendo aprovechar, en bien de esas nuevas patrias, las altas dotes de Olmedo, le confió, en unión de don José Gregorio Paredes, una delicada e importantísima misión diplomática ante el Gobierno de la Gran Bretaña. Con el carácter de Agente diplomático del Perú, Olmedo, a quien el Congreso de este país había concedido los derechos de peruano de nacimiento, partió, como se deduce por las cartas que acabo de leer, a Londres, en donde realizó su difícil misión de la manera admirable que era de esperarse, dejando colmadas las aspiraciones que en él pusieron los pueblos y su Libertador.

La estadía de Olmedo en Londres es interesantísima para las letras hispano-americanas. Allí da a la imprenta la segunda y definitiva edición del *Canto a Bolívar*, emprende la traducción de las célebres epístolas de Pope, y, sobre todo, conoce personalmente y contrae una amistad estrechísima con don Andrés Bello, que entonces residía en la ciudad del Támesis. Olmedo y Bello, nacidos en el mismo año, el uno en Guayaquil y el otro en Caracas, son los dos grandes poetas y maestros de la época, en la América del Sur, los precursores, los sembradores, los que prepararon el movimiento cultural del siglo xix en esa parte del mundo. Profundas analogías de gusto, carácter, educación y tendencias los unen, y varias semejanzas los completan. Los dos son insignes patriotas, los dos tienen un sólido lastre de cultura clásica, los dos son de temperamento apacible, sereno, moderado. Mas Bello es el dulce cantor de la paz, y Olmedo el encendido cantor de la guerra; el primero entona un himno a la agricultura de la zona tórrida, mientras el segundo

lanza el trueno de Junón. Los asuntos de sus poemas capitales no pueden ser más opuestos; pero su forma, eminentemente clásica, es la misma. Ambos están empapados en Virgilio, en Teócrito, en Ovidio, en Horacio y en los clásicos castellanos del siglo de oro.

De Londres fuese Olmedo a París. Inicia entonces con Bello una asidua correspondencia epistolar que dura hasta la muerte del vate de Guayaquil. Esta correspondencia, que ha sido publicada, anotada y comentada por el estudioso don Miguel Luis de Amunátegui en su *Vida de don Andrés Bello*, no puede ser más hermosa ni interesante, ya que descubre, mostrándonos en la intimidad de sus confidencias, a dos nobles y grandes espíritus representativos, y arroja mucha luz sobre zonas oscuras, por falta de datos, de dos figuras americanas de primera magnitud.

Por la nobleza, por la belleza, por la sinceridad con que están sentidas esas cartas, y por las noticias interesantísimas que contienen, bien quisiera transcribir, por lo menos, fragmentos de algunas de esas epístolas; pero el tiempo, tirano inexorable, no permite estas concesiones. Citaré sólo, de pasada, la elegante epístola en tercetos, que Bello dirigió a Olmedo, y que comienza así:

*«Es fuerza que te diga, caro Olmedo,  
que del dulce solaz destituido  
de tu tierna amistad, vivir no puedo.»*

Envío poético que fué contestado con una afectuosísima y efusiva carta, en la que el otro claro



nos. Compasferismo altamente favorable a las letras fué éste de los dos insignes escritores y patriotas. Tiene razón un ilustre literato hispano al comparar esta amistad de Olmedo y Bello con la de Goethe y Schiller, en la Alemania de antaño, estudiosa y romántica.

Al cabo de tres años, Olmedo regresó a Guayaquil, dejando terminada su gestión diplomática. Poco después empiezan para la patria días difíciles y dolorosos. Primero es el Perú que invade el suelo de Colombia, siendo rechazado firmemente por las huestes del general Sucre, que alcanzan sobre los invasores la victoria de Tarqui. Casi en seguida, la Gran Colombia, la grandiosa creación del genio de Bolívar, se divide para formar tres estados independientes: Venezuela, Colombia y Ecuador, tal, poco más o menos, como hoy existen. Sucre, el Gran Mariscal de Ayacucho, el heroico, el virtuoso, cae asesinado, en una emboscada alevosa, en la obscura y trágica selva de Berruecos, el 4 de Junio de 1830, al dirigirse a Quito, después de haber concurrido al Congreso de Cúcuta. Y Bolívar, herido en su alma por la traición que había suprimido al más egregio de sus generales, y que, en una noche nefanda, había llegado a levantar el puñal asesino contra su mismo pecho de Padre de la patria, salvando milagrosamente de ese atentado monstruoso, gracias a la serenidad de una mujer que le adoraba, y herido en su cuerpo por una grave dolencia que minaba su naturaleza extraordinaria, que tan inmenso esfuerzo había derrochado, durante una vida, cual muy pocas en la historia, intensas, agiadas y fecundas; después de contemplar con inenarrable amargura y hondo desaliento la inanidad de su obra,

y exclamar, refiriéndose a ella: «He arado en el mar», expira, frente al Océano, a los cuarenta y siete años de edad, en la quinta denominada *San Pedro Alejandrino*, de propiedad de un caballero español, en Santa Marta, el 17 de Diciembre de 1830. Tranquilo, majestuoso, sereno, penetró en la inmortalidad el Libertador de un mundo. Sus últimas palabras habían sido de perdón, de piedad, de amor para sus compatriotas. «Mis votos—había dicho en su emocionante despedida a los colombianos—son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.»

Idos para siempre los padres de la patria, los héroes epóicos, el Libertador y el más generoso y puro de sus tenientes, sus pueblos son presa inerte de militares ambiciosos y rudos, que juegan sobre el tambor con la suerte de esas nacionalidades, que se destrozan y ensangrientan en encarnizadas y feroces luchas intestinas. En el seno caliginoso y agitado de esas contiendas, han estado muchas veces a punto de naufragar las más nobles y preciadas conquistas de la civilización. la democracia y el derecho. Se inicia la era de los estallidos trágicos, de los golpes de cuartel, de las endémicas revoluciones; males de los que apenas ahora van liberándose, poco a poco, esas nacionalidades.

Separado el Ecuador de Colombia, vinieron sus destinos a parar a manos del general Juan José Flores, nacido en Venezuela, que se había distinguido en la guerra de la Independencia; militar valiente, en extremo ambicioso, no desprovisto de talentos naturales; pero sin cultura ni instrucción

suficientes para organizar y dirigir los primeros pasos de un pueblo, Flores fué proclamado primer Presidente del Ecuador, y primer Vice-Presidente, Olmedo. Este había asistido a la Asamblea Constituyente que se reunió en la ciudad de Riobamba y dictó la primera Constitución del Ecuador, siendo Olmedo uno de sus redactores, como lo había sido antes de la Constitución doceañista de Cádiz, de la Constitución guayaquileña del 9 de Octubre de 1820 y de la Constitución peruana de 1825. En el Poder, Flores, representaba la fuerza, y Olmedo, la inteligencia. Pocosísimo tiempo convivieron juntos en el Gobierno estos dos elementos. El Vice-Presidente renunció en seguida, aceptando luego la Gobernación de la provincia del Guayas.

Contra el régimen militarista del general Flores estalló, en 1833, una formidable revolución que salió a combatirla el Presidente, en persona, al mando del ejército constitucional. Encontráronse los dos bandos en armas en un punto llamado Mifiarica, y tras una lucha desesperada y heroica, digna de mejor causa, fueron los revolucionarios totalmente destrozados, y después de dejar en el campo más de dos mil muertos, se dispersaron, alcanzando el general Flores una victoria completa y definitiva, ya que por ella quedó extinguida la revuelta. Aunque, en el fondo, la razón y la justicia estuvieron del lado de los rebeldes, buena parte de la opinión del país estaba, con el Gobierno, que si bien era verdad que representaba un régimen militarista era, al fin y al cabo, el orden constituido, lo establecido, y el pueblo que sufre y cae estaba ya cansado de levantamientos que nada remediaban y que al día siguiente de

triunfar y ser Poder, caían en iguales o peores errores y abusos que los que se habían lanzado a combatir.

La destrucción rápida, casi fulminante, de esa revuelta fué grata a los ojos de muchos patriotas. A Olmedo le entusiasmó esa jornada hasta el punto de inspirarle su obra quizá más rotunda y perfecta, el prodigioso canto «Al General Flores, vencedor en Miflarica», del que llegó hasta renegar su inspirado autor, cuando, diez años más tarde, aparecía el poeta como uno de los directores de la revolución que, contra el mismo Flores, estalló en Guayaquil, el 6 de Marzo, de 1846; revolución que triunfó y que dió el Poder a un triunvirato formado por Olmedo, D. Vicente Rocafuerte y D. Diego Noboa.

Esta veleidad política, y el haber empleado su estro esplendoroso en cantar una triste contienda fratricida, le han sido censurados muchas veces. Mas ¿cómo puede, en justicia, acusarse a un poeta de inconsecuencia, cuando su espíritu tornadizo e impresionable, juguete de todas las corrientes, está sujeto a todos los cambios y abierto a todas las influencias? Los poetas, perseguidores eternos de la emoción, son espíritus velotas, a merced del soplo inspirador. Son no sólo distintos, sino completamente opuestos a esos hombres rectilíneos, inflexibles, de una sola pieza. Y en cuanto al asunto, ¿qué importa el asunto? El tema en arte es, quizá, lo de menos; el toque está en la manera de desarrollarlo, de ejecutarlo. «Velázquez—dice por ahí ese gran D. Miguel de Unamuno—tomó para asunto de uno de sus cuadros al Bobo de Coria, e inmortalizó al Bobo y a Coria». Lo mismo aconteció con



Olmedo: tomando como héroe de uno de sus más grandiosos poemas a Flores, un militar valiente y ambicioso, pero nada más, lo inmortalizó; y ese caudillo, sirviéndole de fondo el campo obscuro y trágico de Mifarica, vivirá en la memoria de los hombres mientras exista la lengua castellana, tal es la taumatúrgica virtud que el arte creador puede comunicar.

Ante la Convención reunida en Cuenca del Ecuador, declinaron el poder los miembros del triunvirato. Esa misma Asamblea tenía que elegir el Presidente Constitucional de la República. Concretada la votación a los candidatos Olmedo y Roca, triunfó éste, por un solo voto; y este triunfo representó el del militarismo sobre el civilismo; el de la fuerza sobre la intelectualidad. En ese difícil momento histórico en que todas las violencias se habían desatado sobre la República naciente, se consideró, por la mayoría, sin desconocer los grandes merecimientos y las altas dotes políticas de Olmedo, su exaltación al solio, inconveniente, porque el país, convulso, entregado al pleno régimen de la fuerza, necesitaba de un brazo férreo y militar como el de Roca para salir avante. Y quién sabe hasta qué punto tuvieron razón los legisladores ecuatorianos de ese entonces. Roca gobernó en medio de un verdadero torbellino de pasiones en fusión y de ambiciones desenfrenadas. En esas circunstancias, no es aventurado suponer que hubiera sucumbido la dirección suave y científica de Olmedo, o quizá éste, con la visión profética de su don genial, hubiera sabido librar a la República del militarismo, conduciéndole por más nobles y serenos caminos. De todas maneras, el Ecuador hubiera hoy tenido la honra de poder contar

entre sus presidentes a una de las más célebres figuras americanas.

El nuevo Presidente encomendó a Olmedo la gestión de reclamar al Gobierno peruano los restos del general La Mar, héroe de la Independencia y primer Presidente del Perú, nacido en el Ecuador. A Lima fué Olmedo, en cumplimiento de misión tan piadosa, y ésta, que no tuvo eficacia, fué la última que realizó al servicio de su patria. De vuelta a Guayaquil, herido ya de muerte por incurable y cruel dolencia—un cáncer intestinal—, falleció el gran hombre, el 17 de febrero de 1847, a los sesenta y siete años de edad, en medio de su mujer y de sus hijos. Desde 1817 estuvo casado con la muy noble dama doña Rosa de Icaza, habiendo tenido con ella tres hijos, la primera, Rosa Perpetua, que murió niña, y Virginia y José Joaquín, que sobrevivieron muchos años a su ilustre padre.

Desligado ese superior espíritu de la frágil materia ya caduca, dolorida y débil, nace para la inmortalidad el esclarecido nombre de José Joaquín de Olmedo, grande entre los grandes de Hispanoamérica. El Perú y Colombia le consideran como gloria propia, el Nuevo Mundo que habla castellano, le reconoce y proclama como uno de sus mayores maestros; España, por autoridad de la alta crítica literaria que ejercieron Valera, Cañete y Menéndez y Pelayo, le coloca en el mismo plano que Quintana, y el Ecuador, la verdadera patria de Olmedo, hace de su memoria un culto, y con él se enorgullece como de una de sus más puras y legítimas glorias.

Al llegar, en la narración, al término inevitable y fatal de la muerte, los biógrafos de Olmedo se han mostrado, a veces, divididos, según sus ideas

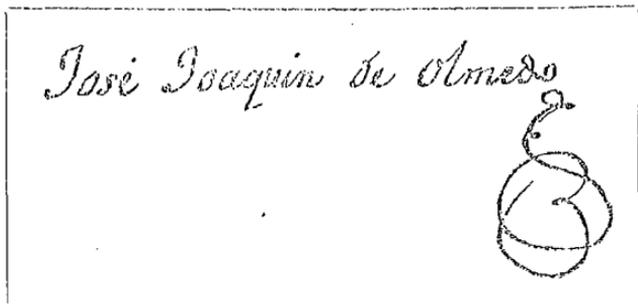
religiosas. En tanto que unos afirman que recibió, con ansiosa piedad, los últimos sacramentos, otros lo niegan, asegurando que el poeta que sintió la duda y tuvo fines voltarianos en el soneto a la muerte de su hermana y en alguna de sus últimas cartas a D. Andrés Bello, penetró tranquilo, fuera de toda confesión religiosa, en el *más allá*, cuyo obscuro enigma tanto nos preocupa y nos conturba. Mas, no creemos que a las alturas del sereno ambiente de respeto y de tolerancia a todas las ideas filosóficas y a todos los sentimientos religiosos a que hemos llegado, pueda preocupar ni significar nada un acto que cae bajo el dominio del fuero interno de la persona humana, más allá del umbral que a nadie le es lícito traspasar.

Pasemos, pues, ésto por alto, y, para terminar este esbozo, fijémonos más bien, en el aspecto físico del vate prócer, que siempre es grato e interesante contemplar los retratos, ennoblecidos de página, de las grandes figuras de otras épocas. Olmedo, físicamente, era un hombre muy siglo XVIII; fino, esbelto, acicalado, sin ser un petimetre. Cabello castaño, frente ancha y abombada, ojos penetrantes. Mas ¿para qué vamos a seguir dibujando, con toscos e ingenuos brazos, su figura, si él mismo se pintó de mano maestra, en 1803, en el acertado, en el hechicero, en el donoso auto-retrato, dedicado a su hermana ausente, verdadera joya de esmalte, por su gracia, por su firme dibujo, por su brillante colorido, y que consta en todas las colecciones de sus pocas, pero admirables poesías?

Tal fué el hombre, grande entre los grandes de su siglo y de su raza. Por cualquiera de sus varios aspectos sería célebre, con celebridad perenne y luminosa, en los fastos de esa América nuestra,

pródiga y tumultuaria. Su posición en la historia de la poesía castellana del pasado siglo, está en lugar eminente, y es inapreciable el valor de su obra, como reflejo de una época decisiva y memorable, y como aporte magnífico a la literatura de todo un Continente.

CÉSAR E. ARROYO



Firma autógrafa de Olmedo



# POESIAS







## MI RETRATO

(A MI HERMANA MAGDALENA)

### I

¡Qué dignos son de risa  
esos hombres soberbios  
que piensan perpetuarse  
pintándose en los lienzos!  
De blasones ilustres  
sus cuadros están llenos,  
de insignias y de libros  
y pomposos letreros.  
De este modo ellos piensan  
que sus retratos viejos  
serán un gran tesoro  
a sus hijos y nietos;  
y que todos los hombres  
del siglo venidero  
su arrugada figura  
mirarán con respeto.  
¡Oh! ¡cómo se disipan  
esas torres de viento!  
Tú alguna vez me viste  
reirme de mi abuelo  
con su blonda peluca  
y sus narices menos.

Si los hombres se olvidan  
aun de los hombres muertos,  
¿qué no harán, hermanita,  
qué no harán con los lienzos?  
En rincones oscuros,  
de vil polvos cubiertos,  
aun los hombres más grandes  
duermen un sueño eterno.  
Permíteme que piense  
de un modo muy diverso:  
otros enhorabuena  
quieran hacerse eternos,  
por sus grandes hazañas,  
por sus grandes talentos;  
pero yo ¡vida míal,  
más mérito no tengo  
que ser hermano tuyo,  
pues lo demás es menos.  
Y como el hombre sabio,  
filósofo y modesto,  
con la vida presente  
sólo vive contento,  
deja que, en cuanto pueda,  
imite estos ejemplos,  
pues el sabio, en sus obras  
nos deja su diseño.

Así no me interesa  
que tuviesen Homero,  
Virgilio, Horacio, Ovidio,  
buen rostro o rostro feo:  
instrúyanme sus obras;  
deléitennme sus versos;  
lo demás, ¡amor míal,  
no merece un deseo.

Deja que quieto viva  
en el presente tiempo,  
pues el tiempo futuro,  
ya yo estaré muy lejos,  
insensible al aplauso,

insensible al concepto  
que de mí formar quieran  
los sabios y los necios.  
Gózate que no tenga  
esos vanos deseos.  
Deja que sin desquite  
en mis alegres versos,  
muy ufano me ría  
de esos hombres soberbios  
que piensan perpetuarse  
pintándose en los lienzos.

## II

¡Cuán duro es retratarse,  
y más cuando uno es feo!  
Por ti hago el sacrificio.  
Lo mandas; te obedezco.  
El pintor soy yo mismo;  
venga, venga un espejo  
que fielmente me diga  
mis gracias y defectos.  
Ya está aquí: no tan malo:  
yo me juzgué más feo,  
y que al verme, soltara  
los pinceles, de miedo.  
Pues ya no desconiffo  
de darte algún contento,  
y más cuando me quieres  
y yo me lo merezco.  
Imágnate, hermana,  
un joven, cuyo cuerpo  
tiene de alto dos varas,  
si les quitas un dedo.  
Mi cabello no es rubio,  
pero tampoco es negro,  
ni como cerda liso,  
ni como pasa crespo.  
La frente es espaciosa,

como hombre de provecho;  
 ni estirada, arrugada,  
 ni adusta mucho menos.  
 Las cejas bien pobladas  
 y algo obscuro su pelo,  
 y debajo, unos ojos  
 que es lo mejor que tengo:  
 ni muy grandes, ni chicos,  
 ni azules, ni muy negros,  
 ni alegres, ni dormidos,  
 ni vivos, ni muy muertos.  
 Son grandes las narices,  
 y a mucho honor lo tengo,  
 pues narigones siempre  
 los hombres grandes fueron:  
 el célebre Virgilio,  
 el inmortal Homero,  
 el amoroso Ovidio,  
 mi amigo y mi maestro.  
 La boca no es pequeña,  
 ni muy grande en extremo:  
 el labio no es delgado,  
 ni pálido, o de fuego.  
 Los dientes son muy blancos,  
 cabales y parejos,  
 y de todo me río  
 para que puedan verlos.  
 La barba es algo aguda,  
 pero con poco pelo:  
 me alegro, que eso menos  
 tendré de caballero.

Sobre todo, el conjunto  
 algo tosco lo creo:  
 El color no es muy blanco,  
 pero tampoco es prieto.  
 Menudas, pero muchas  
 encarañitas tengo,  
 pues que nunca faltaron  
 sus estrellas al cielo.  
 Mas por todo mi rostro



vaga un aire modesto,  
cual velo transparente  
que encubre mis defectos.

Hermana, ésta es mi cara:  
¿Qué tal? ¿te ha dado miedo?  
pues aguarda, que paso  
a pintarte mi cuerpo.  
No es largo, ni encogido,  
ni gordo, mi pescuezo:  
tengo algo anchos los hombros  
y no muy alto el pecho.  
Yo no soy coreobado,  
mas tampoco muy tieso:  
aire de petimetre  
ni tengo ni lo quiero.

La pierna no es delgada,  
el muslo no muy grueso,  
y el pie que Dios me ha dado  
no es grande ni pequeño.  
El vestido que gasto  
debe ser siempre negro,  
que, ausente de ti, sólo  
de luto vestir debo.

Una banda celeste  
me cruza por el pecho,  
que suele ser insignia  
de honor en mi colegio.  
Ya miras cómo en todo  
disto de los extremos;  
pues lo mismo, lo mismo  
es el alma que tengo.  
En vicios, en virtudes,  
pasiones y talentos,  
en todo ¡vida mál  
en todo guardo un medio:  
sólo, sólo en amarte  
me voy hasta el extremo.  
Mi trato y mis modales  
van a par con mi genio;  
blandos, dulces, sin arte:  
lo mismo que mis versos.

Este es, pues, mi retrato,  
el cual queda perfecto,  
si una corona en torno  
de su frente ponemos,  
de rosas enlazadas  
al mirto y laurel tierno,  
que el Amor y las Musas  
alegres me cifieron.  
Y siéntame a la orilla  
de un plácido arroyuelo,  
a la sombra de un árbol,  
floridos campos viendo;  
y en un rincón del cuadro,  
tirados en el suelo  
el sombrero, la banda,  
las borlas y el capelo.  
Me pondrán en el hombro  
con mil lascivos juegos,  
la amorosa paloma  
que me ha ofrecido Venus.  
Junto a mí, pocos libros,  
muy pocos, pero buenos:  
Virgilio, Horacio, Ovidio;  
a Plutarco, al de Teyo,  
a Richardson, a Pope,  
y a ti ¡oh Valdés! ¡oh tierno  
amigo de las Musas,  
mi amor y mi embeleso!  
Y al pie de mi retrato,  
pondrán este letrero:  
«Amó cuanto era amable,  
amó cuanto era bello.»

¡Oh retrato dichoso!  
vas donde yo no puedo:  
tu suerte venturosa  
¡con cuánta envidia veo!  
Anímate a la vista  
de aquella que más quiero,  
y dile mis ternuras,  
y dile mis deseos.

---

Dalo mil y mil veces  
pruebas de mi amor tierno,  
y dale mil abrazos,  
y en la mejilla un beso.

Lima, 1803.





## MATEMATICAS

(TEXTO COLOCADO EN UNA TABLA DE EXÁMENES)

Las bellas matemáticas prescriben  
el límite más alto adonde pueden  
ir la luz y verdad de las ideas,  
y los conocimientos,  
que el hombre puede tener por sí solo...  
Y entre nuestros talentos  
¿cuál supera o iguala  
al geométrico tino?  
Con acierto divino  
él sabe descubrir las proporciones;  
da del extenso sér las propiedades;  
mide la inmensa bóveda del cielo,  
las tierras y los mares procelosos;  
nos labra habitaciones;  
defiende los amigos,  
sabe a tiempo aterrar los enemigos;  
a número sujeta nuestras voces;  
mide y combina el tiempo y el sonido;  
predice los eclipses y cometas,  
y a visitar se sube los planetas.

Lima, 1806.





## EN LA MUERTE

DE DOÑA MARÍA ANTONIA DE BORBÓN

PRINCESA DE ASTURIAS

Señor, Señor, el pueblo que te adora,  
bajo el peso oprimido  
de tu cólera santa, gime y llora.  
Ya no hay más resistir: la débil caña  
que fácil va y se mece,  
cuando sus alas bate el manso viento;  
se sacude, se quiebra, desaparece  
al recio soplo de huracán violento.  
Así tu ira, Señor, bajo las formas  
de asoladora peste y hambre y guerra,  
se derramó por la infeliz España.  
Y aquella que llenó toda la tierra  
con hazañas tan dignas de memoria,  
en sus débiles hombros ya ni puede  
sostener el cadáver de su gloria:  
y la que un tiempo, Reina se decía  
de uno y otro hemisferio,  
y vió besar su planta, y pedir leyes  
a los pueblos humildes y a los reyes,  
llora, cual una esclava en cautiverio.

¡Y en medio a tantos males,  
olvidas tus cuidados paternales,  
olvidas tu piedad, y hasta nos robas  
la más dulce esperanza

en la amable Princesa,  
dechado de virtud y de belleza?...

¡Oh memorable día  
aquél en que la grande Barcelona,  
saltando el noble pecho de alegría,  
y ufana y orgullosa  
al verse de sus reyes visitada,  
vió la mar espumosa  
besar su alta muralla,  
y deponer después sobre su playa,  
ante el inmenso pueblo que esperaba,  
el precioso tesoro  
que la bella Parténope mandaba!  
Y entre las salvas y festivos vivas,  
la augusta joven pisa ya la tierra,  
que devota, algún día,  
Reina, Señora y Madre la diría.  
Ni se sacian los ojos de mirarla,  
ni nadie puede verla, sin amarla.  
Llena de noble agrado, y apacible  
y fácil y accesible,  
siembra amor por doquier. Llegó y conquista.  
Todos los corazones son ya suyos...  
Malograda Princesa,  
no has muerto sin reinar. Un pueblo entero  
libre te ha obedecido;  
que quien ama, obedece;  
y sólo amor merece  
lo que no puede el oro, ni el acero.

¿Dó están las esperanzas, Madre España;  
las altas esperanzas que formaste,  
cuando las bellas ramas  
de un mismo excelso troneo entrelazaste?  
¿Dó, los tiernos pimpollos  
que el tálamo real brotar debiera,  
por cuyas venas la gloriosa sangre  
del dominador de Nápoles corriera;  
que de su gloria y nombres herederos,  
y a la sombra del trono

del grande Carlos y la amable Luisa,  
crecieran, se elevaran  
y feliz perpetuaran  
la sucesión de reyes piadosos,  
benéficos y bravos y guerreros  
y padres de la Patria verdaderos?  
¿Dó, España, fueron tus ardientes votos,  
que ante el altar postrada,  
la noble faz bañada  
en lágrimas de gozo,  
en día tan dichoso  
al cielo religiosa dirigiste?

Señor, ensordeciste  
a su clamor, y a su llorar cegaste.  
Y los ojos tornaste  
llenos de indignación: tembló la tierra;  
y los cielos temblaron;  
todos los elementos cruda guerra  
entre sí concitaron;  
rómpe se el aire en rayos encendido;  
retumba en torno el trueno estrepitoso;  
el viento enfurecido  
silba, conturba el mar; y las escuadras,  
en su arduo combatir, van y se chocan,  
ciegas se mezclan, se destrozán luego,  
y al fondo de la mar de sangre y fuego,  
como la piedra, hajan, desaparecen.  
Todos, todos perecen  
confundidos, sin gloria y sin venganza;  
y tu ira sólo triunfa. Después llamas  
al ángel de la muerte, y le señalas  
la digna primogénita de Iberia.  
El se alza; y, reverente,  
velada de temor su faz gloriosa  
con las brillantes alas,  
te oye y ciñe la espada reluciente,  
del Egipto a los hijos ominosa,  
de su sangre aun teñida,  
y vuela a obedecerte...  
Hierre, y cae la víctima inocente,

víctima de expiación de tus pecados,  
 España delincuente;  
 y herida cae de aquella misma espada,  
 con que una infiel nación fué castigada;  
 que al Todopoderoso  
 es altamente odioso,  
 quizá más que el infiel, su pueblo ingrato.

En tanto ya los males y dolores,  
 soldados indolentes, que militan  
 bajo el pendón sombrío de la muerte,  
 volteando en torno de la real cabeza  
 una tan cara vida amenazaron.  
 Sus ojos se anublaron;  
 sobre sus labios la sonrisa muere;  
 y se asienta la pálida tristeza  
 en los ojos, que fueron  
 el trono del amor y de las gracias;  
 y su pecho, en que ardía  
 la viva y casta llama de Fernando,  
 se fatiga, se oprime... Un mismo día  
 ha visto nuestra dicha  
 nacer, crecer, morir; y fué la noche  
 de tan alegre día,  
 la noche de la tumba obscura y fría.  
 ¡En vano, ay! cuán en vano  
 agotó el arte humano  
 su saber, su poder!... El alto Cielo  
 su decreto de muerte dió... y el ángel  
 libertador de Isaac retardó el vuelo.

Cumana Profetisa,  
 que desde tu honda y misteriosa cueva,  
 de furor agitada,  
 y en éxtasi sublime enajenada,  
 oráculos terribles revelaste.

¿Por qué no levantaste  
 de la tumba, de yaces fantos siglos,  
 la venerable frente;  
 y la sagrada lengua desatando,  
 por qué no presentaste

los imperios caídos,  
y los celos rompídos,  
sobre el sepulcro triste y pavoroso?  
¿Y por qué no turbaste  
el gozo de tu Nápoles, (cantando  
el funeral destino que arrastraba  
a las playas ibéricas su hija,)  
cuando fió a las olas  
la Reina de las gentes españolas?  
Y el luto de tu patria, o nunca fuera,  
o ya previsto, mal menos le hiciera.

Y tú, que ya cortados  
los lazos, que te unían  
al trono y a la vida y a Fernando,  
y tu esfuerzo a los cielos, contenían;  
te elevaste segura,  
cual llama hermosa y pura,  
del pábilo terrestre desprendida:  
ve la mísera España  
al extremo dolor abandonada,  
el real manto rugado,  
la negra cabellera deslazada,  
y ceñida la frente  
de jacinto al ciprés entrelazado,  
gemir sobre tu losa. Y los gemidos  
su hija América oyendo, también gime;  
y triste y desolada,  
así suelta la voz apesurada:  
«¡Oh! ¡qué imprevisto golpe  
mi herido corazón de nuevo hierel...  
Vi el monstruo de la guerra  
ya en el antiguo mundo no cabiendo,  
nadar, romper los mares tormentosos;  
y a su terrible aspecto, a su bramido  
espavorida retemblar mi tierra;  
y vi la plama impura  
del infido Bretón y codicioso,  
en presencia del Cielo,  
manchar mi casto y religioso suelo:  
vi mis campos talados:

vi profanar mis templos, mis altares:  
 vi mis hijos morir... ¡hijos amados!  
 por su Patria, su Rey, su Dios, armados;  
 cuyas manos valientes  
 sólo al morir soltaron el acero  
 bañado en sangre y gloria: único alivio  
 de esta viuda infeliz... ¡Carlos!, mis hijos  
 murieron, ¡ay!... no mueran sin venganza;  
 que, sin vencer los fuertes no pudieron,  
 lidiar, al menos, y morir supieron.»

Suspende, amada Patria, tus querellas.  
 Sígueme; que en las alas  
 del rayo impetuosas,  
 cual la reina del aire,  
 me lanzo a las mansiones venturosas.  
 Las puertas eternas, de improviso  
 se abrieron... ¿Oyes el armonioso,  
 arrebatado canto  
 que en torno suena del Cordero santo?  
 ¿Y entre el sublime y resonante coro,  
 cuál se alza fervorosa  
 de Antonia la oración; y cuál ofrece  
 su juventud, su vida, su martirio,  
 por los males del pueblo que ama tanto?  
 Ve ya del Trono santo  
 bajar entre inefables resplandores  
 la mirada de paz; y el rayo ardiente  
 caerse de la diestra omnipotente.

Y tú, alado ministro de venganza,  
 tú que segaste en flor nuestra esperanza,  
 vé a decir a los pueblos enemigos  
 que la ira celestial se ha serenado;  
 que ya el Señor nos llama sus amigos;  
 que él sólo nuestra fuerza quebrantaba;  
 que hoy su poder conforta nuestro brazo.  
 Dí que tiemblen; que somos invencibles.  
 Y que el León Ibero,  
 la su crespa melena  
 erizada, ya rota la cadena,

---

rugirá; y el rugido,  
huyendo el insular, precipitado  
por sus ingratas olas,  
el gran tridente soltará, usurpado  
en las tendidas playas españolas.

Lima, Mayo, 1807.





## Prólogo a la tragedia

EL DUQUE DE VISEO DE QUINTANA

Cual baja en hilos breves desde el cielo  
el transparente y plácido rocío  
a humedecer y fecundar el suelo;  
¡y a su influjo benéfico los campos  
se visten de verdura;  
nacen flores doquier, y en ellas crecen  
las dulces esperanzas de mil frutos  
con que los labradores se enriquecen:  
así una distracción grata y honesta,  
el ocio mismo y diversión modesta  
al trabajo enardece,  
el progreso en las ciencias favorece,  
da fuerzas al ingenio,  
nuevas alas al genio;  
y en la afanosa senda de las letras,  
es un ocio oportuno y delicioso,  
que al ánimo estudioso,  
en su ruda tarea  
le solaza, le empuña y le recrea.  
Dió cual ley general naturaleza  
la ley de descansar: la madre tierra  
en su estación concibe; prole hermosa  
en su estación la cubre y engalana,  
y en la estación de reposar, reposa:  
y si continuamente se la obliga  
a producir, se cansa y se fatiga.  
Y nosotros, Señor, cumplir queremos

la grata obligación que nos impone  
esa tan dulce ley; y las fatigas  
de nuestro noble y útil ejercicio  
con noble y útil ocio alternaremos.  
Ardua senda seguimos  
para ir al templo de la humana ciencia:  
por nuestra edad, por nuestra inexperiencia,  
indulgencia graciosa merecemos.  
Arde en tanto el volcán de las pasiones  
dentro del corazón jahl y no en vano  
para calmar la tempestad secreta,  
grandes ejemplos y útiles lecciones:  
de la filosofía y de la historia,  
se nos ofrecen siempre a la memoria.

Venios allá en Visco, que un tirano,  
teñida en sangre fraternal la mano,  
se abre senda al poder, toda manchada  
de crímenes y muertes;  
su corazón activo,  
libre de compasión y vengativo,  
arde en amor, y su amorosa llama  
no es esa llama blanda y apacible  
que goza sólo un corazón sensible:  
es un voraz incendio  
que de un volcán en las entrañas brama,  
pero en vano procura  
desatar o romper con la violencia,  
los lazos que formaron la inocencia,  
un largo y casto amor y la hermosura:  
que un amor puro y fuerte  
triunfa de los tiranos y la muerte.  
El cruel, en su furor, oprime, insulta  
a su enemigo inerme, y después tiembla,  
cuando llega en las alas  
del valor y el amor. Tiembla, se hiere,  
y con la muerte del cobarde, muere,  
y tú triunfas, amor. Caiga la infamia  
sobre los malos; dadme las guirnaldas  
de rosas y de mirtos olorosos

para ceñir las venturosas sienas  
de los amantes firmes, virtuosos...

Nosotros ¡ah! felices,  
si tan bellas lecciones  
para la humana vida aprovechamos;  
y si al dar en la escena  
tan heroicas acciones,  
a vos, Señor, que amáis sus profesores,  
y especial protección dais al colegio,  
felices, muy felices, si agradamos.  
Pero ¿por qué dudamos  
si esta gracia y favor, tan distinguido,  
de haber a nuestros ocios asistido,  
deja nuestro trabajo, si es alguno,  
grato, recompensado y aplaudido?

Lima, 1808.



## EL ARBOL

A la sombra de este árbol venerable,  
donde se quiebra y calma  
la furia de los vientos formidable,  
y cuya ancianidad inspira a mi alma  
un respeto sagrado y misterioso;  
cuyo tronco desnudo y escabroso  
un buen asiento rústico me ofrece;  
y que, de hojosa majestad cubierto,  
es el único rey de este desierto,  
que vastísimo en torno me rodea:  
aquí mi alma desea  
venir a meditar: de aquí mi musa,  
desplegando sus alas vagarosas,  
por el aire sutil tenderá el vuelo;  
ya, cual fugaz y bella mariposa,  
por la selva florida,  
libre, inquieta, perdida,  
irá en pos de un clavel o de una rosa;  
ya, cual paloma blanda y lastimera,  
irá a Chipre a buscar su compañera;  
ya, cual garza atrevida,  
traspasará los mares,  
verá todos los reinos y lugares;  
o, cual águila audaz, alzará el vuelo  
hasta el remoto y estrellado cielo.  
¿No ves cuán ricas tornan a sus playas  
de las Indias las naves españolas,  
a pesar de los vientos y las olas?  
Pues muy más rica tornarás, mi musa,

de imágenes, de grandes pensamientos,  
 y de tantos tesoros de belleza  
 contiene en sí la gran naturaleza.  
 Y de tu largo vuelo fatigada  
 vendrás a descansar, como a seguro  
 y deseado puerto,  
 a la sombra del árbol del desierto.  
 ¡Necio de mí! ¿Qué he visto?  
 ¡Cuántas veces mejor me hubiera estado  
 gozar, en grata paz, menos curioso,  
 de este ocio dulce, fresco y regalado,  
 que ver el espectáculo horroroso  
 que la perjura Francia,  
 de su seno feraz en sediciones,  
 en escándalo ofrecio a las naciones!  
 ¿Dónde están esas leyes decantadas,  
 por la justicia y la equidad dieladas?  
 ¿Mas, qué aprovechan leyes, sin virtudes?  
 ¡Ni cómo las virtudes celestiales,  
 don de Dios el más puro y más sagrado,  
 han de habitar el corazón malvado  
 de un pueblo sedicioso,  
 cuyo jefe ambicioso,  
 cualquier senda, aunque sea  
 toda de sangre y crímenes cubierta,  
 la cree justa, legítima, segura,  
 si oro, poder y ceiro le procura!  
 Los pueblos sabios, libres y virtuosos  
 en el trono sentaron a las leyes,  
 y se postraban a sus pies los reyes.  
 Pero el tirano, no: sentóse él mismo,  
 y las leyes sagradas  
 puso a sus pies sacrilego postradas.  
 Y nada perdonó para su intento:  
 su valor, su talento,  
 aun las virtudes mismas, le sirvieron;  
 y, tenidas en máximas de Estado,  
 su respetable máscara le dieron.  
 Vióse la Religión inmaculada,  
 hija del cielo noble y generosa,  
 sirva de su política insidiosa;

y el grande protector de la Fe santa,  
con suma reverencia,  
los Evangelios en París decora;  
y el Alcorán en el Egipto adora.  
¡Qué crímenes, qué males,  
no ha dado la ambición a los mortales!  
Ella sola es cual llama abrasadora,  
que las mieses devora;  
mas la ambición unida a la fortuna  
es torrente impetuoso,  
que atropellando todo se derrama,  
y devora las mieses y la llama.  
Así a los pueblos se anunció el tirano,  
y ésta es la perspectiva aborrecida  
que ofrecerá a quien ose desrollarle  
el lienzo ensangrentado de su vida.  
En el infausto y execrable día  
en que se vió la libertad francesa  
al carro vencedor en triunfo atada;  
cuando al trono de Luis, César subía,  
en medio del tumulto y la alegría  
de un pueblo esclavo... Bruto ¿dónde estabas?  
No es tarde aún; ven, besaré tu mano  
bañada con la sangre del tirano.  
¡Ay! ¡que la tierra toda estremecida  
tiembla por donde pasa, y brota sangre!  
¡Qué nuevo crimen! ¡Dios! ¡Oh madre España,  
tu fe pura y entera,  
y tu misma virtud, cuánto te daña!  
Un corazón virtuoso,  
noble, fiel, generoso,  
no sospecha jamás que se le engañe.  
¡Oh traición inaudita!... Las montañas  
desplómense y en polvo se deshagan;  
los bramadores y hórridos volcanes  
humo espeso vomiten  
de sus vastas y lóbregas entrañas;  
y densas nubes de humo y polvo encubran  
tan gran maldad del miserable suelo  
al vengador y poderoso cielo.  
¡España! ¡España! ¡La amistad sagrada,

esa necesidad tan cara al hombre,  
 ese placer y celestial encanto,  
 ese lazo el más santo  
 de las almas, no es más que un vano nombre,  
 un nombre sin sentido  
 y una red que el tirano te ha tendido!  
 Osó llamar el pérfido a tus reyes;  
 y dióles, como amigos,  
 de la amistad el ósculo fingido:  
 y cuando en su poder seguros fueron  
 tratólos como viles enemigos,  
 y expiar les hace en bárbaras prisiones  
 el crimen de ser reyes y Borbones.  
 Siervos del crimen, nuestros caros reyes;  
 volvednos, sí: volvednos nuestros padres,  
 los dioses de la España,  
 y venid a quitarlos en campaña.  
 Siervos viles del crimen, acordaos  
 de la inmortal jornada de Pavía;  
 de allí, del mismo campo de batalla,  
 cautivo y prisionero,  
 vió entrar Madrid vuestro monarca fiero.  
 Inuitad, si podéis, tan grande hazaña.  
 Esto es honor; y si queréis vengaros,  
 volvednos nuestros reyes  
 y venid a quitarlos en campaña.  
 Los siglos pasan, nuestra gloria dura:  
 cuando a cubriros de un baldón eterno  
 la fiel posteridad ya se apresura.  
 ¡Oh musa! tú que viste  
 el furor de la mar estrepitosa  
 y los vientos horrísonos ofite  
 y el fracaso espantoso de las olas,  
 tú sola pintar puedes  
 el ardor de las armas españolas,  
 la ira y celo con que por todas partes  
 va y corre la nación precipitada,  
 ¡guerra! clamando; y a la voz de guerra,  
 cómo brota la tierra  
 y las montañas brotan gente armada  
 a la guerra y venganza aparejada.

¡Guerra, venganza!... ¡Oh cuánto a su deseo  
ya tarda en coronarse el Pirineo  
de las pérfidas huestes enemigas!  
Nunca el indio salvaje ni el viajero,  
la senda en noche lóbrega perdida,  
tanto del sol ansiaron la salida,  
como impaciente el español, espera  
mirar la luz primera  
que le refleje el enemigo acero.  
¡Oh! ¡qué sed tan violenta  
de su sangre le abrasa y atormenta!...  
Ya en el campo de Marte sanguinoso,  
le hará ver que en España,  
para vengar la afrenta  
de Dios, del Rey y de la Patria santa,  
cada hombre es un soldado,  
y que cada soldado es un Pelayo,  
cada pecho un broquel, cada arma un rayo...  
Dios santo y poderoso,  
brazo, virtud y gloria en la pelea,  
Tú que tocas el monte, y luego humea,  
Tú que miras la tierra, y se estremece:  
toca y mira a ese pueblo que en su gloria,  
sin referirla a Ti, se ensoberbece.  
Tú ¡oh Dios! que a los humildes y a los mansos,  
la posesión has dado de la tierra,  
¡ay! no permitas que el varón de sangre  
tu nación extermine,  
ni que en la tierra, toda desolada,  
cubierta de cadáveres, domine.  
Antes Tú, que quisiste  
para santificar la justa guerra,  
el Dios de los Ejércitos llamarte,  
y en tus pueblos caudillos elegiste,  
y su defensa y su victoria fuiste:  
nuestro brazo conforta, y con tu alicento,  
cual huracán violento,  
turba las huestes del perjurio bando  
que las sagradas leyes quebrantando  
de amor y de amistad y santa alianza,  
a guerra nos provocan y a venganza.

Y tú, mi musa, en tanto  
que el mundo tiembla de furor y espanto,  
y entre los fieros males  
que preceden, que siguen, que acompañan  
a la venganza, la ambición vacila;  
tú, mi musa, pacífica y tranquila,  
cual tímida paloma,  
que se esconde en su nido,  
la tempestad huyendo que ya asoma,  
vendrás a guarecerte,  
mientras lo exija mi destino incierto,  
a la sombra del árbol del desierto.

Lima, 1809.





## FRAGMENTO DEL ANTI-LUCRECIO

TRADUCCIÓN LIBRE DEL LIB. IX V. 771

Mas el autor de maravillas tantas,  
que con poder y con saber profundo  
formó y gobierna el universo mundo;  
¿cómo a tu tribunal osas llamarle,  
acusarle de error, y condenarle?

¿En saber, en poder, piensas que excedes  
a aquél de quien por gracia has recibido  
lo que eres, lo que vales, lo que puedes;  
y sin el cual los mismos pensamientos  
no pudieras tener que hoy contra él tienes?

El es omnipotente; tú eres débil.  
El sabio, tú ignorante. El rico en bienes,  
tú vil y miserable.  
¿Y será más probable  
que el mundo que tu mano formaría  
aun más perfecto que el de Dios sería?...  
¡Qué insensatez, qué orgullo, qué osadía!

Si del corpóreo lazo desprendida  
(¡oh, si así fueses!) allá en la eterna esfera,  
de la Creación el cuadro portentoso  
en la mente de Dios, tu mente viera;  
entonces conociera,  
como en espejo terso,

de este grande universo  
el plan, el fin, las leyes, la armonía,  
la insensible, fortísima cadena  
que en mútua dependencia une los seres;  
en fin, la perfección, que el hombre ciego,  
porque no la comprende, la condena.

Así, cuando en un plano confundidas  
se pintan mil figuras diferentes;  
ni orden, ni proporción se observa en ellas:  
aun las partes más bellas  
sin justa relación a otras unidas  
mayor deformidad nos aparentan:  
y líneas que a millares  
doquier en arcos y ángulos se cruzan,  
el laberinto y confusión aumentan.

Mas, luego que en el medio colocares  
de este caos un óptico cilindro,  
toda la confusión al punto cesa;  
porque las partes todas reflectidas  
en concierto armonioso  
de formas y colores,  
los monstruos anteriores  
transforma con presteza  
en orden, proporción, gracia y belleza.

Lima, 1816.





## A UN AMIGO

(D. GASPAR RICO)

EN EL NACIMIENTO DE SU PRIMOGÉNITO

¡Tanto bien es vivir, que presurosos  
deudos y amigos plácidos rodean  
la cuna del que nace!  
¡Y en versos numerosos  
con felices pronósticos recrean  
la ilusión paternal! Uno la frente  
besa del inocente  
y en ella lee su próspero destino;  
otro, ingenio divino,  
sed de saber y fama  
y de amor patrio la celeste llama  
ve en sus ojos arder; y la ternura,  
el candor y piedad otro divisa  
en su graciosa y plácida sonrisa.

¿Pero, será feliz? ¿o serán tantas  
hermosas esperanzas, ilusiones?  
Ilusiones, Risel. Ese agraciado  
niño, tu amor y tu embeleso ahora,  
hombre nace, a miseria condenado.  
Vanos títulos son para librarle  
su fortuna, su nombre.  
Mas ¿qué hablo yo de nombre y de fortuna?  
Si su misma virtud y sus talentos  
serán en estos malhadados días

un crimen sin perdón... La moral pura  
 la simple, la veraz filosofía,  
 y tus leyes seguir, madre Natura,  
 impiedad se dirá: rasgar el velo  
 que la superstición, la hipocresía,  
 tienden a la maldad; decir que el Cielo  
 límites ciertos al poder prescribe  
 como a la mar; y que la mar insana,  
 menos desobediente,  
 es al alto decreto omnipotente:  
 impiedad... sedición... Por toda parte,  
 la frente erguida, el vicio se pasea  
 llevando por divisa «audacia y arte».  
 Tienta, seduce, infiamas;  
 ni oro, no afán perdona;  
 da a la maldad por galardón la fama,  
 se atreve a todo, y triunfa y se corona.

¡Qué escenas, Dios! ¡qué ejemplos! ¡qué peligro!  
 ¿Y es tanto bien vivir?—Siquiera el cielo  
 a más serenos días retardara,  
 ¡oh niño, tu nacer! que ahora sólo  
 el indigno espectáculo te espera  
 de una patria en mil partes lacerada,  
 sangre filial brotando por doquiera;  
 y crinada de sierpes silbadoras,  
 la discordia indignada  
 sacudiendo, cual furia horrible y fea,  
 su pestilente y ominosa tea.

¡Oh! ¡si te fuera dado al seno obscuro,  
 pero dulce y seguro,  
 de la nada tornar!... y de este hermoso  
 y vivífico sol, alma del mundo,  
 no volver a la luz, sino allá, cuando  
 ceñida en lauro de victoria, ostente  
 la dulce patria su radiosa frente,  
 y cuando el astro del saber termine  
 su conocido giro al occidente;  
 y el culto del arado y de las artes,  
 más preciosas que el oro,

haga reflorar en lustre eterno,  
 candor, riqueza y nacional decoro:  
 y leyes de virtud y amor dictando,  
 en lazo federal las gentes todas  
 adune la alma paz, y se amen todas...  
 y ¡oh triunfo!, derrocados  
 caigan al hondo abismo  
 error, odio civil y fanatismo.

Traed, cielos, en ala presurosa  
 éste de expectación hermoso día.  
 Entretanto, Risel, cauto refrena  
 el vuelo de esperanza y de alegría.  
 ¡Oh! cuántas veces una flor graciosa  
 que al primer rayo matinal se abría,  
 y gloria del verjel la proclamaba  
 la turba de los hijos de la Aurora,  
 y algún tierno amador la destinaba  
 a morir perfumando el casto seno  
 de la más bella y más feliz pastora;  
 ¡oh! cuántas veces, mustia y desmayada,  
 no llega a ver el sol que, de improviso  
 la abrasa el hielo, el viento la deshoja,  
 o quizá hollada por la planta impura  
 de una bestia feroz, ve su hermosura.

Empero tu deber, Risel amado,  
 ya que te ves alzado  
 a la sublime dignidad de padre,  
 te manda no temer; antes el fuerte  
 pecho contraponer a la violenta  
 avenida del mal y de la suerte.  
 Virtud, ingenio, tienes. Sirva todo,  
 no sólo a dirigir la índole tierna  
 de tu hijo al bien, que en desunión eterna  
 está con la ambición y la mentira,  
 sino a purificar en algún modo  
 el aire infecto que doquier respira.  
 Aprenda de tu ejemplo  
 prudencia, no doblez; valor, no audacia;  
 moderación en próspera fortuna,  
 constante dignidad en la desgracia.



Porque cuando en el monte se embravece  
 hórrida tempestad, el flaco arbusto,  
 trabajado del ábrego parece;  
 mas al humilde suelo nunca inclina  
 su excelsa frente la robusta encina;  
 antes allá en las nubes señorea  
 los elementos, en su guerra impfa,  
 y al fulgurante rayo desafia.

Y tú, mi dulce amiga, cuyo hermoso  
 corazón es el ara  
 del amor conyugal y la ternura:  
 que por seguir y consolar tu esposo,  
 en tabla mal segura  
 osaste bollar con varonil demedo,  
 mares por sus naufragios tan famosas,  
 y cortes, más que mares procelosas;  
 tú que aun en medio del dolor serena,  
 viste abrirse a tus pies la tumba oscura,  
 ni asomada a su abismo te espantaste;  
 y ansiedad, y amargura,  
 en los pesares sólo,  
 mal merecidos, de Risel mostraste;  
 o cuando el tierno pecho te asallaba  
 dulce memoria de tu patria ausente...:  
 ¡oh!, entonces no sabías  
 que al volver a tu patria y tus amigos,  
 en premio, el Cielo a tu virtud guardaba  
 lo que negó a diez años de descos,  
 y que madre, a tu madre abrazarías.

Gózate para siempre, amiga mía.  
 Huyó la nube en tempestad preñada,  
 y te amanece bonancible día.

Gózate, tierna amiga, para siempre:  
 éste, éste de la patria el caro suelo,  
 éste, su dulce y apacible cielo,  
 éstos, tus lares son. ¿Por qué suspiras?  
 No es ya mentido sueño lo que miras...

Esas que tierna abrazas es tu madre,  
tú, más feliz que yo, tu madre abrazas...  
mientras yo, ¡desdichado!  
sólo en la tumba abrazaré la mía.

Tú, sé feliz, y goza ya, segura  
de sobresalto fiero,  
inefable delicia en el cariño  
de este precioso niño,  
primera prenda de tu amor primero.

Paréceme mirarte embebecida  
en sus ingenuas y festivas gracias;  
y, cuando más absorta, de improviso  
una lágrima ardiente  
de tus ojos brotar... El inocente  
cual si entendiera lo que entonces piensas,  
las manecitas cariñosas tiende,  
abre en sonrisa la encarnada boca  
y el dulce beso maternal provoca.  
Bésale, veces mil; y esta dulzura  
divide con Rísel. Sabia natura  
no te formó al nacer amable, hermosa,  
sino para ser madre y ser esposa.  
Y tú, querido infante, que ignorando  
cuál será tu destino, en la dorada  
blanda cuna te meces,  
y agraciado sonrías,  
o ledo te adormeces;  
ya que mirar la luz te ha dado el cielo:  
vive, florece; y tus amigos vean  
que en honor y consuelo  
de tu familia y de tu patria, creces.

Sigue como tus padres, alentado,  
de la virtud la senda,  
y nada temas; que en cualquier estado  
vive el hombre de bien, serenamente,  
a una y otra fortuna preparado.  
y, libre, o en cadena, y aun ya alzada

---

sobre su cuello la funesta espada,  
en noble impavidez, antes la frente  
a la ceñuda adversidad humilla,  
que a un risueño tirano, la rodilla.

Lima, 1817.

---



## LA VICTORIA DE JUNIN

### CANTO A BOLÍVAR

El trueno horrendo que en fragor revienta  
y sordo retumbando se dilata  
por la inflamada esfera,  
al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta  
la hispana muchedumbre  
que, más feroz que nunca, amenazaba  
a sangre y fuego eterna servidumbre;  
y el canto de victoria  
que en ecos mil discurre ensordeciendo  
el hondo valle y enriscada cumbre:  
proclaman a Bolívar en la tierra  
árbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo  
el arte humano osado levantaba  
para hablar a los siglos y naciones;  
templos, do esclavas manos  
deificaban en pompa a sus tiranos,  
áudibrio son del tiempo, que con su ala  
débil las toca y las derrumba al suelo,  
después que en fácil juego el fugaz viento  
borró sus mentirosas inscripciones;  
y bajo los escombros confundido  
entre la sombra del eterno olvido,

¡oh de ambición y de miseria ejemplo!  
el sacerdote yace, el dios y el templo.

Mas los sublimes montes, cuya frente  
a la región etérea se levanta,  
que ven las tempestades a su planta  
brillar, rugir, romperse, disiparse;  
los Andes... las enormes, estupendas  
moles sentadas sobre bases de oro,  
la tierra con su peso equilibrando,  
jamás se moverán. Ellos burlando  
de ajena envidia y del protervo tiempo  
la furia y el poder, serán eternos  
de Libertad y de Victoria heraldos,  
que con eco profundo  
a la postrema edad dirán del mundo:  
«Nosotros vimos de Junín el campo:  
»vimos que al desplegarse  
»del Perú y de Colombia las banderas,  
»se turban las legiones altaneras,  
»huye el fiero español despavorido,  
»o pide paz rendido.  
»Venció Bolívar: el Perú fué libre;  
»y en triunfal pompa Libertad sagrada  
»en el templo del Sol fué colocada.»

¿Quién me dará templar el voraz fuego  
en que ardo todo yo? Trémula, incierta,  
lorpe la mano va sobre la lira  
dando discorde són. ¿Quién me liberta  
del Dios que me fatiga...?  
Siento unas veces la rebelde Musa,  
cual bacante en furor, vagar incierta  
por medio de las plazas bulliciosas,  
o sola por las selvas silenciosas,  
o las risueñas playas  
que manso lame el caudaloso Guayas:  
otras el vuelo arrebatado tiende  
sobre los montes: y de allí descende  
al campo de Junín: y ardiendo en ira  
los numerosos escuadrones mira

que el odiado pendón de España arbolan:  
se mezcla entre las filas la primera,  
y en cristado morrión y peto armada,  
cual amazona fiera,  
de todos los guerreros,  
y a combatir con ellos se adelanta,  
triunfa con ellos y sus triunfos canta.

Tal en los siglos de virtud y gloria,  
cuando el guerrero sólo y el poeta  
eran dignos de honor y de memoria,  
la musa audaz de Píndaro divino,  
cual intrépido atleta,  
en inmortal porfía  
al griego estadio concurrir solía.  
Y en estro hirviendo y en amor de fama,  
y del metro y del número impaciente,  
pulsaba su lira de oro sonora,  
y alto asiento concede entre los dioses  
al que fuera en la lid más valeroso,  
o al más afortunado.  
Pero luego envidiosa  
de la inmortalidad que les ha dado,  
ciega se lanza al circo polvoroso,  
las alas rapidísimas agita,  
y al carro vencedor se precipita.  
Y desatando armónicos raudales  
pide, disputa, gana,  
o arrebatada la palma a sus rivales.

¿Quién es aquél que el paso lento mueve  
sobre el collado que a Junín domina?  
¿que el campo desde allí mide, y el sitio  
del combatir y del vencer designa?  
¿que la hueste contraria observa, cuenta,  
y en su mente la rompe y desordena,  
y a los más bravos a morir condena,  
cual águila caudal que se complace  
del alto cielo en divisar su presa  
que entre el rebaño mal segura paze?  
¿Quién, el que ya descende

pronto y apercebido a la pelea?  
 Preñada en tempestades le rodea  
 nube tremenda: el brillo de su espada  
 es el vivo reflejo de la gloria:  
 su voz un trueno: su mirada un rayo.  
 ¿Quién, aquél que al trabarse la batalla,  
 ufano como Nuncio de victoria,  
 un corcel impetuoso fatigado  
 disurre sin cesar por toda parte...?  
 ¿Quién, sino el hijo de Colombia y Marte?  
 Sonó su voz: «Peruanos,  
 mirad allí los duros opresores  
 de vuestra patria. Bravos colombianos,  
 en cien crudas batallas vencedores,  
 mirad allí los enemigos fieros  
 que buscando venís desde Orinoco:  
 suya es la fuerza y el valor es vuestro:  
 vuestra será la gloria;  
 pues lidiar con valor y por la patria  
 es el mejor presagio de victoria.  
 Acometed: que siempre  
 de quien se atreve más el triunfo ha sido:  
 quien no espera vencer, ya está vencido.»  
 Dice: y al punto, cual fugaces carros  
 que, dada la señal, parten, y en densos  
 de arena y polvo torbellinos ruedan;  
 arden los ejes; se estremece el suelo;  
 estrépito confuso asorda el cielo;  
 y en medio del afán cada cual teme  
 que los demás adelantarse puedan:  
 así los ordenados escuadrones  
 que reflejan del iris los colores  
 o la imagen del sol en sus pendones,  
 se avanzan a la lid. ¡Oh! ¡quién temiera,  
 quién, que su ímpetu mismo los perdiera!

¡Perdersel no, jamás: que en la pelea  
 los arrastra y anima e importuna  
 de Bolívar el genio y la fortuna.  
 Llana improviso al bravo Necochea;  
 y mostrándote el campo,

partir, acometer, vencer le manda,  
y el guerrero esforzado,  
otra vez vencedor, y otra cantado,  
dentro en el corazón por Patria jura  
cumplir la orden fatal; y a la victoria  
o a noble y cierta muerte se apresura.

° Y el formidable estruendo  
del atambor en uno y otro bando;  
y el són de las trompetas clamoroso,  
y el relinchar del alazán fogoso,  
que erguida la cerviz y el ojo ardiendo,  
en bélico furor salta impaciente  
do más se enervéce la pelea;  
y el silbo de las balas, que rasgando  
el aire, llevan por doquier la muerte;  
y el choque asaz horrendo  
de selvas densas de ferradas picas;  
y el brillo y estridor de los aceros  
que al sol reflectan sanguinosos visos;  
y espadas, lanzas, miembros esparcidos  
o en torrentes de sangre arrebatados,  
y el violento tropel de los guerreros  
que, más feroces mientras más heridos,  
dando y volviendo el golpe redoblado,  
mueren, mas no se rinden... Todo anuncia  
que el momento ha llegado,  
en el gran libro del Destino escrito,  
de la venganza, al pueblo americano,  
de mengua y de baldón, al castellano:

Si el fanatismo con sus furias todas,  
hijas del negro Averno, me inflamara,  
y mi pecho y mi musa enardeciera  
en tartáreo furor, del León de España  
al ver dudoso el triunfo, me atreviera  
a pintar el rencor y horrible saña.  
Ruge atroz, y cobrando  
más fuerza en su despecho, se abalanza,  
abriéndose ancha calle entre los haces  
por medio el fuego y contrapuestas lanzas,

rayos respira, mortandad y estrago,  
 y sin pararse a devorar la presa,  
 prosigue en su furor, y en cada hueila  
 deja de negra sangre un hondo lago.  
 En tanto, el argemino valeroso  
 recuerda que vencer se le ha mandado;  
 y no ya cual caudillo, cual soldado,  
 los formidables impetus contiene  
 y, uno en contra de ciento se sostiene:  
 como tigre furiosa  
 de rabiosos mastines acosada,  
 que guardan el redil, mata, destroza,  
 ahuyenta sus contrarios; y aunque herida,  
 sale con la victoria y con la vida,

Oh, capitán valiente,  
 blasón ilustre de tu ilustre patria;  
 no morirás: tu nombre eternamente  
 en nuestros fastos sonará glorioso,  
 y bellas ninfas de tu Plata undoso  
 a tu gloria darán sonoro canto  
 y a tu ingrato destino acerbo llanto.  
 Ya el intrépido Miller aparece  
 y el desigual combate restablece.  
 Bajo su mando, ufana  
 marchar se ve la juventud peruana,  
 ardiente, firme, a perecer resuelta,  
 si acaso el hado infiel vencer le niega.  
 En el arduo conflicto opone ciega  
 a los adversos dardos, firmes pechos,  
 y otro nombre conquista con sus hechos.

¿Son ésos los garzones delicados,  
 entre sedas y aromas arrullados?  
 ¿Los hijos del placer son esos fieros?  
 Sí: que los que antes desatar no osaban  
 los dulces lazos de jazmín y rosa  
 con que amor y placer los enredaban,  
 hoy ya con mano fuerte  
 la cadena quebrantan ponderosa  
 que ató sus pies y vuelan denodados

a los campos de muerte y gloria cierta,  
apenas la alta fama los despierta,  
de los guerreros que su cara patria  
en tres lustros de sangre liberaron,  
y apenas el querido  
nombre de libertad su pecho inflama,  
y de amor patrio la celeste llama  
prende en su corazón adormecido.

Tal el joven Aquiles  
que, en infame disfraz y en ocio blando  
de lánguidos suspiros,  
los destinos de Grecia dilatando,  
vive cautivo en la beldad de Sciros:  
los ojos padece en el vistoso alarde  
de arreos y de galas femeniles  
que de India y Tiro y Menfis opulenta  
curiosos mercaderes le encarecen.  
Mas a su vista apenas resp'andecen  
pavés, espada y yelmo que entre gasas  
el Itacense astuto le presenta:  
pásmase... se recobra, y con violenta  
mano el templado acero arrebatando,  
rasga y arroja las indignas tocas;  
parte, traspasa el mar y, en la troyana  
arena, muerte, asolación, espanto  
difunde por doquier: todo le cede...  
Aun Héctor retrocede...  
y cae al fin; y en derredor tres veces  
su sangriento cadáver profanado,  
al veloz carro alado  
del vencedor inexorable y duro,  
el polvo barre del sagrado muro.

Ora mi lira resonar debía  
del nombre y las hazañas portentosas  
de tantos capitanes que este día  
la palma del valor se disputaron,  
digna de todos... Carbajal... y Silva...  
y Suárez... y otros mil... Mas de improviso  
la espada de Bolívar aparece,

y a todos los guerreros,  
como el sol a los astros, obscurece.

Yo acaso más osado le cantara,  
si la meónia Musa me prestara  
la resonante trompa que otro tiempo  
cantaba al crudo Marte entre los Traces,  
bien animado los terribles haces,  
bien los fieros caballos, que la lumbre  
de la égida de Pallas espantaba.

Tal el héroe brillaba  
por las primeras filas discurriendo.  
Se oye su voz, su acero resplandece  
do más la pugna y el peligro crece.  
Nada le puede resistir... Y es fama,  
¡oh portento inaudito!  
que el bello nombre de Colombia escrito  
sobre su frente, en torno despedía  
rayos de luz tan viva y refulgente  
que, deslumbrado, el español desmaya,  
tiembla, pierde la voz, el movimiento:  
sólo para la fuga tiene aliento.

Así cuando en la noche algún malvado  
va a descargar el brazo levantado;  
si de improviso lanza un rayo el cielo,  
se pasma, y el puñal trémulo suelta:  
huelo mortal a su furor secede;  
tiembla y horrorizado retrocede.  
Ya no hay más combatir. El enemigo  
el campo todo y la victoria cede.  
Huye cual ciervo herido; y adonde huye  
allí encuentra la muerte. Los caballos  
que fueron su esperanza en la pelea,  
heridos, espantados, por el campo  
o entre las filas vagan, salpicando  
el suelo en sangre que su crin gotea;  
derriban al jinete, lo atropellan,  
y las catervas van despavoridas,  
o unas con otras con terror se estrellan.

Crece la confusión, crece el espanto:  
 y al impulso del aire, que vibrando  
 sube en clamores y alaridos lleno,  
 tremen las cumbres que respeta el trueno.  
 Y discurriendo el vencedor en tanto  
 por cima de cadáveres y heridos,  
 postra al que huye, perdona a los rendidos.

¡Padre del universo! ¡Sol radioso!  
 ¡Dios del Perú! ¡modera omnipotente  
 el ardor de tu carro impetuoso,  
 y no escondas tu luz indeficiente...!  
 ¡Una hora más de luz!... pero esta hora  
 no fué la del Destino. El Dios oía  
 el voto de su pueblo, y de la frente  
 el cerco de diamantes desceñía.  
 En fugaz rayo el horizonte dora;  
 en mayor disco menos luz ofrece,  
 y yeloz tras los Andes se obscurece.

Tendió su manto lóbrego la noche:  
 y las reliquias del perdido bando,  
 con sus tristes y atónitos caudillos,  
 corren sin saber dónde, espavoridas,  
 y de su sombra misma se estremecen.  
 Y al fin, en las tinieblas ocultando  
 su afrenta y su pavor, desaparecen.  
 ¡Victoria por la Patria! ¡oh Dios! ¡Victoria!  
 ¡Triunfo a Colombia: y a Bolívar gloria!

Ya el ronco parche y el clarín sonoro  
 no a presagiar batalla y muerte suena,  
 ni a enfurecer las almas: mas se estrena  
 en alentar el bullicioso coro  
 de vivas y patrióticas canciones.  
 Arden cien pinos: y a su luz las sombras  
 huyeron, cual poco antes, desbandadas  
 huyeron de la espada de Colombia  
 las vandálicas huestes debeladas.

En torno de la lumbre,  
 el nombre de Bolívar repitiendo  
 y las hazañas de tan claro día,  
 los jefes, y la alegre muchedumbre  
 consumen en acordes libaciones,  
 de Baco y Ceres los celestes dones.

«Victoria, paz—clamaban—,  
 paz para siempre. Furia de la guerra,  
 húndete al hondo Averno derrocada;  
 ya cesa el mal y el llanto de la tierra.  
 Paz para siempre. La sangüinea espada,  
 o cubierta de orín ignominioso,  
 o en el útil arado transformada,  
 nuevas leyes dará. Las varias gentes  
 del mundo que, a despecho de los cielos  
 y del ignoto Ponto proceloso,  
 abrió a Colón su audacia o su codicia,  
 todas ya para siempre recobraron  
 en Junín libertad, gloria, reposo.»

Gloria, *mas no reposo*: de repente  
 clamó una voz de lo alto de los cielos.  
 Y a los ecos los ecos por tres veces  
*Gloria, mas no reposo*, respondieron.  
 El suelo tiembla; y cual fulgentes faros  
 de los Andes las cúspides ardieron.  
 Y de la noche el pavoroso manto  
 se transparenta, y rásgase, y el éter  
 allá lejos purísimo aparece,  
 y en rósea luz bañado resplandece.

Cuando impreviso, venerada sombra,  
 en faz serena y ademán augusto,  
 entre cándidas nubes se levanta.  
 Del hombro izquierdo nebuloso manto  
 pende, y su diestra aéreo cetro rige:  
 Su mirar noble, pero no sañudo;  
 y nieblas figuraban, a su planta,  
 penacho, arco, careax, flechas y escudo.  
 Una zona de estrellas

glorificaba en derredor su frente  
y la borla imperial de ella pendiente.

Miró a Junco: y plácida sonrisa  
vagó sobre su faz. «Lijos--deca,  
generación del sol afortunada,  
que con placer yo puedo llamar mía:  
yo soy Huaina Capae: soy el postrero  
del vástago sagrado:  
dichoso rey, mas padre desgraciado.  
De esta mansión de paz y luz he visto  
correr las tres centurias  
de maldición de sangre y servidumbre:  
y el Imperio regido por las Purias.  
No hay punto en estos valles y estos cerros  
que no mande tristísimas memorias.  
Torrentes mil de sangre se cruzaron  
aquí y allí: las tribus numerosas  
al ruido del cañón se dispersaron:  
y los restos mortales de mi gente  
aun a las mismas rocas fecundaron.  
Mas allá, un hijo expira entre los hierros  
de su sagrada majestad indinos...  
Un insolente y vil aventurero  
y un iracundo sacerdote fueron  
de un poderoso rey los asesinos...  
¡Tantos horrores y maldades tantas,  
por el oro que hollaban nuestras plantas!

«Y mi Huáscar también... ¡Yo no vivía!  
¡Que de vivir, lo juro, bastaría,  
sobrara, a debelar la ira española  
esta mi diestra triunfadora, sola!  
Y nuestro suelo, que ama sobre todos  
el Sol mi padre, en el estrago fiero  
no fué, ¡oh dolor! ni el solo, ni el primero.  
Que mis caros hermanos,  
el gran Guatimozín y Motezuma  
conmigo el caso acerbo lamentaron  
de su nefaria muerte y cautiverio,  
y la devastación del grande imperio,

en riqueza y poder igual al mío...  
 Hoy con noble desdén ambos recuerdan  
 el ultraje inaudito, y entre fiestas  
 alevosas el dardo prevenido,  
 y el lecho en vivas ascuas encendido.

«Guerra al usurpador!—¿Qué le debemos?  
 ¿Luces, costumbres, religión o leyes?...  
 ¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,  
 feroces y por fin supersticiosos!  
 ¿Qué religión? ¿la de Jesús?... ¡Blasfemos!  
 Sangre, plomo veloz, cadenas, fueron  
 los sacramentos santos que trajeron.  
 ¡Oh religión! ¡oh fuente pura y santa  
 de amor y de consuelo para el hombre!  
 ¡Cuántos males se hicieron en tu nombre!  
 ¿Y qué lazos de amor?... Por los oficios  
 de la hospitalidad más generosa,  
 hierros nos dan: por gratitud, suplicios.  
 Todos, sí, todos: menos uno solo;  
 el mártir del amor americano:  
 de paz, de caridad apóstol santo;  
 divino Casas, de otra patria digno.  
 Nos amó hasta morir.—Por tanto ahora  
 en el Empleo entre los Incas mora.

«En tanto, la hora inevitable vino,  
 que con diamante señaló el Destino,  
 a la venganza y gloria de mi pueblo.  
 Y se alza el Vengador.—Desde otros mares  
 como sonante tempestad se acerca:  
 y fulminó. Y del Inca en la Péana,  
 cual de un Dios irritado en los altares  
 que el tiempo y un poder furial profana,  
 las víctimas cayeron a millares.  
 ¡Oh campos de Junín!... ¡Oh predilecto  
 Hijo y Amigo y Vengador del Inca!  
 ¡Oh Pueblos que formáis un pueblo solo  
 y una familia, y todos sois mis hijos!  
 Vivid, triunfad!...»

## El Inca esclarecido

iba a seguir: mas de repente queda  
 en éxtasis profundo embebecido:  
 atónito en el cielo  
 ambos ojos inmóviles ponía,  
 y en la improvisa inspiración absorto  
 la sombra de una estatua parecía.  
 Cobró la voz al fin. «Pueblos—decía—,  
 la página fatal ante mis ojos  
 desenvolvió el Destino, salpicada  
 toda en purpúrea sangre; mas en torno  
 también en bello resplandor bañada.  
 Jefe de mi nación, nobles guerreros  
 oíd cuanto mi oráculo os previene,  
 y requerid los fincitos áceros,  
 y en vez de cantos nueva alarma suene:  
 que en otros campos de inmortal memoria  
 la Patria os pide, y el Destino os manda  
 otro afán, nueva lid, mayor victoria.»

Las legiones atónitas osan:  
 mas luego que se anuncia otro combate  
 se alzan, arman, y al orden de batalla  
 ufanas y prestísimas corrieran;  
 y ya de acometer la voz esperan.  
 Reina el silencio. Mas de su alta nube  
 el Inca exclama: «De ese ardor es digna  
 la ardua lid que os espera;  
 ardua, terrible, pero al fin, postrera.  
 Ese adalid vencido  
 vuela en su fuga a mi sagrada Cuzco;  
 y, en su furia insensata,  
 gentes, armas, tesoros arrebató,  
 y a nuevo azar entrega su fortuna.  
 Venganza, indignación, furor le inflaman,  
 y allá en su pecho hierven, como fuegos  
 que de un volcán en las entrañas bramán.

«Marcha: y el mismo campo donde, ciegos  
 en sangrienta porfía,  
 los primeros tiranos disputaron

cuál de ellos solo dominar debía,  
 pues el poder y el oro dividido  
 templar su ardiente fiebre no podía:  
 en ese campo, que a discordia ajena  
 debió su infausto nombre, y la cadena  
 que después arrastró todo el imperio;  
 allí, no sin misterio  
 venganza y gloria nos darán los cielos.  
 ¡Oh valle de Ayacucho bienhadado!  
 ¡Campo serás de gloria y de venganza...  
 mas no sin sangre... Yo me estremeciera,  
 si mi ser inmortal no lo impidiera!

«Allí Bolívar, en su heroica mente  
 mayores pensamientos revolviendo,  
 el nuevo triunfo trazará, y haciendo  
 de su genio y poder un nuevo ensayo,  
 al joven Sucre prestará su rayo.  
 Al joven animoso,  
 a quien del Ecuador montes y ríos  
 dos veces aclamaron victorioso.  
 Ya se verá en la frente del guerrero  
 toda el alma del héroe reflejada,  
 que él le quiso infundir de una mirada.

«Como torrentes desde la alta cumbre  
 al valle en mil raudales despeñados,  
 vendrán los hijos de la infanda Iberia,  
 soberbios en su fiera muchedumbre,  
 cuando a su encuentro volará impaciente  
 tu juventud, Colombia belicosa,  
 y la tuya, ¡oh Perú! de fama ansiosa,  
 y el caudillo impertérrito a su frente.

«¡Atroz, horrendo choque, de azar lleno!  
 Cual aturde y espanta en su estallido  
 de hórrida tempestad el postrer trueno,  
 arder en fuego el aire,  
 en humo y polvo obscurecerse el cielo,  
 y, con la sangre en que rebose el suelo,

se verá, el Apurímac de repente  
embravecer su rápida corriente.

«Mientras por sierras y hondos precipicios  
a la hueste enemiga  
el impaciente Córdova fatiga;  
Córdova, a quien inflama  
fuego de edad, y amor de patria y fama;  
Córdova, en cuyas sienes con bello arte  
crecen y se entrelazan  
tu Mirto, Venus; tus laureles, Marte:  
con su Miller los Húsares recuerdan  
el nombre de Junín: Vargas su nombre,  
y vencedor el suyo con su Lara  
en cien hazañas cada cual más clara.

«Allá por otra parte,  
sereno, pero siempre infatigable;  
terrible cual su nombre batallando  
se presenta La-Mar: y se apresura  
la tarda rota del protervo bando.  
Era su antiguo voto, por la patria  
combatir y morir. Dios, complacido,  
combatir y vencer le ha concedido.  
Mártir del pundonor, he aquí tu día.  
Ya, la calumnia impía  
bajo tu pie bramando confundida,  
te sonríe la Patria agradecida.  
Y tu nombre glorioso,  
al armónico canto que resuena  
en las floridas márgenes del Guayas,  
que por oírlo su corriente enfrena,  
se mezclará; y el pecho de tu amigo,  
tus hazañas cantando y tu ventura  
palpitará de gozo y de ternura.

«Lo grande y peligroso  
húela al cobarde, irrita al animoso.  
¡Qué intrepidez! ¡qué súbito coraje  
el brazo agita y en el pecho prende  
del que su patria y libertad defiende!

El menor resistir es nuevo ultraje.  
 El jinete impetuoso,  
 el fulmíneo arcabuz de sí arrojando,  
 lánzase a tierra con el hierro en mano,  
 pues le parece en trance tan dudoso  
 lento el caballo, perezoso el plomo.  
 Crece el ardor.—Ya cede en toda parte  
 el número al valor, la fuerza al arte.  
 Y el sbero arrogante en las memorias  
 de sus pasadas glorias,  
 firme, feroz resiste: y ya en idea  
 bajo triunfales arcos, que alzar debe  
 la sojuzgada Lima, se pasea.  
 Mas su afán, su ilusión, sus artes... nada,  
 ni la resuelta y numerosa tropa  
 le sirve. Cede al ímpetu tremendo:  
 y el arma de Bailén rindió cayendo  
 el vencedor del vencedor de Europa.  
 Perdió el valor, mas no las iras pierde,  
 y en furibunda rabia el polvo muere,  
 alza el párpado grave, y sanguinosos  
 ruedan sus ojos y sus dientes crujen:  
 mira la luz; se indigna de mirarla:  
 acusa, insulta al cielo; y de sus labios  
 cárdenos, espumosos,  
 votos, y negra sangre, y hiel brotando,  
 en vano, un vengador, muere invocando.

«Ah: ya diviso miseras reliquias  
 con todos sus caudillos humillados  
 venir pidiendo paz. Y generoso,  
 en nombre de Bolívar y la Patria,  
 no se la niega el vencedor glorioso.  
 Y su triunfo sangriento,  
 con el ramo feliz de paz corona.  
 Que si patria y honor le arman la mano,  
 arde en venganza el pecho americano;  
 y cuando vence, todo lo perdona.  
 «Las voces, el clamor de los que vencen,  
 y de Quinó las ásperas montañas,  
 y los cóncavos senos de la tierra,

y los ecos sin fin de la ardua sierra,  
todo repite sin cesar, ¡Victoria!

«Y las bullentes linfas de Aparímac  
a las fugaces linfas de Ucayale  
se unen, y unidas llevan presurosas,  
en sonante murmullo y alba espuma,  
con palmas en las manos y coronas,  
esta nueva feliz al Amazonas.  
Y el espléndido rey al punto ordena  
a sus delfines, ninfas y sirenas  
que en clamorosos plácidos cantares  
tan gran victoria anuncien a los mares.

«¡Salud, oh Vencedor! ¡Oh Suere! ¡vence,  
y de nuevo laurel orla tu frente,  
alta esperanza de tu insigne patria!  
Como la palma al margen de un torrente,  
crece tu nombre... Y sola en este día  
tu gloria, sin Bolívar, brillaría.  
Tal se ve Héspero arder en su carrera;  
y del nocturno cielo  
suyo el imperio, sin la luna, fuera.

«Por las manos de Suere la Victoria  
ciñe a Bolívar lauro inmarcesible.  
¡Oh Triunfador! la palma de Ayacucho,  
fatiga eterna al bronce de la Fama,  
segunda vez Libertador te aclama.

«Esta es la hora feliz. Desde aquí empieza  
la nueva edad al Inca prometida  
de libertad, de paz y de grandeza.  
Rompiste la cadena aborrecida:  
la rebelde cerviz hispana hollaste:  
grande gloria alcanzaste.  
Pero mayor te espera, si a mi pueblo,  
así cual a la guerra lo conformas,  
y a conquistar su libertad le empeñas;  
la rara y ardua ciencia  
de merecer la paz y vivir libre,

con voz y ejemplo y con poder le enseñas.  
 Yo con riendas de seda regí el pueblo,  
 y cual padre le amé; mas no quisiera  
 que el cetro de los Incas renaciera:  
 que ya se vió algún Inca que, teniendo  
 el terrible poder todo en su mano,  
 comenzó padre, y acabó tirano.  
 Yo fui conquistador: ya me avergüenzo  
 del glorioso y sangriento ministerio;  
 pues un conquistador, el más humano,  
 formar, mas no regir, debe un imperio.  
 «Por no trillada senda, de la gloria  
 al templo vuelas, inclito Bolívar.  
 Que ese poder tremendo que te fia  
 de los padres el íntegro senado,  
 si otro tiempo perder a Roma pudo,  
 en tu potén'e mano  
 es a la Libertad del Pueblo, escudo.

«Oh Libertad, el Héroe que podía  
 ser el brazo de Marte sanguinario,  
 ése es tu sacerdote más celoso,  
 y el primero que toma el incensario,  
 y a tus aras se inclina silencioso.  
 ¡Oh Libertad! Si al pueblo americano  
 la solemne misión ha dado el Cielo  
 de domar el monstruo de la guerra,  
 y diatar tu imperio soberano  
 por las regiones todas de la tierra,  
 y por las ondas todas de los mares:  
 no temas, con este Héroe, que algún día  
 eclipse el ciego error tus resplandores,  
 superstición profane tus altares,  
 ni que insulte tu ley la tiranía:  
 ya tu imperio y tu culto son eternos.  
 y, cual restauras con su antigua gloria  
 del santo y poderoso  
 Pachá-Camae el templo portentoso,  
 tiempo vendrá—mi oráculo no miente—  
 en que darás a pueblos destronados  
 su majestad ingénita y su solio;

animarás las ruinas de Cartago;  
revelarás en Grecia el Areopago,  
y en la humillada Roma el Capitolio.

«Tuya será, Bolívar esta gloria:  
tuyo, romper el yugo de los reyes,  
y a su despecho entronizar las leyes;  
y la Discordia en áspides erinada,  
por tu brazo en cien nudos ahorrojada,  
ante los Haces santos confundidas,  
harás temblar las armas parricidas.

«Ya las hondas entrañas de la tierra  
en larga vena ofrecen el tesoro  
que en ellas guarda el sol; y nuestros montes  
los valles regarán con lava de oro.  
Y el pueblo primogénito dichoso  
de libertad, que sobre todos tanto  
por su poder y gloria se enaltece,  
como entre sus estrellas  
la estrella de Virginia resplandece,  
nos da el ósculo santo  
de amistad fraternal. Y las naciones  
del remoto hemisferio celebrado,  
al contemplar el vuelo arrebatado  
de nuestras musas y artes,  
como iguales amigos nos saludan;  
con el tridente abriendo la carrera  
la reina de los mares la primera.

«Será perpetua, oh pueblos, esta gloria  
y vuestra libertad incontrastable  
contra el poder y liga detestable  
de todos los tiranos conjurados,  
en la guerra y la paz vivís unidos.  
Vuestra fuerza es la unión. ¡Unión, oh pueblos,  
para ser libres y jamás vencidos!  
Esta unión, este lazo poderoso  
la gran cadena de los Andes sea,  
que en fortísimo enlace se dilatan  
del uno al otro mar. Las tempestades

del cielo ardiendo en fuego se arrebatan;  
 erupciones volcánicas arrasan  
 campos, pueblos, vastísimas regiones,  
 y amenazan horrendas convulsiones  
 el globo destrozando desde el profundo:  
 Ellos, empero, firmes y serenos  
 ven el estrago funeral del mundo.

«Ésta es, Bolívar, aún mayor hazaña  
 que destrozando el férreo cetro a España.  
 Y es digna de ti solo. En tanto, triunfa...  
 Ya se alzan los magníficos trofeos.  
 Y tu nombre, acclamado  
 por las vecinas y remotas gentes  
 en lenguas, voces, metros diferentes,  
 recorrerá la serie de los siglos  
 en las alas del canto arrebatado...  
 Y en medio del concierto numeroso,  
 la voz del Guayas crece  
 y a las más resonantes enmudece.  
 Tú la salud y honor de nuestro pueblo  
 serás viviendo, y ángel poderoso  
 que lo proteja, cuando  
 tarde al Emperador el vuelo arrebatases,  
 y entre los claros Incas  
 a la diestra de Manco te sentases.

«Así place al Destino. ¡Oh! ved al cóndor,  
 al peruviense rey del pueblo aéreo,  
 a quien ya cede el águila el imperio,  
 vedle cuál desplegando en nuevas galas  
 las espléndidas alas,  
 sublime a la región del sol se eleva  
 y el alto augurio que os revelo aprueba.

«Marchad, marchad guerreros,  
 y apresurad el día de la gloria:  
 que en la fragosa margen de Apurímac  
 con palmas os espera la Victoria.»

Dijo el Inca. y las bóvedas etéreas

de par en par se abrieron,  
en viva luz y resplandor brillaron  
y en celestiales cantos resonaron.  
Era el coro de cándidas vestales;  
las vírgenes del sol, que rodeando  
al Inca como a sumo sacerdote,  
en gozo santo y ecos virginales  
en torno van cantando  
del sol las alabanzas inmortales:

«Alma eterna del mundo,  
Dios santo del Perú, padre del Inca,  
en tu giro fecundo  
gózate sin cesar, luz bienhechora,  
viendo ya libre el pueblo que te adora.  
La tiniebla de sangre y servidumbre  
que ofuscaba la lumbre  
de tu radiante faz pura y serena  
se disipó, y en cantos se convierte  
la querrela de muerte  
y el ruido antiguo de servil cadena.

Aquí la Libertad buscó un asilo,  
amable peregrina;  
y ya lo encuentra plácido y tranquilo,  
y aquí poner la Diosa  
quiere su templo y ara milagrosa.  
Aquí, olvidada de su cara Helvecia,  
se viene a consolar de la ruina  
de los altares que le alzó la Grecia,  
y en todos sus oráculos proclama  
que al Madalén y al Rímac bullicioso  
ya sobre el Tíber y el Eurotas ama.

¡Oh Padre, oh claro sol! no desampares  
este suelo jamás, ni estos altares.  
Tu vivífico ardor todos los seres  
ánima y reproduce: por ti viven,  
y acción, salud, placer, beldad reciben.  
Tú al labrador despiertas,  
y a las aves canoras

en tus primeras horas:  
 y son tuyos sus cantos matinales.  
 Por ti siente el guerrero  
 en amor patrio enardecida el alma,  
 y al pie de tu ara rinde placentero  
 su laurel y su palma:  
 y tuyos son sus cánticos marciales.

¡Fecunda, oh sol, tu tierra,  
 y los males repara de la guerra!  
 Da a nuestros campos, frutos abundosos,  
 aunque niegues el brillo a los metales:  
 da naves a los puertos;  
 pueblos a los desiertos;  
 a las armas victoria;  
 alas al genio y a las Musas gloria.

¡Dios del Perú! sostén, salva, conforta  
 el brazo que te venga:  
 no para nuevas lides sanguinosas,  
 que miran con horror madres y esposas;  
 sino para poner a olas civiles  
 límites ciertos, y que en paz florezcan  
 de la alma Paz los dones soberanos:  
 y arredre a sediciosos y a tiranos.  
 Brilla con nueva luz, rey de los Cielos,  
 del triunfo que magnífica prepara  
 a su libertador la patria mía.  
 ¡Pompa digna del Inca y del Imperio  
 que hoy de su ruina a nuevo ser revive!

Abre tus puertas, opulenta Lima,  
 abate tus murallas, y recibe  
 al noble triunfador que, rodeado  
 de pueblos numerosos, y aclamado  
 Ángel de la Esperanza,  
 y Genio de la Paz y de la Gloria,  
 en inefable majestad se avanza.

Las Musas y las Artes revolando  
 en torno van del carro esplendoroso;

y los pendones patrios vencedores  
al aire vago ondean, ostentando  
del Sol la imagen, de iris los colores.  
Y en ágil pluma y en gentiles formas,  
dando al viento el cabello desparcido,  
de flores matizado,  
cual las horas del sol raudas y bellas,  
saltan en derredor lindas doncellas,  
en giro no estudiado;  
las glorias de su patria  
en sus patrios cantares celebrando;  
y, en sus pulidas manos, levantando  
—albos y tersos como el seno de ellas—  
cien primorosos vasos de alabastro  
que espiran fragantísimos aromas,  
y de su centro, se derrama y sube  
por los cerúleos ámbitos del cielo,  
de ondoso incienso transparente nube.

Cierran la pompa espléndidos trofeos;  
y por delante, en larga serie, marchan  
humildes, confundidos,  
los pueblos y los jefes ya vencidos.  
Allá precede el Astur belicoso;  
allí va el Catalán infatigable,  
y el agreste Celáibero indomable,  
y el Cántabro feroz, que a la romana  
cadena el cuello sujetó, el postrero;  
y el Andalúz liviano,  
y el adusto y severo Castellano.  
Ya el áureo Tajo cetro y nombre cede;  
y las que, antes graciosas,  
fueron honor del fabuloso suelo,  
Ninfas del Tormes y el Genil, en duelo  
se esconden silenciosas:  
y el grande Betis, viendo ya marchita  
su sacra pliva, menos orgulloso,  
paga su antiguo feudo al mar undoso.

El Sol suspenso en la mitad del cielo  
aplaudirá esta pompa.—¡Oh Sol, oh Padre,

tu luz rompa y disipe  
 las sombras del antiguo cautiverio;  
 tu luz nos dé el imperio;  
 tu luz la libertad nos restituya;  
 tuya es la tierra, y la victoria es tuya!»

Cesó el canto. Los cielos aplaudieron,  
 y en plácido fulgor resplandecieron,  
 Todos quedan alónitos. Y en tanto,  
 tras la dorada nube el Inca santo  
 y las santas Vestales se escondieron.

Mas ¿cuál audacia te elevó a los cielos,  
 humilde Musa mía? ¡Oh! no reveles  
 a los seres naturales,  
 en débil canto, arcanos celestiales.  
 Y ciñan otros la apolínea rama  
 y siéntense a la mesa de los dioses,  
 y los arrulle la parlera Fama,  
 que es la gloria y tormento de la vida.  
 Yo volveré a mi flauta conocida,  
 libre vagando por el bosque umbrío  
 de naranjos y opacos tamarindos,  
 o entre el rosal pintado y oloroso  
 que matiza la margen de mi río,  
 o entre risueños campos do, en pomposo  
 trono piramidal y alta corona,  
 la Piña ostenta el cetro de Pomona.  
 Y me diré feliz, si mereciere,  
 al colgar esta lira en que he cantado  
 en tono menos dino,  
 la gloria y el destino  
 del venturoso pueblo americano:  
 yo me diré feliz, si mereciere  
 por premio a mi osadía,  
 una mirada tierna de las Gracias,  
 y el aprecio y amor de mis hermanos,  
 una sonrisa de la Patria mía,  
 y el odio y el furor de los tiranos.

Guayaquil, abril, 1825.



## Oda XII. Lib. I de Horacio

TRADUCCIÓN

¡Oh nave ¿dónde vas? ¿No te amedrentan  
las nuevas olas que a la mar te impe'len?  
¡Ay! el peligro es cierto.  
Torna, torna veloz, ocupa el puerto.  
Tu costado de remos ve desnudo,  
y ve tu mastil roto  
al impetu del ábrego sañudo.  
¡Cuál crujen las antenas!  
Sin cables, sin timón, la frágil tabla  
resistir podrá apenas  
los asaltos del mar.—No hay vela sana,  
ni Dios propicio que a tu voz descienda  
y en tu nuevo conflicto te defienda.  
No te valdrá tu nombre, ni el ser hija  
del más excelso pino  
que fué honor de las selvas del Euxino.  
¿Y pondrá en vauo el tímido piloto,  
en la pintada popa, su esperanza?...  
Guarte, nave infeliz. Cada momento  
teme ser juego del furioso viento.  
Tú que, otro tiempo, fuiste  
inquieto medio a mi ánimo agitado,  
y ahora objeto triste

de mi acerbo pesar y mi cuidado:  
huye, bajel querido,  
del mar embravecido  
que, entre escollos cortiendo peligrosos  
de viva roca y de ferviente arena,  
a seguro naufragio te condena.



AL GENERAL FLORES

## Vencedor en Miñarica

Cual águila inexperta que, impelida  
del regio instinto de su ostripe clara,  
emprende el precoz vuelo  
en atrevido ensayo,  
y elevándose ufana, envanece,  
sobre las nubes que atormenta el rayo,  
no en el peligro de su ardor repara,  
y a su ambicioso anhelo  
estrecha viene la mitad del cielo:

Mas, de imprevisto deslumbrada, ciega,  
sin saber dónde va, pierde el aliento,  
y a la merced del viento  
ya su destino y su salud entrega:  
o, por su solo peso descendiendo,  
se encuentra por acaso  
en medio de su selva conocida,  
y allí, la luz huyendo, se guarece,  
y de fatiga y de pavor vencida,  
renunciando al imperio desfallece...:

Así, mi Musa un día  
sintió la tierra huir bajo su planta,  
y osó escalar los cielos, no teniendo  
más genio que amor patrio y osadía.  
En la región etérea se declara  
grande sacerdotisa de los Incas;

abro el templo del Sol: flores y ofrendas  
esparce sobre el ara:  
ciñe la estola espléndida y la tiara:  
inquieta, atormentada  
de un Dios que, dentro el pecho, no le cabe,  
profiere en alta voz lo que no sabe,  
por ciega inspiración. Tiemblan los reyes  
escuchando el oráculo tremendo:  
revelaciones, leyes  
dicta al Pueblo: describe las batallas;  
de la Patria predice la victoria,  
y la aplaude en seráficos cantares:  
de los Incas deifica la memoria,  
y a sus Manes sagrados,  
si tumba les faltó, levanta altares.

Mas, cuando ya su triunfo absorta canta,  
atrás la vista torna;  
mido el abismo que salvó, y se espanta;  
tiembla, deja caer la refulgente  
sacra diadema que sus sienes orna;  
y flaco el pecho, el ánimo doliente,  
cual si volvicra de un delirio, siente;  
y de la santa agitación rendida,  
queda en lento deliquio adormecida.

En vano el bronce fratricida truena,  
y de las armas rompe el estallido;  
y al recrujir el carro de la guerra  
se siente en torno retemblar la tierra;  
y el atroz silbo de rabiosas sierpes  
que la Discordia enreda a su melena,  
en sed mortal los pechos enlurece;  
y de la antigua silla de los Incas  
hasta do bate el mar los altos muros  
de la noble heredera de Cartago,  
todo es horror y confusión y estrago:

En vano, ¡oh Dios! del medio  
de las olas civiles, con sorpresa,  
joven, graciosa, de esperanzas llena

una nueva República, aparece,  
cual la Diosa de amor y de belleza,  
coronada de rosas y azahares,  
con que el ambiente plácido perfuma,  
surgió sobre la hirviente y alba espuma  
del mar, nacida a serenar los mares:

Y en vano sobre el margen populoso  
del rico Tames y bullente Rima,  
en verso numeroso  
canoras voces se alzan, despertando  
la Musa de Junón... ¡que el sacro fuego  
de inspiración cesó; lánguido expira;  
y el canto silencioso  
duerme sobre las cuerdas de su lira!

Mas nunca el Genio muere: y con su aliento  
la tierra, el firmamento,  
el mármol, y cadáveres anima.

Ya está dentro de mí.—Veloces vientos,  
anunciad a las gentes  
un nuevo canto de victoria. Dadme  
laurel y palmas y alas esplendentes;  
volvédme el estro santo,  
¡que ya en el seno siento hervir el canto!

¿A dónde huyendo del paterno fecho  
corre la juventud precipitada?  
En sus ojos furor, rabia en su pecho,  
y en su mano blandiendo ensangrentada  
un tizón infernal; cual civil Parca  
ciega discurre, tala, y sus horrendas  
huellas en sangre y en cenizas marca.

Leyes y patria y libertad proclaman...  
Y oro, sangre, poder... ésas sus leyes,  
ésa es la libertad, de que se llaman  
inclitos vengadores...

Y en los enormes montes inferpuestos

y en el soberbio inexpugnable alcázar,  
que de lejos ostenta  
la flama del Pacífico opulenta,  
la insolente esperanza  
ponea de triunfo cierto y de venganza.  
Corren al triunfo cierto... y un abismo  
se abrió bajo sus pies... que los horrores  
de tanta sedición, los alaridos  
que entre las ruinas salen, los clamores  
de tantos pueblos íntegros y fieles,  
el rayo concitaron que dormía  
allá en el seno de su nube umbría.

Ese es el Adalid a quien dió el Cielo  
valor, consejo, previsión y audacia.  
Al arduo empeño, a la mayor desgracia,  
le sobra el corazón. Todo le cede:  
sirve a su voz la suerte, ante su Genio  
el peligro espantado retrocede.

Flores, los pueblos claman: y los montes  
que la escena magnífica decoran,  
Flores, repiten sin cesar. Los ecos  
ávidos unos a otros se devoran  
y, en inquietud perpetua, se suceden  
como olas de la mar. Sordos, aterran  
la turba perlinaz, que espavorida  
huye; y no sabe dónde—que doquiera  
los ecos la persiguen,—y doquiera  
el espectro del héroe la intimida.

Así cuando una nube repentina  
enluta el cielo, cuando el sol declina,  
se afanan los pastores recogiendo  
el rebaño que paze descuidado.  
Mas de improviso, estalla un trueno horrendo;  
el tímido ganado  
se aturde, se dispersa, desoyendo  
del fiel mastín inútiles clamores,  
se pierde en precipicios espantosos,  
que más lo apartan del redil querido;

y entre tantos horrores  
vagan, tiemblan, y caen confundidos  
ganados y mastines y pastores.

Oyó la voz doliente de la Patria  
su siempre fiel guerrero;  
y desnudando el invencible acero,  
se avanza; y los valientes capitanes  
—en cien lides gloriosos—le rodcan,  
y dar paz a la Patria, o morir firmes,  
sobre la cruz de sus espadas juran...

El habla: y a su acento  
todo en torno es acción y movimiento.  
Armas, tormentos bélicos... y cuanto  
elemento de guerra y de victoria  
da el suelo, forma el arte, el genio crea,  
se apresta, o aparece por encanto.  
Gime el yunque, la fragua centellea,  
brota naves el mar, tropas la tierra...  
aquí y allí la juventud se adiestra  
a la terrible y desigual palestra...  
Y el caballo impaciente  
de freno y de reposo,  
se indigna, escarba el suelo polvoroso:  
impávido, insolente,  
demanda la señal: bufa, amenaza,  
tiemblan sus miembros: su ojo reverbera;  
enarca la cerviz, la alza arrogante,  
de prominente oreja coronada;  
y al viento derramada  
la crin luciente de su cuello enhiesto,  
ufano da, en fantástica carrera,  
mil y mil pasos sin salir del puesto.

Mayor afán, agitación, tumulto  
reina en el bando opuesto.  
Armas les da el furor; la ambición ciega,  
constancia... obstinación. ¡Cuán impotente  
dió voces la razón!... Y en vano el cielo  
los aterra con signos portentosos.

Nocturnas sombras vagan por el suelo  
 exhalando alaridos lastimosos;  
 rayos sangüíneos las tinieblas aran  
 en pálido fulgor; y por la noche  
 sonos terribles, de uno a otro extremo  
 de la espantosa bóveda, se oyeron:  
 se hiende el monte: el huracán estalla,  
 y es todo el aire un campo de batalla.

Y en medio de la pompa más solemne,  
 las imágenes santas, derribadas  
 ¡qué horror!— del alto pedestal cayeron  
 del incienso sacrilego indignadas.

¿Veis allá lejos ominosa nube  
 ondeando en polvo de revuelta arena,  
 que densa se derrama y lenta sube?...  
 Allí está Miñarica. La Discordia  
 allí sus Haces crédulas ordena:  
 las convoca, las cuenta, las inflama...  
 las inflama... después las desenfrena.

Flores vuela al encuentro: y cuando, alzada  
 sobre la hostil cerviz, resplandecía  
 su espada, reconoce sus hermanos:  
 lejos de sí la arroja: y les ofrece  
 el seno abierto y las inertes manos.

Mas fiero la facción se enorgullece:  
 razón, ruego, amistad y paz desdén.  
 Triunfa al verse rogada  
 y en ilusión y en arrogancia crece;  
 que rara vez clemencia generosa  
 al monstruo del furor civil domeña  
 y aun más los viles pechos escandece.

Tornó el héroe a relumbrar la espada:  
 y ésta fué la señal. Los combatientes  
 con firme paso y exultantes frentes  
 se acometen, se mezclan... De una parte  
 el número y el ímpetu... de la otra

arte, valor, serenidad: doquiera  
furor y sangre... y a las armas sangre,  
aun más infame que el oro, empañá:  
y los pendones patrios encontrados,  
rotos y en sangre, flotan, empapados  
Cristados yelmos, miembros palpitantes  
erizan la campaña...

Y los troncos humanos  
se revuelcan, amagan:  
e impotentes de herir, siquiera insultan,  
mientras los restos de vital aliento  
entre sus labios macilentos vagan.

Los antiguos amigos, los hermanos  
se encuentran, se conocen.. y se abrazan..  
con el abrazo de furente saña.

Ni tregua, ni piedad.—¿Quién me retira  
de esta escena de horror?—Rompe tu lira,  
doliente Musa mía; y antes deja  
por siempre sepultada en noche oscura  
tanta guerra civil. ¡Oh! tú no seas  
quien a la edad futura  
quiera en durable verso revelarla:  
que si mengua o escándalo resulta,  
honra más la verdad quien más la oculta.

Como rayo entre nube tormentosa  
serpea fulminando, y veloz huye:  
vuelve a brillar, la tempestad disipa,  
y su esplendor al cielo restituye;  
así la espada del invicto Flores  
por entre los esposos escuadrones  
va sin ley cierta, brilla... y desaparecen.  
A los unos aterra su presencia:  
otros, piedad clamando, se rindieron:  
y a los que, fuertes para huir, huyeron,  
los alcanzó en su fuga la clemencia.

¡Salud, oh claro Vencedor! ¡Oh firme  
brazo, columna y gloria de la Patria!

Por ti la asolación, por ti el estruendo  
bélico cesó, y la inspirada Musa  
despertó dando arrebatado canto.  
Por ti la Patria el merecido llanto  
templa al mirar el hecatombe horrendo,  
que es precio de la paz. Por ti recobran  
su paz los pueblos, y su prez las artes;  
la alma Temis su santo ministerio;  
su antiguo honor los patrios estandartes;  
la Ley su cetro, Libertad su imperio:  
y las sombras de Guachi desoladas,  
de su afrenta y dolor quedan vengadas.

Rey de los Andes, la ardua frente inclina,  
que pasa el Vencedor! A nuestras p'ayas  
dirige el paso victorioso, en tan'o  
que el himno sacro la amistad entona,  
y fausta la Victoria le destina  
triunfales pompas en su caro Guayas,  
y en este canto espléndida corona.

Guayaquil, 1835.



## A UN NIÑO

---

Saber poner en práctica el amor  
que a Dios y al hombre debes profesar;  
a Dios, como a tu fin último, amar,  
y al hombre, como imagen de su Autor;

proceder con lisura y con candor;  
a todos complacer, sin adular;  
saber el propio genio dominar,  
y seguir a los otros el humor;

con gusto el bien ajeno promover;  
como propio, el ajeno mal sentir;  
saber negar, saber condescender;

saber disimular, y no fingir:  
esta ciencia del mundo has de aprender,  
ésta es, niño, la ciencia de vivir.

Guayaquil, 1836.

---



## Ensayo sobre el hombre

POR ALEJANDRO POPE

### PROLOGO

El título solo de este opúsculo bastaría a indicar su importancia, si acaso el Ensayo sobre el Hombre no fuese tan conocido y recomendado por su antigua celebridad y por el nombre mismo de su autor. — ¡Pope escribiendo del hombre! — Nunca un objeto más grande excitó la fantasía de un cantor más filósofo, ni más sublime.

Si Pope no fué el primero que empezó a desembrazar la metafísica de las pueriles sutilezas y de las ininteligibles abstracciones que de dos siglos atrás la afeaban y segregaban del trato humano, a lo menos, antes de él, nadie osó presentar esta ciencia con la honesta desnudez de la verdad, nadie, ceñirla de las alegres flores de la poesía.

La moral, que, a manera de la física, acababa también de sacudirse de su materia sutil y despejarse de los cielos y de sus turbiones, no le es menos deudora de sus progresos; ya por la simplicidad con<sup>q</sup>ue desenvuelve sus principios fundamentales — ya por las ideas sublimes que da de Dios como creador del mundo y del hombre como

criatura suya, la más excelente de todas, a la cual están subordinadas las demás, y con quienes concurre al grande fin de la creación — ya finalmente, para revelar el misterio filosófico del mal moral bajo la providencia de un Dios santo y bueno, y del mal físico con el orden, hermosura y perfección del universo.

El enajenamiento que me causó la lectura de este poema no me dejó sentir cuánta sería la audacia de cualquiera que emprendiese su traducción. La niebla que cubría esta montaña enorme no permitió medir, ni computar su altura. Mas los continuos esfuerzos y la lucha que desde luego tuve que sostener con cada frase, y aun con cada palabra, me volvieron en mi acuerdo, y pensé entonces ceder a otro más hábil, o más feliz, el honor de ser el primero que diese a Pope en nuestra lengua. Pero, ya había empezado... ¡y es tan duro retroceder! Hay además cierta vergüenza en desistir de un empeño tomado con resolución, que indeliberadamente llega uno a persuadirse de que es más difícil deshacer el primer paso que se ha dado, que vencer todas las dificultades que se presienten en la carrera. Yo me hallé, pues, sin libertad para abandonar una obra comenzada, una obra que había de servir forzosamente a mi instrucción, si quiera por las frecuentes lecciones y detenida meditación que debía hacer sobre cada pensamiento para verterlo en nuestro idioma. Una vez resuelto, me creía satisfecho con que las sentencias quedasen en mi espíritu bien meditadas, aunque sobre el papel saliesen mal vertidas.

Al principio, aspiré a la gloria—verdaderamente vana y pueril—de traducir este Ensayo en casi igual número de versos que tiene el original; mas cualquiera que conozca el carácter raro de la lengua y de la poesía inglesa, y el rarísimo del genio de Pope, advertirá fácilmente que esa era una empresa desesperada. Yo me percaté temprano de mi error; y encontré tan poca fluidez en el estilo, tan poca armonía en el metro, tantas ideas omi-

das, tantas transiciones, o suprimidas o violentas; en los primeros cincuenta versos que tradujo; que, naturalmente, pasó al extremo opuesto; y me resolví a dar rienda suelta a mi imaginación, apropiarme los pensamientos del autor y expresarlos del mejor modo que pudiese, añadiendo algunas ideas, imágenes y alusiones oportunas, sustituyendo los símiles que creyese más propios, haciendo ligeras inversiones, ampliando varias descripciones y sacudiendo el yugo de una rima rigurosa que, en las traducciones, es ocasión inevitable de ripios y adiciones extrañas y superfluas: escollo que no pudieron salvar ni los más doctos maestros, como León y Herrera, Boileau y el mismo Pope — Yo sólo seré responsable de los errores y de la imperfección que resulte a la obra por mis variaciones; y para que todos puedan formar y rectificar su juicio, he querido imprimir juntamente el original, (1) con cuyas bellezas naturales pienso también suplir de algún modo la debilidad de mi versión, aunque contribuya yo mismo a que sea más visible la diferencia entre ambos con la indispensable comparación de los dos textos.

Sea cual fuere la extensión con que he usado de esta libertad, nadie podrá acusarme de haber olvidado los preceptos y leyes a que están sujetas las composiciones de este género; antes bien se observará que, habiendo escogido un argumento ajeno y de uso público, he procurado hacerlo mío, sin defraudar en nada la parte del autor; pero también sin atormentar mi genio en una estrecha y precisa órbita, y sin sacrificar mi opinión, las reglas del arte y el honor poético a una servil fidelidad:

(1) En gracia a la brevedad, suprimimos en esta edición, el original de Pope, a que alude el autor.—Nota del editor.

*Publica materies privati juris erit, si  
Nec circa vilem patulumque moraberis orbem;  
Nec verbum verbo curabis reddere, fidus  
Interpres: nec desilies imitator in arcum  
Unde pedem proferre pudor vetet, aut operis lex.*

Epist. ad Pisones.

El Ensayo sobre el Hombre comprende cuatro epístolas, en las cuales se trata de la naturaleza y estado del hombre en relación con el universo, consigo mismo, con la sociedad—de que es parte—y con la felicidad a que está destinado. Concluída la versión de la primera, mi arrojó fué más lejos, y concebí, quizá muy neciamente, el designio de formar un sistema completo sobre las costumbres, des- envolviendo varias indicaciones del autor y añadiendo nuevas observaciones sobre la extensión y límites de la razón humana, sobre el carácter de las ciencias, de las artes útiles, de los diversos talentos de los hombres, y sobre la aplicación, uso y abuso de esas mismas ciencias y de esos mismos talentos en la sociedad civil y religiosa, para hacer más sensible la estrecha relación y enlace que hay entre la virtud y la felicidad.

El mismo Pope parece haber conocido este vacío en su Ensayo, habiendo escrito otras epístolas morales sueltas y varias otras composiciones sobre los objetos indicados, señaladamente el libro IV de su célebre Dunciada. Mi intento era, ya que mis fuerzas no bastaban a la ejecución del plan que audazmente había concebido, traducir todas esas piezas y colocarlas como partes similares en los lugares convenientes para que formasen un todo regular, uno y completo.

El ocio que disfrutaba entonces, la distracción de todo negocio público y la soledad, me preparaban maravillosamente a esta grande y deliciosa ocupación. Mas por aquel mismo tiempo una voz imperiosa me llamó de improviso a tener parte



en los destinos de mi Patria. Los cuidados de la vida pública y los peligros que incesantemente amenazaron mi país hasta la victoria de Pichincha, vinieron no sólo a interrumpir mi tarea, sino a separarme de todo género de estudio, especialmente del trato con las musas, que son, como se sabe, nimíamente delicadas y celosas.

Pasado este intervalo, empieza a despertarse el deseo de proseguir una obra interrumpida por tres años; y hallándome felizmente en un pueblo en que abundan personas de sentido literario muy exquisito, y donde no faltan buenos conocedores de la propiedad y gracias geniales de uno y otro idioma, me he resuelto a publicar sola esta primera epístola, con el fin de consultar el parecer de los inteligentes, excitar su crítica sobre el método y forma de mi versión, para que, castigada según sus observaciones, pueda servir de ejemplar a las posteriores, que debo continuar luego que pasen las nuevas atenciones que me han sobrevenido cuando lo recelaba menos. Entre tanto, mi espíritu irá recobrando su estado natural y la serenidad perdida en la tormentosa época que acaba de pasar, en la que trayendo una vida pública, puedo decir que he vivido fuera de mi elemento propio. El mar agitado por una larga tempestad conserva aún su inquietud mucho tiempo después de serenado el cielo.

La situación política de nuestra América, así como fué el motivo principal que me excitó a esta empresa, será también un vivo estímulo para llevarla a su conclusión. Cuando los pueblos sacuden una odiada y antigua dominación, y cuando todavía no han tenido ni el tiempo, ni la ocasión de constituirse, aunque la necesidad los obliga a adoptar las antiguas leyes (no porque sean buenas, sino porque mayor mal es no tener ningunas), nadie puede ignorar que esas leyes pierden gran parte de su vigor y poder, ya por su mismo carácter de provisionales -- ya porque no son amadas por su falta de bondad y por el recuerdo que traen consigo de su origen --- ya porque, aun las que parecen

más equitativas, respiran siempre el mortífero aliento colonial — ya, en fin, porque, despertado una vez en los pueblos el espíritu, el sentimiento, de su independencia, sufren impacientemente toda ley que no haya dimanado de su propia voluntad.

Era, por tanto, indispensable preparar un remedio que previniese ese mal, casi necesario—aun en las revoluciones más juiciosas—y que no pocas veces ha producido grandes calamidades y grandes crímenes, tarde explados y con mucha sangre. Este remedio no puede ser otro que dar a los pueblos un buen sistema de moral. Espero, pues, que con sus luces y lecciones cooperarán conmigo a tan saludable fin, todos los que aman cordialmente, la Patria y desean verla prosperar por el adelantamiento de las bellas letras, por el influjo de una sabia y propia legislación y por el imperio de las buenas costumbres, que son el mejor, el único sustento de las leyes, y frecuentemente más eficaz que las leyes mismas.

Lima, 1823.



## EPISTOLA PRIMERA

### SUMARIO

La razón no puede formarse idea de Dios sino por las cosas visibles; ni del hombre, sino considerándolo como parte de este mundo, cuyas relaciones con el universo nos son desconocidas. — Esta ignorancia es la fuente de nuestras quejas contra la Providencia. — Necedad e injusticia de estas quejas. — Para conocer la sabiduría de Dios en la formación del hombre, es preciso comprender toda la perfección que conviene a su fin y al lugar que ocupa entre los seres creados. — En la ignorancia de los sucesos futuros de la vida, y en la esperanza de una felicidad futura, se funda nuestra felicidad presente. — Nuestros errores y nuestra miseria provienen del orgullo que aspira a una perfección de que el hombre no es capaz. — El se mira como el objeto final de la Creación, y quiere en el mundo moral la perfección que no hay en el mundo físico, y que no puede haber en las cosas creadas. — En el universo visible hay un orden, una gradación de perfecciones entre las criaturas, de donde resulta la subordinación de unas a otras, y de todas al hombre. — Gradación de sentidos, instinto, pensamiento y

razón. — La razón da al hombre la superioridad sobre todos los animales y le compensa con ventaja todas las calidades que ellos tienen sobre él. — Facultades sensitivas más delicadas nos harían miserables. — La conservación, la felicidad de las criaturas, pende del orden y mutuo enlace de todas; la menor dislocación causaría la destrucción del todo. — El hombre para ser feliz en el estado presente y futuro debe someterse a los designios de la Providencia y concluir que **TODO CUANTO EXISTE ESTA BIEN EN EL MUNDO.**

¡Despierta, amigo y generoso, deja las necias esperanzas, los caprichos de la ambición, al vulgo, de los reyes! Y, pues el soplo de la vida apenas nos permite observar lo que nos cerca, y se extingue después; ven y corramos sobre esta escena rápida del hombre. — ¡Qué laberinto! — exclamas. — Mas no pienses que carece de plan. Arbol que tienta con sus hermosos y vedados frutos; campo de rosas entre abrojos nacen: recorrámosle pues; y cuanto muestra sobre su faz, o dentro el seno guarda, conmigo indagarás, y las tortuosas sendas que sigue quien se arrastra ciego, o el loco aturdimiento del orgullo que, en su mentida elevación, se pierde. Seguir tu clara voz, Naturaleza, es nuestro fin: la necesidad humana confundir en su error, y ver las causas de quejas y opiniones, siempre dignas de risa, o de censura. Al Dios del hombre, a los ojos del hombre vindiquemos.

Sobre Dios, sobre el hombre, alguna idea sólo por lo que vemos nos formamos.  
¿Qué vemos en el hombre? Un sér dotado

do reflexión, que su lugar prescrito  
con los demás en la Creación ocupa:  
y toda nuestra ciencia sobre el hombre  
a estos solos principios se reduce.

Que a Dios conozcan mundos infinitos  
que ni los puede divisar la vista,  
ni el alma imaginar. Que allá le adoren...  
Nosotros conocerle y adorarle  
debemos en el nuestro. En audaz vuelo  
quien el espacio penetrar pudiese,  
y mundos sobre mundos ver girando  
para formar el universo, y nuevos  
planetas descubrir, y nuevos soles,  
y ver qué seres las estrellas pueblan:  
ese podrá decir porqué Dios hizo  
el mundo tal como es... Mas, dí, ¿tú sabes  
cuáles de esta obra son los fundamentos?  
¿El mutuo lazo que sus partes une?  
¿La justa proporción, y la insensible  
gradación de los seres? O bien, ¿dños,  
¿podrá una parte contener su todo?

Y esta cadena que lo enlaza todo,  
y lo sostiene todo, ¿de qué manos,  
de las de Dios, o de las tuyas, pende?  
¿La razón indagar ¡necio! pretendes,  
por que eres ciego y débil? ¡Ehl debías  
antes buscar la causa—aun más oculta—  
por que no eres más débil y más ciego.  
Vé a tu madre la tierra, a preguntarle,  
por que el roble será más alto y fuerte  
que no las zarzas que a su sombra crecen.  
O pregunta a los cielos, por que causa  
son menores que Júpiter las lunas  
que en torno giran de él. ¡Ahl, si es muy justo  
que, de cuantos sistemas son posibles,  
prefiera la eterna sabiduría  
el que fuere mejor, donde las partes  
sin la menor interrupción se adunen  
para no disolverse, y donde ocupe

cada sér su lugar; fuerza es que el hombre  
tenga el suyo también en esa escala  
de los seres que viven y que sienten.  
Y aunque ardan en disputas las escuelas,  
ya sólo resta investigar si el hombre  
está, con relación a su destino,  
mal colocado en el lugar que ocupa.

Lo que es mal para el hombre, puede y debe  
ser un bien para el todo: el arte humano  
cuando se esfuerza más, produce apenas  
aun con mil movimientos un efecto;  
pero Dios con un solo movimiento  
llena todo su fin, y aun otros fines  
prepara y perfecciona... Y así el hombre  
—que es aquí el móvil primordial y solo  
en ese orden—, quizá, subordinado  
a otra esfera mayor, mueve una rueda  
y concurre a otro fin que él no conoce.  
¡Quién, pues, comprenderá de este gran todo  
el plan y fin y dirección y leyes,  
si una mínima parte sólo vemos!

Cuando el fiero caballo reconozca  
la mano que le doma y, mal su grado,  
le refrena, o le aguija en su carrera;  
y cuando sepa el lento buey, que abre  
ora, la dura tierra, ora es llevado  
cual víctima al altar, ora, ceñido  
de flores, cual un Dios, Menfis le adora:  
entonces conocer, hombre orgulloso,  
podrás también tu fin, y adónde tiendes  
tu acción y tu pasión; cuáles las causas  
son del bien y del mal; qué te reprime  
o qué te impele a obrar; por qué, unas veces,  
de una deidad te elevas a la esfera,  
y otras, de un siervo a la vileza bajas.

No digas, pues, que el hombre es imperfecto,  
y que Dios hizo mal; antes confiesa  
que el hombre—a quien es dado solamente

gozar del tiempo un fugitivo instante,  
y ocupar del espacio un solo punto—  
debe ser tan feliz y tan perfecto  
como su ser y condición exige.

¡Del libro del Destino nadie puede  
leer sino la línea en que está escrito  
lo presente no más. Pródigo el Cielo  
al bruto oculta cuanto inspira al hombre;  
y a éste, cuanto a los ángeles revela.  
¡Quién pudiera jamás vivir tranquilo  
sin esta obscuridad!... Cuando el cordero  
es por su gula condenado a muerte,  
¿si él tu razón tuviera, lo verías  
tan alegre y lascivo en la pradera  
pacer, brincar y, en inocente halago,  
lamer la dura mano que lo hiere?  
¡Oh feliz ceguera de lo futuro!  
gracioso dón, a todo ser prestado,  
porque llene mejor su fin; en tanto  
que el sabio Autor en plácido reposo,  
su obra sublime conservando, mira,  
con ojo siempre igual, un vil insecto,  
ó un héroe perecer; en el espacio  
ya un sistema, ya un átomo, perderse;  
y ampollas de aire, o mundos, disolverse.

Refrena, pues, el vuelo de tu orgullo;  
y espera que la muerte esos misterios  
te venga a revelar, y a Dios adora.  
El ignorar te deja sabiamente  
cuál tu felicidad futura sea;  
mas para la presente, una esperanza  
que no muere jamás puso en tu seno.  
Si aquí no eres feliz, tú debes serlo  
en otro orden de tiempos y de seres.  
¡Oh, cómo el alma inquieta y limitada  
reposa y se engrandece en esta ideal

El Indio pobre en su rudez sumido  
ve en las nubes a Dios, le oye en los vientos;

ni vanas artes ni orgullosa ciencia  
su alma inerte excitaron a elevarse  
más allá de la esfera en que el sol brilla.  
Su pensar, su saber, no van más lejos  
de lo que alcanzan sus sentidos torpes;  
mas la simple Natura, de esperanza  
no le privó; y allá tras de aquel monte,  
cuya cima se pierde entre las nubes,  
un cielo él se promete; se imagina  
un mundo en cuyos bosques solitarios  
libre pueda vagar; o ya, en el medio  
del mar, una isla más dichosa, donde  
un cruel conquistador jamás atriba  
por saciar la sed de oro, derramando  
sangre doquier y servidumbre dura  
en nombre de su Dios; donde el esclavo  
ve su tierra natal, y alegre vive  
sin que su amo feroz y avaricioso  
en mil modos le oprima, y sin que espectros  
que la superstición crédula forja,  
la paz del sueño y de la noche turben.  
Contento de existir, él no desea  
ni las alas del ángel, ni la llama  
en que arde el serafín; mas se complace  
en la dulce ilusión de que su amigo  
—su perro fiel—será su compañero  
allá, en el mismo cielo que se finge.

Pero tú eres más sabio... En tu balanza  
pesa, pues, tu opinión contra la ciencia  
del pródigo Hacedor, y, señalando  
dó está la imperfección, dí que unas veces  
se muestra liberal, otras avaro;  
y, para darle perfección a su obra,  
pon lo que falta, quita lo que sobra.  
Destruye a tu placer todos los seres,  
o nuevos crea; y en tu orgullo, exclama:  
«Si el hombre no es feliz, si no es perfecto,  
»y si no es inmortal; si en él no emplea  
»todo su amor y su cuidado el Cielo,  
»Dios es injusto.» Y arrancando osado,

el cielo y la balanza, de sus manos,  
sé Dios de Dios, y juzga su justicia.

Amigo, vuelve en tí: de nuestro orgullo  
nace todo el error. Nadie en su esfera  
se puede contener; todos aspiran  
a otra mayor. Los ángeles ser dioses,  
y los hombres ser ángeles quisieran.  
Si aspirando a ser Dios, se perdió el ángel;  
aspirando a ser ángel, se hace el hombre  
do aquella misma rebelión, culpable:  
pues invertir la eterna ley del orden  
es pecar contra Dios, es oponerse  
a su eterno designio... y se prepara  
la universal disolución del mundo.

Si preguntas, ¿por qué los astros brillan?  
si preguntas, ¿por qué la tierra existe? —  
«Sólo es por mí»—responderá el orgullo—;  
por mí, derrama liberal Natura  
de frutos y de flores coronada,  
todos sus dones del fecundo seno:  
por mí da, en su estación, la vid su néctar,  
y su aroma la rosa: por mí encierran  
las minas mil tesoros; y los vientos  
sobre la mar me llevan obedientes.  
Nace el sol a alumbrarme; y es la tierra  
mi pedestal, y mi dosel el cielo.

Mas cuando el sol en sus letales rayos  
asoladora peste al mundo envía;  
cuando las tempestades, terremotos  
y erupciones volcánicas arrasan  
y sepultan los pueblos y naciones;  
¿no se podrá decir que se extravía  
Natura de su fin, y que en el mundo  
reina el Genio del mal? — «No, no, (responde  
la voz de la razón que nunca engaña)  
»pues la primera Causa Omnipotente  
»sólo por leyes generales obra,  
»que invierte rara vez, cuando le place,

»y nunca sin razón; y el mal permite  
»si a conservar el todo contribuye.»  
Por esta justa ley, cuanto hay criado,  
todo cuanto no es Dios, es imperfecto,  
y mudable y mortal. ¿El hombre solo  
no sufrirá esta ley?... Naturaleza  
tal vez del grande fin que se propuso  
de hacer feliz al hombre, se desvía;  
y aun el hombre también: ¿qué importa?... El orden  
de ese desorden aparente nace.

Aquel gran fin, en sucesión perenne,  
lluvias, calor, serenidad requiere,  
o más bien una eterna primavera;  
no menos que en los seres racionales,  
moderación, frugalidad, templanza,  
y un orden regular en sus deseos.  
Pues si, en el orden natural, no alteran  
el designio de Dios, las tempestades,  
las pestes y violentos terremotos,  
¿lo han de alterar los crímenes infandos  
de un Borgia, de un Nerón?... Así lo piensa  
en el delirio de su orgullo el hombre,  
sin ver que puede Dios hacer que el vicio,  
de su justicia a los designios sirva.  
¿Quién osará inculpar la Providencia  
en el orden moral, si vindicada  
siempre en el orden natural la observa?—  
Por una misma regla juzga de ambos;  
mas siempre errados vagarán tus juicios  
del grandioso espectáculo del cielo.  
Si más finos tu olfato y tacto fueran,  
el choque más ligero, la más dulce  
impresión de una flor, te causaría  
el dolor o al muerte: un trueno horrible  
fuera cada rumor: siempre aturdido  
del armónico són de las esferas,  
síntesis no escuchar la melodiosa  
queja del ruiseñor, del vago viento  
el grato susurrar entre las ramas,  
y el tono adulator del arroyuelo.

Adora, pues, la gran sabiduría  
del muy Alto en los dones que te ha dado;  
y en lo que niega, su bondad adora.

¡Por la inmensa Creación, cuál va la escala  
de inercia, vida, instinto, pensamiento,  
en insensible gradación subiendo  
desde la humilde raza del insecto  
a la estirpe del hombre soberana!  
¡Qué modificaciones de sentidos!  
¡Qué grados intermedios, desde el topo  
—a quien odiosa piel la luz le niega—,  
al lince perspicaz...! ¡De la leona  
—que, al ruido de su presa, por la noche  
ciega se lanza—, al perro, cuyo olfato  
discurriendo te lleva por un rastro  
imperceptible, al más remoto objeto!  
¡Cuál el oído, cuál la voz creciendo  
va desde el mudo pez, a las canoras  
aves de abril en la florida selva!  
¡Qué finura en el tacto de la araña  
sobre las redes que afanosa teje!  
¡En cada hilo vivir, sentir, parece!  
¡Con qué discernimiento va la abeja  
libando, aun de las plantas venenosas,  
un licor saludable y delicioso!

Y en el orden de instinto, si la mente  
fijas, ¡qué variedad, desde el inmundo  
vil cerdo que en el fango se revuelca,  
al casi racional, noble elefante!  
¡Y cuán débil barrera se interpone  
entre ese instinto y la razón humana!  
¡Próximos siempre, y siempre separados!...  
¿Quién conocer podrá la estrecha alianza  
entre la sensación y el pensamiento?  
¡Oh cuántos seres! ¡cuántas relaciones!  
¿Y quién dirá de sus indefinibles  
medias naturalezas, cómo tienden  
a unirse siempre sin jamás tocarse,

ni menos traspasar esa invencible,  
esa línea sutil, que los separa?

Turba la justa gradación de seres:  
y al punto los verás cómo se impelen,  
se chocan, se destruyen... y se rompe  
la unión, la relación, de unos a otros,  
y de todos al hombre; y, si tan varias  
facultades y dotes y atributos  
están subordinados a ti sólo,  
porque te cupo la razón en parte  
—cual un destello de celeste llama—:  
dí, pues, que tu razón todo lo abraza,  
que tu razón se sobrepona a todos.

Discurre por los aires; corre el globo;  
sonda la mar: descubrirás doquiera  
la materia agitándose fecunda  
y pronta a producir. ¡Cuál se dilata  
la progresión de seres! Hacia arriba,  
¡a qué altura se eleva inaccesible!  
En torno, ¡qué extensión interminable!  
Hacia abajo también, ¡en qué insondable  
profundidad se pierde!... El principio  
de la cadena es Dios: siguen por orden  
ángeles, hombres, bestias, aves, peces,  
insectos invisibles. ¡Qué intervalo  
del infinito a ti, de ti a la nada!  
Si al lugar de los seres superiores  
tú aspiras, al tuyo aspirarían  
los seres inferiores; y un vacío  
fuera en la Creación, donde, si quitas  
una grada, la escala se destruye;  
y, roto un eslabón de la cadena,  
la cadena también toda se rompe.

Así un sistema de celestes cuerpos  
gira obediente a sus centrales leyes,  
que tienen relación con otros mundos  
que poblarán la inmensidad del cielo.

Altera un tanto este orden porque acaso  
de allí esperas un bien: verás que, al punto,  
la confusión de un cuerpo se difunde  
a su sistema, y del sistema al todo;  
y caerá destruído el universo.  
La tierra de su centro sacudida  
se escapará de su órbita; y los soles  
y planetas irán ciegos rodando  
sin ley cierta, ni fin. Precipitados  
los ángeles que rigen las esteras  
serán también; los seres sobre seres  
se abismarán, y mundos sobre mundos;  
del cielo desquiciándose los ejes  
vacilará su eterno fundamento,  
y, ante el trono de Dios, Naturaleza  
temblará horrorizada al ver abierto  
el espantable abismo de la nada.  
¿Por quién desorden tanto? ¡Por el hombre!  
¡Por un gusano vill!... ¡Oh cuánto exceso  
de orgullo, de impiedad, y de locura!

¡Qué, si rebeldes nuestros miembros niegan  
su ministerio al alma que lo rige!  
¡Si el pie formado para hollar la tierra,  
si la mano al trabajo destinada,  
oler, gustar, oír o ver quisiesen  
y a cumplir su destino se negasen!...  
¡Qué confusión! — Pues mucho mayor fuera  
si en esta inmensa fábrica aspirara  
cada parte a ser otra, desdeñando  
el empleo y lugar que le ha prescrito  
la excelsa mente del Rector supremo.

No son todos los seres sino partes  
de este admirable todo, cuyo cuerpo  
es la naturaleza, y Dios el alma.  
Dios, que, igualmente, su poder ostenta  
grandeza y perfección, creando la tierra  
o la esplendente bóveda del cielo;  
un átomo sutil, o el sol radioso;

un hombre vil que en la miseria gime,  
o el puro scrafin que arrebatado  
en éxtasis le adora. Para Él nada  
es alto, bajo, grande ni pequeño.  
Todo ante Dios es nada. Su inefable  
espíritu penetra los abismos  
del cielo y de la tierra; enlaza, llena  
y lo sostiene todo... se transforma  
en cada ser, quedando siempre el mismo.  
Nos calienta en el sol, y nos recrea  
con las alas del céfiro; florece  
en cada planta, y en los astros brilla.  
Inextenso se extiende: indivisible  
se difunde doquier: se comunica,  
se da sin perder nada: en toda vida  
vive: y anima la materia inerte:  
en nuestra alma respira, siente, piensa;  
y, obrando siempre, nunca se fatiga.

Depón, pues—¡oh mortal!—, tu error: no llares  
imperfección este orden portentoso  
que no conoces bien: tu mayor dicha,  
quizá de lo que más inculpas, pende.  
Tu misma ceguedad y tu flaqueza  
son dones a tu fin proporcionados.  
Entra en ti mismo: piensa en tu destino.  
Somete tu razón: espera firme  
ser tan feliz aquí, o en otra esfera,  
cual conviene a tu ser, pues Dios lo quiere  
y, en amor paternal, sobre ti vela  
desde el alba a la noche de tu vida,  
y de su diestra poderosa pendes.

Es la naturaleza con sus obras,  
un arte, para ti desconocido;  
lo que llamas fortuna es el efecto  
de un gran designio, cuyo fin ignoras:  
lo que juzgas discordia es armonía  
cuyo hermoso concierto no percibes;  
y el mal particular que acaso observas,

es un bien general. En fin, concluye  
que, a pesar del orgullo, y en despecho  
de la razón ilusa, CUANTO EXISTE,  
TODO ESTÁ BIEN AQUÍ: TODO ES PERFECTO.

Lima, 1823.



## EPISTOLA SEGUNDA

NOTA PUBLICADA EN *La Balanza*, PERIÓDICO DE  
GUAYAQUIL, Y ATRIBUÍDA AL MISMO OLMEDO

Esta epístola traducida tiene casi doble extensión que su original. Críticos de grande autoridad sostienen que éste es el mayor defecto de una traducción de Pope, cuyo estudio principal se conoce que era el de encerrar en la más breve expresión el más extenso pensamiento; y que ensanchar las ideas del original era desfigurarlo enteramente. Esta observación puede ser exacta hasta cierto punto; pero no es menos exacta y segura la regla de que la claridad es el alma de toda composición, especialmente en un poema didáctico, cuyo objeto es instruir, y de que la claridad rara vez está unida a la extrema concisión.

Además de esto, toda composición en verso, sea cual fuese su objeto, demanda cierto grado de ornato y exige que en ella se sacrifique algo a la armonía, sin la cual jamás se llenaría el fin del poeta; pues una serie de preceptos áridos, tarde o temprano fastidia, regularmente, como todo estudio en que no tiene parte la imaginación. Las divinas Geórgicas son el modelo de ese género.

No se crea por esto, que emprendemos la censura de Pope, ni tampoco la apología de la difusión. Nada de eso: sólo queremos indicar la necesidad de guardar un justo medio en este género de composiciones, en las cuales, tiempo, trabajo, reputa-

ción, todo es perdido cuando no se entienden, y—lo que es peor—cuando dan lugar a dudas, falsas interpretaciones y errores que, si son nocivos en literatura, son perniciosísimos en la moral.

Prueba de esta verdad son las muchas y porfiadas controversias que se han suscitado en todo tiempo sobre este Ensayo de Pope, entre doctores y moralistas, entre filósofos y censores; lo que no ha contribuido poco a la mayor celebridad de este poema. Hombres muy distinguidos, entre ellos Luis Racine, se equivocaron en la inteligencia de este Ensayo; y si el célebre autor del poema de la Religión se engaña en algunos puntos esenciales, ¿qué sucederá con hombres menos doctos y sagaces. ¿Qué, con gente vulgar que nada sabe, teniendo más necesidad de saber algo? La equivocación de Racine fué ocasión de varias explicaciones entre los dos poetas; y aunque esta correspondencia sea un modelo de urbanidad, de franqueza y moderación, no por eso deja de poner en claro que hubo ocasión de error, y que este error difundido se disiparía tarde, pero dejando siempre malas semillas esparcidas que, naturalmente, no debían producir muy buenos frutos.

Puede ser que nuestro traductor se haya apartado un poco del estilo de Pope, amplificando sus ideas; pero él ha querido divulgar las importantes verdades de este admirable poema y ponerlas al alcance de todos; ha hecho lo que haría un hombre que ensanchase la circunferencia de su pozo a expensas de la profundidad, facilitando el descenso, y consiguiendo siempre sacar agua pura y saludable. El traductor no ha querido dar lección de laconismo sino de moral.

Este método nada probará contra la concisión y energía de nuestra lengua; pues el aumento que se nota en la traducción, como se ha dicho, proviene de la estudiada ampliación que se ha dado a los pensamientos del original, y de ciertas ideas que se ha creído necesario añadir para ornato y mejor inteligencia del texto. Por ejemplo, Pope,

hablando del hombre como un compuesto raro de elevación y de bajeza, de perfección e imperfección, dice, entre otras cosas, en un solo verso, que «duda muchas veces si es un dios o un bruto.» Mas viendo el traductor, que nada hay más grande en el hombre que el *pensamiento*, por donde se crea un sér superior; ni que nada hay más propio en él, para conocer su miseria, que el *error* y el *dolor*, no se ha parado en verter así aquella expresión:

...Piensa; y osado  
ya se cree un dios, o ya inferior al bruto,  
si a error sujeto y a dolor se mira.

Este desenvolvimiento de la idea parece que la exorna sin alterarla.

Por otra parte, la descripción de las ciencias físicas y de los inventos del ingenio humano (verso 19 y siguientes) le ha parecido al traductor muy diminuta en el original. Era preciso ampliar esa descripción, pues así lo exigía el adelantamiento que esas ciencias han tenido después que escribió Pope. Han debido, pues, añadirse otras sublimes invenciones modernas que merecen un lugar preferente, como son: los fenómenos de la electricidad, los progresos admirables de la astronomía y de la navegación, y el esfuerzo de viajar por los aires: invención que, poéticamente, se supone más adelantada de lo que está, y que se predice será perfeccionada con el tiempo. Quizá debemos extrañar que esta descripción no sea más extensa y que se haya olvidado el último y portentoso descubrimiento de nuevos elementos naturales, y la nueva potencia que ha aparecido en nuestros días para producir nuevas artes, perfeccionar las conocidas, vencer la fuerza de los vientos y el ímpetu de los ríos, dar nuevas alas al comercio, y, acercándose entre sí todas las naciones, hacer una sola familia de todos los pueblos de la tierra.

Otras amplificaciones hay en la traducción, que pueden suprimirse quedando el pensamiento del original. Por ejemplo, Pope dice en dos versos: «En el océano de la vida diversamente navegamos; la razón es la brújula y nos sirven de viento las pasiones». Al principio se tradujeron estos versos en otros dos castellanos:

Sobre el mar de la vida las pasiones,  
sirven de vientos, la razón, de norte.

Mas se prefirió la versión siguiente:

Sobre el océano de la vida, vamos,  
siempre agitado...  
Y es un lago mortífero la vida.

Las críticas delicadas pueden suprimir en esta versión los tres últimos versos, y habrá este motivo menos de censura.

Menos excusable parecerá el descuido de haber dejado correr muchos versos asonantados en una versificación que no los consiente. Pero como es fácil variar la estructura de un verso, se debe prevenir que muchas veces se habrá omitido esta variación, porque habrá parecido preferible convertir ese pequeño defecto a reformar un verso sonoro y que expresaba de este modo el sentido del autor con verdad y precisión. También debemos manifestar que hemos adquirido esta versión sin que el traductor la haya corregido, y que éste se ha prestado a la publicación, tanto porque no se pierdan los borradores, cuanto por ponerse él mismo en la ocasión de corregirlos y en la necesidad de imprimir en un cuerpo, más correctas y más dignas del público, las epístolas traducidas del Ensayo sobre el hombre.

Guayaquil, 1840.



## EPISTOLA SEGUNDA

DE LA NATURALEZA Y ESTADO DEL HOMBRE CON  
RELACION A SÍ MISMO, CONSIDERADO COMO INDIVIDUO

### SUMARIO

El hombre después de haber considerado sus relaciones con el universo, debe entrar en sí mismo y conocerse. Este auxilio, este conocimiento, le viene más que indagar la naturaleza de Dios. El hombre es una mezcla de elevación y grandeza, de luz y obscuridad, de perfección e imperfección, de debilidad y de fuerza. Limitación de sus conocimientos. Dos principios de nuestras acciones, el amor propio y la razón. Ambos nos son necesarios, y, aunque diferentes, tienden a un mismo fin: la felicidad del hombre. El hombre no puede ser feliz sino concertando los dos principios entre sí, y conteniéndolos en sus justos límites. Las pasiones nacen del amor propio, y son útiles al hombre y a la sociedad en general. No debemos destruir las pasiones, sino gobernarlas y templar las unas con las otras. Siempre hay una pasión dominante que somete a las demás pasiones, y aun a la razón; que, no pudiendo vencerla, se compone con ella y la

la obedece. La pasión dominante es necesaria para hacer entrar a los hombres en los designios de la Providencia y para dar más fuerza a sus inclinaciones y virtudes. — Mezcla de vicios y virtudes es nuestra naturaleza. Ellos se tocan de cerca; sin embargo, la distinción de sus límites es cierta y no difícil de ser conocida. Oficio de la razón. El vicio es odioso por sí mismo, pero nos seduce astutamente y nos arrastra. La Providencia se sirve de los vicios y pasiones del hombre para llenar sus fines y el bien general de la sociedad. Nuestros defectos forman nuestras primeras relaciones con nuestros semejantes. Los hombres se unen porque son débiles: los diversos intereses de cada individuo se confunden en el interés general. Por esta razón la sabiduría divina distribuye los dones a las diferentes clases de una manera desigual; de donde resulta su mutua dependencia, su unión y su fuerza. Así cada edad, cada condición, tiene sus inclinaciones, su carácter, sus pasiones particulares. El orgullo y la esperanza nos siguen hasta la muerte, procurando siempre atraer los bienes y alejar los males. Así nuestra felicidad nace de nuestra propia imperfección; y la sabiduría del Creador brilla aún en las mismas imperfecciones del hombre.

Conócete a ti mismo: no pretendas de Dios la esencia penetrar, amigo. Estúdiate a ti mismo; pues el hombre es el más propio estudio para el hombre. Como en un istmo colocado él tiene indoles varias: ya se nos presenta cual un ser mixto, o cual compuesto raro de calidades entre sí contrarias; tinieblas, luz, elevación, bajeza, todos los vicios, todas las virtudes.

Para dudar cual escéptico, es muy sabio;  
y, para alzarse a la fiereza estoica,  
muy flaco en su virtud: incierto siempre  
si debe obrar o no: piensa; y, osado,  
ya se cree un Dios, o ya inferior al bruto  
si al error y al dolor vive sujeto.  
Duda cuál de los dos, si el cuerpo o alma,  
es su parte más noble. Nace, vive  
para morir; y para errar discurre;  
si no oye a su razón, todo es obscuro;  
si la oye demasiado, nada hay cierto:  
caos triste de pasiones y de ideas;  
a sí mismo se engaña, y por sí mismo  
se desengaña sin quedar más cauto:  
cediendo a sus impulsos naturales,  
débil cae, y glorioso se levanta:  
señor y esclavo de las cosas todas;  
sólo de la verdad él juzgar puede,  
y a error perpetuo condenado vive.  
Este es el hombre; enigma inexplicable;  
LA GLORIA Y EL BALDÓN DEL UNIVERSO.

Vé, pues, ser portentoso, y en las alas  
del genio, al templo de las ciencias sube.  
Pesa el aire y la luna: en el espacio  
la órbita traza do los astros giren  
y los raudos e indóciles cometas.  
Mide la tierra; y encadena el rayo.  
Regla el flujo del mar: registra el polo  
en frágil tabla y en seguro rumbo:  
aventúrate osado por los aires  
a nuevos mundos y a conquistas nuevas:  
o con Platón remóntate al Empíreo,  
y el eterno ejemplar allí contempla  
de lo bueno, lo bello y lo perfecto.  
O entra en el laberinto que formaron  
sus secuaces después, y dí que el alma  
la verdad contemplando, desprendida  
del ministerio fiel de los sentidos  
y del dulce aguijón de las pasiones,

sólo así imita a Dios; como los necios sacerdotes de Oriente que, aturdidos en el perpetuo giro de su frente, creen imitar al sol. En fin, enseña a Dios el modo de regir el mundo. Y después entra en tí... Y confundido, reconoce tu error y tu miseria.

Quando los seres superiores vieron de un ser mortal el noble pensamiento de revelar las leyes de Naturá, se admiraron de que en terrestre forma tanto saber cupiese, y tanta audacia. Pero todo un Newton para ellos era lo que un simio sagaz para nosotros. Mas, quien dar leyes a los astros puede, y refrenar los rápidos cometas, ¿puede, acaso, de su alma un movimiento reglar o describir? A las estrellas manda nacer aquí, y allí ponerse; y él su mismo principio y fin ignora. ¡Cosa admirable! El hombre perfecciona cuanto hay fuera de sí, en ciencias y artes; mas cuando trata el estudiarse él mismo, todo es duda y error. ¡Ay! cuanto trama el día de la razón, tanto la ciega noche de las pasiones lo deshace.

Los principios de acción hay en el hombre: amor propio y razón. El uno evita, la otra contiene. Aquél siempre nos mueve a buscar el placer y evitar siempre la pena y el dolor. Esta, modera el ímpetu y ardor de las pasiones. Ambos son buenos, útiles, nocivos, según llenan su fin. cual es, movernos a que amemos el bien y el mal huyamos.

Cual potencia motriz, el amor propio nos da el impulso; y la razón exacta en su balanza fiel compara y regla

la acción y movimiento que de él nace.  
Éxtirpa el amor propio: el hombre, al punto,  
en inerte reposo yacería.  
Quítale la razón: y no habrá entonces  
ni modo ni designio en las acciones.  
¿Qué fuera el hombre así? planta que nace,  
vegeta, se propaga; en fin, se pudre;  
o cual meteoro que, sin ley vagando,  
destruye cuanto encuentra, y se disipa.

El principio motor es el más fuerte:  
activo y eficaz incita, impele.  
El principio rector, quieto, sereno,  
dando consejo y luz, llena su oficio,  
deliberando y conteniendo siempre.  
El amor propio nuevas fuerzas cobra  
mientras mira más próximo su objeto:  
por la presente sensación conoce  
el bien que anhela y el placer; en tanto  
que la razón el bien mira en distancia,  
lo examina y previene sus efectos.  
De nuestra propensión los movimientos  
más fuertes nos asaltan, más frecuentes  
que no las voces de razón: mas ésta  
o dirigirlos sabe, o suspenderlos,  
siempre velando y persuadiendo siempre.  
Todo su arte y poder, toda la fuerza,  
en no dejarse sorprender consiste.  
Y si vence una vez, su afán, su imperio  
se hace fácil, y aun grato repetido.  
Así por grados la razón se afirma:  
y así queda también el amor propio  
contento y útilmente reprimido.

Que el sutil escolástico más diestro  
en dividir lo que Natura uniera;  
que en componer y unir, sude, se afane  
por hacer que entre sí pugnen discordes  
ambos principios por esencia amigos;  
neciamente sagaz, rompa, divorcie  
la razón de las gratas sensaciones

y la virtud de las amables gracias:  
doctores cuya ciencia toda estriba  
en hacerse cruel guerra sobre nombres  
sin jamás entenderse y, muchas veces,  
entendiendo lo mismo; y cuya gloria  
es el no darse nunca por vencidos...  
¡dejemos que ellos la verdad ofusquen  
con gritos y perpetuas distinciones;  
y quedemos nosotros convencidos,  
que amor propio y razón a un fin conspiran!  
Ambos por el placer y el dolor sienten  
afecto, o aversión irresistible.  
Mas, impaciente, aquél se precipita  
sobre su objeto y devorarlo quiere.  
Es la razón más pródiga, más sobria,  
y sin dejar la flor, la miel extrae.  
El bien, no el mal, del uso moderado  
de los placeres naturales viene.

Las pasiones no son sino amor propio  
bajo formas diversas: las excita  
del bien—ya verdadero, ya aparente—  
o la presencia, o la esperanza. Y, como  
no todo bien comunicarse puede,  
y todos conservarnos, mejorarnos,  
o por instinto, o por razón debemos:  
pasiones hay que, no dañando a nadie,  
aun en sí concentradas, serán buenas.  
La razón en su bando las admite,  
las cuida, las fomenta. Otras pasiones  
posponiendo su bien al bien ajeno  
y a la salud y gloria de la patria,  
son nobles, generosas y sublimes;  
la razón las aplaude y las admira,  
y de alguna virtud les presta el nombre.

En su inerte indolencia que se jacte  
el fiero estoico: su virtud inmóvil  
es cual monte de hielo, a sus entrañas  
todo el calor retira y se adormece.  
¡Dura y necia virtud! La virtud cierta

vive en la acción, y en el reposo muere.  
Cuando una tempestad nace en el alma,  
eso la impele a obrar: su acción repara  
el mal parcial, y se preserva el todo.

Sobre el oceano de la vida vamos  
siempre agitados: la razón nos sirve  
de norte, y las pasiones son los vientos.  
Sin esa, no salvamos los escollos:  
sin éstas, en quietud nos consumimos,  
y es un lago mortífero la vida.  
Ni Dios ama el reposo: de improviso,  
sobre las alas de los vientos vuela,  
o, de las tempestades en el carro,  
atronando los cielos se pasea.

La esperanza, el amor, que en torno vuelan  
del amable placer; la pena, el odio,  
familia del dolor; compasión, ira;  
rigor, piedad, y todas las pasiones,  
son cual los elementos naturales:  
discordes entre sí; mas, combinados,  
principios dan de producción y vida.  
Regladas, concertadas ellas marchan  
por do quiere natura, y así llenan  
el fin de la creación: el bien del hombre.

Usar, gozar, temprar,—no, extirpar—debes.  
¿Qué! ¿Lo que constituye el ser del hombre,  
el hombre mismo deberá extirparlo?—  
No. — Del mismo contraste de pasiones  
nace el concierto, nace la armonía  
de las operaciones de nuestra alma.  
Son la sombra y la luz que, bien mezcladas,  
prestán la consistencia y colorido  
a este cuadro fugaz de nuestra vida.

Nos brinda con placeres por doquiera  
oficiosa Natura, y, cuando cesa  
el goce de un placer, ya otro se goza  
con la imaginación y la esperanza.

El alma, el cuerpo, sin cesar se ocupan  
en retener y procurar placeres.  
Cada placer con su atractivo propio  
mueve, mas no igualmente nos seduce;  
pues cada objeto, de diverso modo  
afecta los sentidos: de allí nace  
la varia sensación; y de esta fuente,  
según tienen los órganos más fuerza  
o más debilidad, varias pasiones  
más o menos violentas se arrebatam.

La pasión dominante de ellas crece:  
y crece y reina sola; y semejante  
a la sierpe de Arón, todas las otras  
traga y devora, y las transforma en ella.

Como el hombre al nacer consigo trae  
un principio de muerte, que le arrastra  
su sentido quizás, hasta la tumba;  
y este germen mortífero en su seno  
crece con él, con él se fortifica:  
así, infusa, mezclada en la substancia,  
la enfermedad del alma nace, alienta,  
se torna en la pasión que le domina.  
Y todo la obedece: los humores  
y espíritus vitales atacando  
la parte flaca, a su poder conspiran.  
Todas las propensiones más ardientes  
del corazón; la fuerza del ingenio,  
desde que el alma a desplegarse empieza...  
todo, le sirve bien; y los prestigios  
de la imaginación, al fin acaban  
de afirmar los derechos de su imperio.

Natura le da el ser; y la costumbre  
es la asidua nodriz que las mantiene;  
el genio y los talentos más evitan  
su altiva condición y predominio:  
aun la Razón halaga a esta enemiga,  
consiente en su poder y lo fomenta.  
Tal el sol, con sus rayos más benignos

vuelve más acre el jugo fermentado.  
¿Qué puede la Razón?... La débil reina  
el cetro cede a quien mejor le agrada:  
y nosotros—sus míseros vasallos—  
creemos obedecerla al tiempo mismo  
que a un vil privado suyo obedecemos.

Si ella luchar nos manda y, en vez de armas,  
nos dá para vencer sólo lecciones,  
¿hace más que mostrar hasta qué grado  
somos los hombres débiles y necios?  
Si reprende severa, nos enseña  
a quejarnos no más, no a corregirnos.  
Si amiga exhorta, ¿presta otro consuelo  
que decir que no alcanza a consolarnos?  
Y si de juez en defensor se vuelve,  
la elección que intentamos nos aplaude,  
o la que ya hemos hecho justifica.  
Y, fiera con sus fáciles conquistas,  
las pasiones más débiles entrena  
para que la más fuerte triunfe sola.  
Así presume un médico que expete  
los humores que en una parte dañan  
cuando, sin conocerlo, reunidos  
van a otra parte a producir la gota.

¿Será fuerza extraviarse? No: que abiertas  
están doquier las sendas de Natura.  
Marcha por ellas: siempre te acompañe  
de escolta la Razón, si no de guía.  
Ella sabe reglar nuestras pasiones,  
no destruídas; y a la dominante  
trata sagaz como si fuese amiga.  
Un poder superior infunde, en todos,  
esa fuerza eficaz que nos impele  
a los diversos fines que él previene.  
Ella arribar nos hace al puerto, mientras  
por las demás pasiones combatidos,  
cual por vientos variables, fluctuamos  
sobre este mar inquieto de la vida.

La pasión dominante el caro objeto  
no abandona jamás: si nos excita  
el poder, el saber, la gloria, el oro;  
si el amor del reposo, que es más fuerte  
acaso que los otros; en pos de ellos  
corremos sin cesar, y aventuramos  
por ellos honra y vida... En sus afanes  
el mercader, en su indolencia el sabio,  
el monje en su humildad, y en su fiereza  
un gran conquistador, todos encuentran  
la razón complaciente de su parte.

Mas el Autor Eterno que el bien hace  
nacer del mismo mal, de las más nobles  
y laudables acciones el principio  
de esa pasión indómita deriva.  
Así, del hombre lija la inconstancia:  
y la virtud, al natural mezclada,  
se hace más firme, y ambos se mejoran:  
y así, alma y cuerpo, de concierto operan.

Cual los ramos estériles e ingratos  
en tronco ajeno injertos fructifican,  
así de las pasiones brotan, crecen  
grandes virtudes, cuya raíz se nutre  
del fuerte jugo del salvaje tronco.  
¡Oh, cuántas veces del temor, del odio,  
o de la obstinación y la tristeza,  
nacieron hechos dignos de escribirse  
en los curiosos fastos de las ciencias  
y en los de la moral y de la gloria!  
Aun la ira y la venganza suplir saben  
el celo y el valor: de la avaricia  
nace la precaución; de la pereza  
la modestia quizás y la templanza.  
El impulso sensual, dentro su esfera,  
es amor noble y tierno que enamora  
el corazón del sexo delicado.  
Aun la envidia, tormento de las almas viles,  
de noble emulación sirvió al que sigue  
de Minerva o de Marte las banderas.

Y casi no hay virtud en ambos sexos  
que de orgullo y vergüenza no proceda.

Así nos da Natura las virtudes  
que más cercanas son y más conformes  
al vicio predilecto: él las produce.  
¡Cuánto este origen nuestro orgullo humilla!  
mas la razón al bien siempre cadereza  
la mala propensión: y si sus voces  
Escuchara Nerón, reinara el monstruo  
como un Tito, delicia de la tierra.  
La impavidez y la fiera de alma  
que en Catilina se detesta, admira  
en uno y otro Decio, encanta en Curcio.  
Y la misma ambición salvó un Estado  
o lo vendió vilmente; y dió mil veces  
libertad o cadenas a su patria.

¿Quién de este caos de vicios y virtudes  
podrá apartar la luz y las tinieblas?  
¿Quién sino Aquél que en el antiguo caos  
ensayó su poder, y está en nosotros?

En la naturaleza de las cosas  
los extremos se tocan, y producen  
fines iguales, y en el hombre se unen  
para usos que no alcanza, y se confunden  
unos en otros, como en las pinturas  
de un eximio pincel claros y sombras  
se juntan en unión imperceptible.  
¿quién podrá, pues, trazar la sutil línea  
do acaba la virtud y empieza el vicio?

Y ¿quién tan necio, que por esto infiera  
que no hay ni vicio ni virtud?—Si el blanco  
con el negro color se une y se mezcla  
diversamente, y si de allí resaltan  
colores infinitos, engañado  
con su exterior ¿dirás, del mismo modo,  
**que no hay blanco ni negro?.. Vé y consulta**  
**tu propio corazón: él siempre ha sido**

de la moral oráculo seguro;  
 y su lenguaje es claro al que consulta  
 con ánimo sincero... ¡Ayl mayor tiempo,  
 más fatiga nos cuesta el engañarnos.  
 Es en sí el vicio un monstruo tan horrible  
 que, para detestarle, basta verle.  
 Mas por grados su horror sabe ir perdiendo;  
 ya se hace familiar; lo consentimos  
 por gracia, por piedad: y, al fin, nos manda.  
 Mas nunca convenimos sobre el punto  
 donde el extremo de algún vicio yace.  
 Nunca jamás lo hallamos en nosotros:  
 siempre está más allá, o en el vecino.  
 Así, si aquí pregunto, dó el sur mora,  
 responderán que en Lima: allá, que en Chile;  
 y en Chile nos dirán que, en Patagonia;  
 ¿y allí? quién sabe dónde!... Aun los que viven  
 bajo una misma zona se acostumbran  
 al rigor de su cielo, y se imaginan  
 que otro cielo será más rigoroso...  
 La que un buen natural huye y detesta  
 como inhumana y torpe acción, la misma,  
 por un género más áspero y agreste,  
 es tenida por justa y generosa.

Todo hombre es bueno o malo: aquí no hay medio;  
 mas, en un grado extremo, nadie o pocos.  
 El loco y el malvado sus accesos  
 lúcidos de razón y virtud tienen;  
 y también por accesos, hace el sabio  
 lo mismo que reprueba en su doctrina.

El bien o el mal hacemos sólo en parte:  
 y el amor propio toda acción dirige  
 de vicio o de virtud. — Cada uno tiene  
 un fin, su propio bien, y tantos fines  
 diversos, al Eterno subordina,  
 a su único gran fin: el bien del todo.

El hace que a este fin supremo sirvan  
 la necesidad humana y las pasiones:  
 las torres del orgullo El desbarata,

y los planes del vicio desconcierta.  
Una feliz flaqueza en cada clase  
con arte distribuye; a las doncellas  
da pudor, y altivez a las matronas;  
temor, al estadista; a los guerreros,  
temeridad; al juez, encogimiento;  
fiereza al rey, credulidad al pueblo.  
Aun de la vanidad—que no conoce  
otro fin, otro bien que su alabanza—,  
hace nacer virtudes muy laudables:  
y en fin, nuestros defectos, nuestras mismas  
necesidades, labran la ventura,  
la paz y gloria del linaje humano.

No puede ser feliz el hombre solo,  
ni solo vivir puede. El Cielo quiso  
que en todo dependiesen unos de otros.  
De aquí las varias relaciones nacen,  
sin las que nadie subsistir pudiera.  
Padres, amos, domésticos, amigos,  
cada uno es débil, mas si se unen, todos  
son fuertes y felices. Este lazo  
la sociedad conserva: en ella siempre  
cada cual, su interés propio buscando,  
del interés común estrecha el nudo.  
Nuestra debilidad, nuestras pasiones,  
la mutua dependencia hacen tan grata  
como ella es necesaria. Ella produce  
el amor tierno, la amistad sincera  
y este encanto secreto que nos hace  
la vida siempre amable; y nos enseña  
a resignar, si ya la edad declina,  
los gustos, los amores y afecciones  
tan dulces otro tiempo; así aprendemos  
—ya por razón, o ya por decadencia  
de nuestro ser—, a no temer la muerte,  
a saludarla cuando ya se acerca,  
y a pagar todos el fatal tributo.

Por este medio prodigioso, el hombre  
no sólo llena el plan, sino lo llena

por elección y con placer. Por esto,  
 en cualquiera pasión que le atormente  
 de saber, de placer, gloria o riqueza,  
 nadie su condición cambia con otro.  
 Se cree feliz el sabio con su ciencia,  
 y el ignorante, porque no sospecha  
 que haya más que saber de lo que él sabe:  
 es el rico feliz, con su tesoro;  
 y el pobre, contemplándose el objeto  
 sobre quien vela más la Providencia,  
 Alegre canta el ciego: el mudo danza:  
 el fatuo un rey, un héroe se imagina.  
 Muere el quíptico de hambre, y es dichoso  
 sobremanera en sus delirios de oro:  
 y nadie es tan feliz como el poeta  
 de estériles laureles coronado.

Es un don celestial este contento  
 que en toda situación siente todo hombre.  
 Un amigo común es este orgullo  
 que nunca falta a nadie. Las pasiones  
 propias de cada edad nos estimulan  
 en las épocas varias de la vida:  
 y la esperanza, en fin, que nos alienta,  
 vive en nosotros, con nosotros muere.

Hasta este punto cierto, inevitable,  
 la opinión, dulce error de los humanos,  
 con sus cambiantes rayos embellece  
 las nubes de la vida... Es compensada  
 la falta de razón, con el orgullo,  
 y la falta de un bien, con la esperanza...  
 ¡Orgullo y esperanza! — Si en la copa  
 de la locura el gozo bulle y ríe,  
 y cual su espuma se disipa luego:  
 si la Razón alguna ilusión grata  
 con su luz disipare, otra renace,  
 y otras después cual olas se suceden.

En los bienes y males—caro amigo—,  
 la hondad de Natura reconoce.

Miseria, error, pasión: nada es inútil:  
la misma vanidad no es un don vano.  
Y ¡oh! ¡cuántas veces aún el amor propio  
que, poco generoso, de tus solas  
necesidades afanoso cuida,  
por una fuerza superior te lleva  
a contemplar y consolar las de otro!  
Conoce, en fin, tu ser y tu destino;  
y abraza esta virtud consoladora,  
que aunque ES EL HOMBRE MISERABLE Y NECIO,  
EL SER QUE LO CONSERVA ES BUENO Y SABIO.

Guayaquil, 1840.



## EPISTOLA TERCERA

DE LA NATURALEZA Y ESTADO DEL HOMBRE  
CON RELACIÓN A LA SOCIEDAD

---

### SUMARIO

---

Llena Dios los fines que se propuso en la creación, por medio de la variedad de sus leyes. Una cadena de amor une a todas las criaturas; y si ninguna es por siempre durable, tampoco perece enteramente. Se engaña el hombre si piensa que sólo para su placer y sustento son las obras de Dios. Las criaturas todas son partícipes de sus beneficios — y el hombre, por su propia conveniencia, cuida, alimenta, defiende a los seres que no están dotados de su razón. El instinto guía al animal, la razón, al hombre: el primero es más seguro que la segunda. El germen de su felicidad está en cada ser; y de las necesidades mutuas de todos nace la felicidad común. Todos los seres son vivificados por un mismo fuego, — por el amor, origen de todos los vínculos. El hombre no vivía en el estado natural sin ley y sin freno: la dulce ley de unión, le enlazaba con todas las demás criaturas, y viviendo en comunidad, no se temían unos a otros. Decayó el hom-

bre de su inocencia primitiva; y nuevas necesidades dieron origen a las artes, que no son otra cosa que la mejora de las prácticas enseñadas por la naturaleza. Edifica pueblos, forma sociedades: — nacieron el comercio, el gobierno y las religiones, y se establecen los gobiernos y las leyes...

Dios por diversas y constantes leyes  
llena el fin que creando se propuso.  
Fíjate amigo en este pensamiento:  
ya en la embriaguez que nos infunde siempre  
la robusta salud, el vano orgullo,  
y la insolencia del poder y el oro;  
ya si lecciones damos a los hombres,  
o si votos al Cielo dirigimos,  
contempla el mundo; observa la cadena  
de amor que une entre sí todos los seres.  
Siempre fecunda fórmatos Natura;  
y, apenas sueltos de sus manos, corren,  
se buscan, se aman, se unen.. La materia,  
bajo diversas formas animada,  
tiende a un centro común, obedeciendo  
esta ley general: el bien del todo.  
No hay un sér, no hay un átomo siquiera  
que exista sólo. De las plantas vive  
el animal, y, del despojo de éste,  
vense nacer y vegetar las plantas.  
Nada dura; también nada perece.  
Las formas pasan y suceden nuevas;  
nacen para morir los seres todos;  
mas, para renacer, mueren, cual pompas  
infladas de aire, que del mar inquieto  
se alzan, se rompen, y a la mar retornan.

Un alma eterna que doquier existe,  
 que lo dispone y lo conserva todo,  
 entaza todo sér; el fuerte al débil,  
 el mayor al menor. El bruto al hombre,  
 el hombre sirve al bruto... La cadena  
 jamás se quiebra, ¿pero dónde acaba?

¿Piensas que cuando Dios formaba su obra  
 tú solo estabas en su excelsa idea,  
 y que salió de su reposo eterno  
 sólo por darte ser, placer, sustento?  
 ¿Sólo por ti? ¡Insensato! Quien prepara  
 para tu mesa el recental gracioso,  
 antes pasto le da fácil y grato,  
 y para él los collados reverdecon.  
 ¿Será por tí, que el ruiseñor doliente  
 llena el bosque de trinos melodiosos?  
 No. Es amor quien enciende sus pupilas:  
 placer, quien hace trémulas sus alas:  
 él sus amores y placeres canta.  
 El fogoso bridón que en pompas riges,  
 parte la gloria y el placer contigo;  
 los pájaros del cielo las primicias  
 recogen en los frutos que tú siembras:  
 de las doradas mieses de tu campo  
 cobra el buey su salario merecido:  
 y aun el cerdo—que ni ara, ni obedece  
 jamás tu voz—, de ti servido vive,  
 de ti que rey te jactas de la tierra.

Cual tierna madre, a todo sér Natura  
 dispensa su bondad. La piel que abriga  
 los reyes, antes abrigó a los osos.  
 Y cuando tú, hombre, exclamas: ¡todo es mío!,  
 ¡Mío es el hombre!—te responde el ánsar  
 viendo el afán que pones en servirle  
 y en regalarle siempre. El en su esfera  
 no raciocina mal; porque no alcanza  
 que, si le sirves, es por devorarlo.  
 Mas, así como el ánsar, yerra el hombre

con toda su razón, si cree que el mundo  
es formado para él; no él para el mundo.

Mas esta ley del fuerte sobre el débil,  
y este don de pensar, ¿no dan al hombre  
su derecho al imperio? Bien: permito  
que él rija el mundo, y su tirano sca.  
Mas Natura someté ese tirano  
a los seres que él dice que domina,  
El los cuida y defiende. ¿Quién vió nunca  
el lobo perdonar a los corderos,  
movido de piedad por su inocencia?  
¿O el halcón, que se lanza de las nubes,  
perdonar la paloma por los bellos  
matices de su cuello, o el milano  
dejar en paz al ruisenor, que suele  
turbar con su querella melodiosa  
por las noches el bosque silencioso?

Sólo el hombre de todos cuida, sea  
por placer, o interés, y las más veces  
por fasto y vanidad. El da sus bosques  
a las aves, sus prados a las bestias,  
sus estanques al pez, y aun vemos que alza  
a las fieras palacios y jardines.  
Todos viven por él, y su regalo  
es efecto del lujo de su dueño;  
el cual del hambre y de otras garras libra  
todos esos cautivos tan cuidados,  
que a su gula exquisita se reservan.

Ellos contentos hasta el plazo viven:  
y como heridos de imprevisto rayo,  
sin prever, sin sentir la muerte, mueren.  
Mas vivieron al fin. También los hombres  
servidos y sirviendo, hasta su plazo  
gozan como ellos, y como ellos mueren.

Sólo al irracional el Cielo niega  
la previsión inútil de su muerte.  
Al hombre se la dió, pero de modo

que poniéndole siempre en perspectiva un porvenir feliz, le da un objeto de esperanza en el término temido. La hora es oculta: sin cesar se avanza: mas nunca recelamos que está cerca. ¡Oh portento continuo! Bondadoso esta grata ilusión concede el Cielo sólo a los seres que preven y piensan.

Pero todos, estén o no dotados de instinto, o de razón, todos reciben las dotes propias de su ser, y pueden buscar y hallar el bien que les conviene. Los que en su instinto tienen una regla que nunca los engaña, ¿necesitan para vivir, de cánones o bulas? ¿Cuál preferir? Altiya de sus dotes no sirve la Razón, sino por fuerza: sólo llamada viene; y aun llamada viene si quiere, mientras el instinto cual officioso amigo, siempre existe: no abandona jamás: presto y derecho va a la felicidad sin engañarle. La Razón inconstante, perezosa, libre para extraviarse, se extravía: pasa el blanco, o no llega; y no se afana. Si el bien se ve de lejos, el instinto vuela a su objeto: la Razón se arrastra. En aquél, uno solo es el principio que impele a obrar, y que compara: en ésta los principios son dos, que separados, y acordes rara vez, fuente perpetua son de engaño y error entre los hombres.

Alza, pues, la Razón sobre el instinto cuanto quieras: mas piensa que dirige Dios al instinto; a la Razón el hombre.

¿A las tribus que el mar y el campo pueblan, quién buscar les enseña su alimento, huyendo del nocivo y ponzoñoso?

¿Quién les hace prever la alta marea?  
¿Quién la borrasca; y para defenderse  
edificios formar sobre las aguas,  
o bóvedas alzar bajo la arena?  
¿Quién enseña a la araña artificiosa  
a tirar y cruzar, aún más seguro  
que el geómetra mejor sus paralelas  
sin regla ni compás? Y a las cigüeñas,  
imitando a Colón, buscar osadas  
mundos ignotos en extraños cielos?  
¿Quién las reúne? ¿Quién señala el día  
de la partida, el término del viaje?  
¿Quién dirige en los aires la colonia!

Dios puso en cada ser el germen propio  
de la felicidad que le conviene;  
Mas, como El, hizo un todo, que debía  
ser felice también, su fin llenando,  
dispuso en su saber que de las mutuas  
necesidades de los seres todos  
la universal necesidad naciera.  
Este orden simp'le, eterno, el universo  
conserva, en gratos nudos enlazado  
cada sér a otro sér, el hombre al hombre.

Cuanto bajo del sol vivificante  
en el aire, y la tierra, y mar se mueve,  
goza de una común naturaleza:  
y un calor mutuo, un alma siempre activa  
por todos difundándose igualmente  
los anima, y conserva y perpetúa  
sus gérmenes geniales fecundando.  
Así el hombre; y así los otros seres  
que los bosques, la mar y el aire pueblan,  
todos se aman, y se aman en los otros;  
pues cada sexo un mutuo amor sintiendo,  
se buscan, se requiebran, no se aquietan,  
hasta que con dulcísimo transporte  
ambos seres en uno se confunden.  
No aquí cesa el placer, no el amor cesa;  
que al verse ya reproducidos, se aman

tercera vez en su naciente prole.  
 Ambos la cuidan, la amorosa madre  
 la nutre; el fuerte padre la defiende:  
 la ensayan a volar; y cuando diestra  
 tendiendo el vuelo desampara el nido,  
 cesa el instinto y el amor paterno.  
 Entonces ya los padres la abandonan,  
 y libres buscan en distinta selva  
 nuevo amor, nueva raza en nuevo nido,  
 Más débil, más inhábil en su infancia  
 mayor cuidado necesita el hombre:  
 y este mayor cuidado, entre hijo y padres  
 los lazos forma, que después confirma  
 el tiempo y la razón: el amor mutuo  
 con el grato interés de amarse, crece.  
 Elegimos, amamos, se transforman  
 nuestras mismas pasiones en virtudes.  
 Comunes males, mutuos beneficios  
 benevolencia y gratitud engendran:  
 a una generación otra sucede;  
 y el amor natural, o el de costumbre  
 las conservan y enlazan. Así el niño  
 cuando llega a ser hombre, mira al padre  
 exhausto con la edad; y la memoria  
 de su niñez, la previsión funesta  
 de la vejez a socorrer le excitan  
 al desvalido autor de su existencia.  
 Así la gratitud y la esperanza  
 el interés recíproco sostienen  
 y sin cesar la especie regeneran.

No pienses que el mortal ciego y sin freno  
 en el estado natural vivía:

él observó la ley que Dios por medio  
 de la razón y el corazón dictaba.

El amor propio y el social nacieron  
 con la creación; y enlaza desde entonces  
 la dulce ley de unión todos los seres.

El orgullo, las aries que lo excitan,  
 eran desconocidos; hombres, brutos  
 erraban sin dañarse ni temerse,

y en común disfrutaban mesa y lecho,  
 que Natura doquier les preparaba.  
 No sangre ajena derramaba el hombre  
 para buscar abrigo y alimento.  
 Un bosque, donde en himnos no aprendidos  
 a su padre común alaban todos,  
 era su ejemplo; y el altar no estaba  
 ni ornado en oro, ni teñido en sangre,  
 ni de ministros ávidos servido.  
 El sabio Autor su mundo conservaba:  
 regirlo en equidad fué dado al hombre  
 y usar de todo y abusar de nada.

¡Cuánto de esta inocencia primitiva  
 el hombre decayó! Pierde por rados  
 el horror a la sangre: e insensible  
 al clamor general, mata, devora  
 la mitad de los seres animados:  
 y cruel, la especie de ellos destruyendo,  
 la suya propia pérfido corrompe:  
 la sangre extraña envenenó la suya,  
 y quedaron las víctimas vengadas.  
 Fiebres, dolores, males ignorados,  
 de intemperancia tan feroz nacieron;  
 y nacieron pasiones infernales,  
 que dieron a los hombres en el hombre  
 un enemigo tan atroz como ellas.

En otra edad, necesidades nuevas  
 produjeron las artes: el instinto  
 dirigió la razón. — Naturaleza  
 dijo entonces al hombre: «Rey del mundo,  
 »vé y aprende a vivir de aquellos seres  
 »que oprimes y desprecias: que las aves  
 »te señalen los frutos y los granos  
 »que alimentan, y aprende de los brutos  
 »la virtud saludable de las plantas.  
 »A fabricar te enseñará la abeja;  
 »a hilar la araña; y a labrar el topo;  
 »a tejer el insecto artificioso  
 »que en hilos de oro su vellón entreda;



»y a dominar las olas el nautilo...  
 »dando remos al mar, y vela al viento.

»En el orden moral también del bruto  
 »razón y modo de vivir aprende,  
 »y de la sociedad todas las formas.  
 »Aquí verás palacios soterráneos;  
 »allí ciudades aéreas, populosas,  
 »suspendidas en árboles. Observa  
 »de cada pueblo el genio y el gobierno:  
 »en república viven las hormigas;  
 »en monarquía labran las abejas;  
 »aquéllas, en común, vastos graneros  
 »forman, llenan, consumen y te ofrecen  
 »el ejemplo tan raro entre nosotros,  
 »de independencia y libertad con orden.  
 »En un diverso estado las abejas  
 »se afanan sin cesar; admira cómo  
 »cada cual en su nicho separada  
 »sin pecho ni inquietud, bajo un rey vive,  
 »y de su propiedad goza segura.  
 »Observa, en fin, que ese orden y esas leyes  
 »son simples, sabias, invariables siempre  
 »cual la Naturaleza y el Destino.  
 »Mas tu razón con todo su discurso  
 »no hará más que prender con mayor arte  
 »en la red de las leyes la justicia;  
 »lazo que rompe el criminal potente,  
 »y al inocente desvalido oprime;  
 »no contra la equidad prevalciendo  
 »el rigor del derecho, transformado  
 »será el sumo derecho en suma injuria.  
 »Empero, a tu poder, hombre, somete  
 »todos los seres; todos te obedezcan:  
 »y las artes sagaz perfeccionando  
 »que el instinto creó, que te levanten  
 »como a Rey trono, como a Dios altares.»

Habló Natura: y obedece el hombre;  
 dejó los bosques: fabricó ciudades:  
 se juntó en sociedad — se formó un Pueblo:

cereca de él otro uace; y después ambos  
o por amor, o por temor se unieron.  
Aquí en más dulce clima, ricos frutos:  
allí en valles regados de aguas puras,  
más abundosos pastos y rebaños:  
lo que faltaba a cada cual, y pudo  
arrebatar con armas, permutando  
se lo brindó el comercio; y tornó amigo  
el que tal vez como enemigo vino.  
Trato y amor estrechamente unieron  
los hombres entre sí, cuando no había  
más leyes, ¡oh Natura! que las tuyas,  
ni más imperio, ¡dulce amor! que el tuyo.

Así varios estados se formaron,  
y era el nombre de rey desconocido;  
hasta que el bien común, cual ley suprema,  
puso el poder en manos de uno solo.  
Obtuvo la virtud el primer celso;  
y esta misma virtud, que difundiendo  
los bienes de la paz y de la guerra,  
el respeto y amor filial excitó,  
hizo del rey un padre de su pueblo.  
Y coronado por Natura entonces  
cada patriarca en su naciente estado  
fué a un tiempo rey, y sacerdote y padre:  
y acudado cual otra Providencia  
fué oráculo su voz, ley su mirada.  
El evocó del surco sorprendido  
la nutritiva mies: enseñó el arte  
de usar de todo: y en el mar y el bosque  
prender el pez, domesticar las fieras,  
abatir a sus pies la águila altiva,  
frenar las ondas, dominar el fuego.  
Feliz, hizo felices, hasta el punto  
en que ya débil, y a vejez rendido,  
quien, viviendo, cual Dios fué venerado,  
como triste mortal llorado muere.

De padre a padre remontando entonces,  
el hombre un primer sér halla, y le adora:

o bien por tradición constante, antigua,  
 cree que el mundo debió tener principio.  
 al Cuidador de la Creación distingue,  
 y admite un solo Dios. Y antes que hubiese  
 ofuscado el error esta luz pura,  
 vió el hombre el mundo y, cual su Autor Supremo,  
 vió que todo era bueno, y por las sendas  
 fué del placer a la virtud seguro.  
 Adoró un padre en Dios: sólo amor era  
 su fe, su religión: ni otro derecho  
 divino conoció que el de Natura.  
 Nada temió de Dios; que un Ser Supremo  
 sólo bondad suprema ser podía.  
 Religión y política marchaban  
 de concierto: y un solo fin tuvieron:  
 aquélla, amar a Dios, y ésta, a los hombres.

¿Quién fué el primero que enseñó a los pueblos  
 débiles o vencidos, que han nacido  
 para uno todos? Bárbara, execrable  
 excepción a las leyes de Natura,  
 que envilece la Creación, y en todo  
 trastorna el mundo y contrarresta el Cielo.  
 El fuerte dió la ley; y la conquista  
 era el derecho. Mas de horror, llenando  
 superstición el alma del tirano,  
 partió luego con él la tiranía;  
 medra a la sombra del poder y nombra  
 Dios, al conquistador; al pueblo, esclavo.  
 Ella, atenta a su plan, cuando sentía  
 tronar la nube, fulgurar el rayo,  
 bramar los montes y temblar la tierra,  
 anunció con misterio y amenaza  
 deidades invisibles, poderosas,  
 que implorase el soberbio, y ante quienes  
 se postrasen los débiles temblando.  
 A su mágica voz lanzaron luego  
 el Cielo dioses, y el abismo furias.  
 Aquí fijó el Elísio: allí el Averno:  
 forjó el temor entonces sus demonios:  
 dioses crueles, mudables, vengativos,

torpemente sensuales, cual formados  
por tiranos, que en ellos no buscaban  
sino ejemplos y cómplices del crimen.  
En vez de caridad, el falso celo  
armado impera; y el rencor sagrado  
forjó un infierno, y el orgullo un cielo.  
La bóveda celeste ya no atrajo  
las plegarias como antes: no se oraba  
sino en templos magníficos; de mármol  
ya fué el altar, y se regaba en sangre.  
Empezó el sacerdote a saborearse  
con carne de las víctimas, y presto  
de sangre humana el ídolo salpica:  
y en silencio y terror puso a la tierra  
con el rayo de Dios: y aun de Dios hizo  
un instrumento cruel de sus venganzas  
o un ministro oficioso y complaciente  
de todos sus caprichos y pasiones.

Por estas artes concentrando el hombre  
todo su amor en sí, se procuraba  
riquezas y poder, gloria y placeres.  
Mas este amor, que atropellaba ciego  
leyes, derechos, equidad, decoro,  
por dar satisfacción a sus deseos.  
siendo a todos común, al fin produjo  
el freno que pudiera reprimirle:  
gobierno y leyes. — Pues si alguno quiso  
un bien que los demás también querían,  
¿la voluntad del uno contra todos  
pudo prevalecer? ¿Cómo seguros  
gozar y conservar lo que nos puede  
en medio el sueño, y en el claro día,  
o sustraer la astucia del más débil,  
o arrebatarse la audacia del más fuerte?

Preciso fué ceder alguna parte  
de libertad y natural derecho,  
para vivir tranquilos y que todos  
unidos de concierto defendiesen  
su propiedad, la de otros defendiendo.

Aun los reyes se vieron obligados  
a ser por su interés justos y buenos.  
Fué así que corrigiendo el amor propio  
su impulso natural, depender hizo  
el bien individual del bien de todos.

Entonces felizmente se levanta  
un genio superior y generoso,  
de Dios ministro, amigo de los hombres,  
leal patriota, o inspirado vate,  
que la moral sublime de Natura  
y su fe primitiva restablece;  
de la luz natural el brillo antiguo  
reanima, mas no enciende una luz nueva:  
de la Divinidad sobre la tierra,  
si no la imágen, nos mostró la sombra;  
a los pueblos y reyes juntamente  
enseñó sus deberes y derechos,  
y a no llevar ni tensas ni muy laxas  
las delicadas riendas del gobierno.

El proclamó el principio, que no puede  
existir sociedad feliz y libre  
donde no estén los miembros ordenados  
de modo, que oprimido uno, se sienta  
por todos la opresión. De allí provino  
el concierto armonioso de un Estado,  
donde por la misión de los poderes,  
y el mismo choque de intereses mutuos,  
es libre el pueblo, y el gobierno firme.

Tal es también del mundo la armonía  
que nace de la unión y del concierto  
general de las cosas: donde todos,  
grandes, pequeños, débiles y fuertes,  
se unen para ayudarse y defenderse,  
y no para ofenderse ni dañarse:  
donde es más poderoso, quien más sirve,  
y más feliz, quien hace más felices:  
y donde a tu fin, a un centro tienden todos,  
ángeles, hombres, brutos, siervos, reyes.

Que sobre formas de gobierno alterquen  
los necios cuanto quieran. El gobierno  
mejor, es el mejor administrado.

Sobre modos de fe, que el falso celo  
dispute y se enfurezca disputando.  
Quien no hace mal, quien hace bien al hombre  
la Religión profesa verdadera.  
Sobre esperanza y fe todos discuerdan;  
mas sobre caridad nadie contiende,  
que ella es el lazo, el fin, alma y corona  
de la Creación, el bien del universo.  
Contrariar este fin, romper este orden,  
eso es error y orgullo; y cuanto influya  
a mejorar y hacer feliz al hombre,  
eso sólo es verdad, y de Dios viene.

Vivir no puede el hombre sin apoyo,  
cual generosa vid que mayor fuerza  
del amor con que abraza a otra recibe.  
Sobre sus ejes los planetas ruedan,  
a un mismo tiempo en torno al sol girando:  
así el hombre también a dos impulsos  
diversos, no discordes, obedece.  
Por el uno, en sí mismo se concentra;  
y por el otro sirve el universo.

Así concatenó todas las partes  
de su obra Dios; y quiso que uno mismo  
fuese el amor social y el amor propio.

Guayaquil, 1840.



## UN SUEÑO

CANCIÓN

Visitóme el amor esta noche  
con un dulce, gratísimo sueño:  
yo soñé que a mi angélico dueño  
de este modo empezábale a hablar:

—Saber puedes las veces que te amo  
si las luces contares del cielo,  
y las hojas que cubren el suelo,  
y las olas que baten el mar...—

Ella me oye, y gustosa y afable  
corre a mí con el seno entreabierto...  
Mas ¡ay triste! que al punto despierto,  
y era sobra lo que iba a abrazar.

Loco, ciego, impaciente, furioso,  
salto luego del lecho gritando:  
—¡Duro amor! ¡duro amor! ¿hasta cuándo  
hasta cuándo me quieres hurlar?



## Caución indiana

(IMITACION DE CHATEAUBRIAND)

Entre las sombras mudas,  
por esta alzada loma,  
yo busco a mi paloma  
en alas del amor.

Yo voy a sorprenderla  
allá en su mismo nido,  
solitario y querido,  
antes que nazca el sol.

Le di un hilo de cuentas  
que siempre al cuello lleve;  
tres blancas, cual la nieve,  
indican su candor:

tres verdes, mi esperanza  
de gozar sus favores;  
tres negras, mis temores;  
y tres rojas, mi amor.

Yo voy a sorprenderla  
antes que nazca el sol.

Cual conchita de nácar  
de perlas guarnecida,  
su boca reducida  
exhala grato olor.

Sus ojos, de paloma  
que arrulla lastimera;

su larga cabellera  
es un campo, de arroz.

Yo voy a sorprenderla  
antes que nazca el sol.

Sus mágicas palabras  
son bálsamo suave  
que las heridas sabe  
curar del corazón.

Sus pechos son cabritos  
en un día nacidos,  
de una madre paridos  
y del mismo color.

Yo voy a sorprenderla  
antes que nazca el sol.

Cubra su dulce aliento  
de sombra voluptuosa,  
esta hacha luminosa  
que mi amor encendió.

Yo alegraré su seno,  
cual alegra el rocío  
en el ardiente estío  
las hierbas y la flor.

Yo voy a sorprenderla  
antes que nazca el sol.

¡Oh Mila! que yo vea  
pendiente de tu seno  
y de mil gracias lleno  
el fruto de mi amor.

No temeré, mirando  
su sonrisa agraciada,  
ni la vejez helada,  
la muerte ni el dolor.

Yo voy a sorprenderla  
antes que nazca el sol.

La Patria en el poniendo  
su gloria y su esperanza,  
le fiará la venganza

---

de su ultrajado honor.

Y meciendo su cuna  
fumaré en paz sabrosa  
mi pipa deliciosa,  
cantando esta canción:

«Entre las sombras mudas  
por esa alzada loma  
yo busqué a mi paloma  
antes de ver el sol.

Yo vine a sorprenderla  
aquí en su mismo nido,  
solitario y querido,  
y aquí pagó mi amor.»

---



## Alfabeto para un niño

AMOR de patria comprende  
cuanto el hombre debe amar.  
Su Dios, sus leyes, su hogar,  
y el honor que los defiende.

BONDAD, el que la merece  
con ánimo siempre igual,  
ni se abate con el mal,  
ni en el bien se ensoberbece.

CANDOR en toda expresión,  
callar lo más que pudieres;  
muy cortés con las mujeres,  
pero sin afectación.

DIOS es el sabio Creador  
que conserva y ama al hombre,  
sea cual fuere su nombre,  
condición, secta y color.

ESTUDIO y aplicación  
forman a la juventud,  
y emulación de virtud  
sin envidia y ambición.

FRANQUEZA, nunca indecencia,  
usa en la conversación;

disimulo, y no ficción;  
libertad, nunca licencia.

GRATITUD siempre al favor  
es un deber justo y grato;  
y por eso el hombre ingrato  
es un monstruo que da horror.

HONOR es en sumo grado  
el alma del ciudadano:  
sin honor es miembro vano,  
o pernicioso al Estado.

IRA hace al hombre un tirano  
de inferiores y de iguales:  
la ira es propia de animales,  
porque no es afecto humano.

JUEGO es una diversión  
honestas, si es moderado;  
pero si es inmoderado  
causa nuestra perdición.

LIBERTAD ¡oh dulce nombre!  
hermoso y celeste don:  
tú eres el alma del hombre.  
tú eres la misma razón,

MORAL, la sana moral  
consiste en amarse bien,  
en hacer a todos bien  
y en no hacer a nadie mal.

NATURALEZA sagaz  
llena y rige el Universo:  
todo está bien; el perverso  
solamente está de más.

ORO es un bien apreciable  
para el cómodo sustento;

pero es el mayor tormento  
la sed del oro insaciable.

PEREZA es enfermedad  
tan mala como la muerte;  
así no cabe el inerte  
en ninguna sociedad.

QUIJOTERÍA es un vicio  
que causa risa y desprecio,  
pues en un quijote necio  
corre aventuras el juicio.

RESPECTO a los superiores,  
respeto y amor al padre,  
amor, ternura a la madre,  
reverencia a los mayores.

SOCIEDAD es el estado  
en que con otros vivieres,  
y serás social si fueres  
justo, modesto y ascado.

TIRANÍA y opresión  
sucenan y expresan lo mismo:  
para salir de este abismo  
es honrosa toda acción.

VENGANZA, nunca jamás:  
nunca, nunca odio o rencor;  
porque no hay placer mayor  
como amar y perdonar.

Yo debo ser el primero  
para mi conservación;  
mas por buena educación  
en sociedad el postrero.

ZELO en cumplir su deber  
en cualquiera condición,

---

será la única ambición  
que un niño debe tener.

Estas reglas, hijo amado,  
te harán un niño gracioso,  
un joven pundonoroso,  
un hombre bueno y honrado  
y un anciano respetado,  
que a sus iguales auxilia,  
sus diferencias concilia,  
con bondad, no con rigor,  
y muere siendo el honor  
de su patria y su familia.

---



## Oración de la infancia

---

Señor, tu nombre santo  
Celebra la voz mía  
En armonioso canto,  
Cuando brilla la luz del nuevo día.

Tú mandaste a tu sol que disipara  
las sombras de la noche, y obediente  
por la inflamada esfera  
emprende su magnífica carrera.

Vida, belleza, acción, todos los seres  
recobran ya; la tierra se engalana  
de flores, y presenta  
una nueva creación cada mañana.

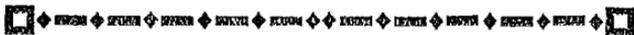
Señor, tu nombre santo  
Celebra la voz mía  
En armonioso canto,  
Cuando brilla la luz del nuevo día.

Así también, oh Dios, pues el Sol eres  
verdadero del mundo, ocupa, enciende  
todos los corazones,  
y dirige a tu ley nuestras acciones.

---

Si te es grata la voz de la inocencia,  
escúchanos, Señor; bajo tus alas  
por a los que te adoran  
y tu luz, tu piedad, tu gracia imploran.

Señor, tu nombre santo  
Celebra la voz mía  
En armonioso canto,  
Cuando brilla la luz del nuevo día.



## Canción al nueve de Octubre de 1820

---

¿Veis esa luz amable  
que raya en el oriente  
cada vez más luciente  
en gracia celestial?

Esa es la aurora plácida  
que anuncia libertad—  
esa es la aurora plácida  
que anuncia libertad.

### Coro

Saludemos gozosas  
en armoniosos cánticos  
esta aurora gloriosa  
que anuncia libertad,  
libertad, libertad.

Nosotras guardaremos  
con ardor indecible  
tu fuego inextinguible,  
oh santa libertad,  
Como vestales vírgenes  
que sirven a tu altar —  
como vestales vírgenes  
que sirven a tu altar.

## CORO

Saludemos gozosas  
en armoniosos cánticos  
esta aurora gloriosa  
que anuncia libertad,  
libertad, libertad.

Haz que en el suelo que amas  
florezca en todas partes  
el culto de las artes  
y el honor nacional,  
Y da con mano pródiga  
los bienes de la paz —  
y da con mano pródiga  
los bienes de la paz.

## CORO

Saludemos gozosas  
en armoniosos cánticos  
esta aurora gloriosa  
que anuncia libertad,  
libertad, libertad.





mas que otro tiempo me agradaba Roma,  
más que otro tiempo me agradaba Grecia.

Y este héroe sin ejemplo  
que la Victoria colocó en su templo,  
no debe estar allí. Muchos varones  
por sus grandes acciones  
igual gloria tuvieron;  
y Bolívar merece  
lo que ningunos otros merecieron.  
¡Cuantos conquistadores  
en sangre humana todos empapados  
fueron en ese templo colocados  
y en él reciben fáciles honores,  
que la virtud o la verdad reprueban!  
No es ésta, no, la gloria que merece  
quien de Libertador el nombre lleva;  
es de la Libertad, pues, en el templo  
donde su imagen colocarse deba,  
donde un ara le sirva distinguida,  
donde con pocos este honor divida.

Aquí vendrán los pueblos a ofrecerte  
el tributo de amor y de alabanza  
que el honor sólo y la virtud alcanza.  
Por él las ciencias y las artes  
serán subidas a mayor alteza  
y nos darán poder, gloria y riqueza.  
Por él los campos se ornarán de flores  
y los pomposos árboles de frutos;  
por él los labradores  
el premio gozarán de sus sudores;  
por él nuestro comercio reanimado  
podrá tender el ala voladora  
al sur, al norte helado  
y a los felices reinos de la aurora;  
y por él las naciones a porfía  
ofrecerán al pueblo americano  
su alianza y su amistad. Y entre nosotros  
el joven, el anciano,

todas, todas las gentes  
en condición y sexo diferentes,  
cual familia de hermanos,  
le entonarán con efusión muy tierna  
himnos de honor y gratitud eterna.





## ALOCUCION

PRONUNCIADA POR LA SEÑORA CARMEN AGUILAR

EN EL NUEVO TEATRO DE GUAYAQUIL,  
EN LA NOCHE DE SU APERTURA

(20 de Agosto, 1840)

Brilló por fin el suspirado día  
que excitó ardientemente mi deseo  
de ver el suelo de la Patria mía.

Brilló por fin;—y el Cielo bondadoso  
(¡tánto con él un justo voto alcanza!)  
fácil, me ha concedido  
una gracia mayor que mi esperanza:  
pues al volver al suelo tan querido,  
y al respirar este aire delicioso  
que enajena el sentido, y que me alienta,  
la feliz ocasión hoy me presenta  
de ofrecer al concurso numeroso  
de mis caros paisanos,  
mis débiles talentos  
en el arte que instruye deleitando,  
despierta generosos sentimientos,  
y los preceptos de moral austera  
endulzando con gratas ilusiones,  
uneve, exalta, modera las pasiones,

que son los elementos de la vida  
y de la dicha humana,  
si la razón las rige soberana.

Pasaron ya los tiempos tenebrosos  
en que el Teatro proscrito, envilecido  
quedó en silencio y vergonzoso olvido.  
Mas el genio del hombre que se burla  
del poder y la fuerza más violenta,  
y que ufano y más libre se levanta  
cuando oprimirle algún tirano intenta;  
las cárceles rompiendo  
por regiones voló desconocidas;  
y ostentación de libertad haciendo,  
abortó dramas varios  
de su fecunda inagotable vena  
no sólo al arte, a la virtud contrarios.

El mal fué inevitable; pues la escena  
despreciada, las reglas se olvidaron,  
y el error, el capricho, el indecoro  
fueron las solas musas que reinaron:  
que al genio más feraz y envanecido  
en su propia osadía,  
si indócil, si rebelde,  
ni las reglas, ni métodos observa,  
como a joven ardiente, lo extravía  
su misma libertad, — su ardor lo enerva.

Grande fué el mal; pero mayor la culpa  
de los que pretendieron  
el reino restaurar de las tinieblas,  
aliadas, naturales y oficiosas  
del crimen y el poder: y osados fueron  
a sofocar la acción, la voz, el genio,  
prensa, tribuna, teatros, academias...  
¡Cuál habría sido su brutal contento  
si pudiesen también el pensamiento!

Algún rayo de luz en varios dramas  
se vió, es verdad, brillar por intervalos;

mas no por ellos se miró la escena  
menos desierta, y deshonrada menos:  
pues el buen gusto repelió los malos  
y el falso celo proscribió los buenos.

Al fin plugo al destino  
dar el triunfo a la luz. Del alto cielo  
la santa Libertad graciosa vino,  
y entre nosotros alza su estandarte.  
A la simple y veraz filosofía  
llama a su lado — y el imperio parte.

A su vista tembló la Tiranía:  
y de sus manos lánguidas el cetro  
se le desliza, — o bien se le arrebató.  
Las bárbaras costumbres se disipan  
cual nubes ante el sol: y allá en ingrata  
región del norte helado se condensan  
nuevo orden, nueva ley, nuevas naciones  
que el patriotismo y el valor defienden:  
y para fomentar estas virtudes,  
grandes ejemplos, útiles lecciones  
de la filosofía y de la historia,  
se nos ofrecen siempre a la memoria.

Ved allá en Grecia, viuda de los dioses,  
y cuya sombra impone todavía,  
los milagros del teatro portentosos,  
a que Sócrates mismo concurría,  
su voz grave y solemne  
mezclando a los aplausos numerosos  
de que el gran circo resonar solía;  
y allí se vió la primitiva escena  
de pompa, majestad y gracia llena,  
si al vicio infama, o las virtudes premia,  
a la patria gloriosa  
dar más héroes, que sabios la Academia.

Renovad esos tiempos venturosos,  
oh, digno jefe que, en el patrio suelo,

el bien promueves con ardiente celo!—  
 Aquí, a tu genio activo, infatigable,  
 aquí, por todas partes,  
 la Patria ofrecerá los más preciosos  
 primeros elementos de las artes,  
 que para producir grandes portentos,  
 con que el mundo se asombre,  
 esperan impacientes  
 sólo la mano y dirección del hombre.  
 Árboles, montes, ríos, minerales,  
 las recias trabas vergonzosas rotas,  
 con la copia de frutos singulares,  
 brindan a las naciones más remotas.  
 Y antiguas selvas, bosques encantados  
 que al amante de Armida fatigaran,  
 esperan una voz que les ordene  
 poner diques al mar, levantar puentes,  
 templos, teatros, alcázares, altares,  
 formar ciudades y poblar los mares.

La mente se adelanta  
 a estos días de gloria y de esperanza.

Mas estas grandes y abundosas fuentes  
 de riqueza, poder y de ventura,  
 vanas, desconocidas, ignoradas  
 como hasta aquí serán, si las dejares  
 brotar inertes en su sombra obscura:  
 si instrucción y moral que avergonzadas  
 en el trato social hasta hoy se miran,  
 y protección imploran,  
 con grata afinidad no se incorporan  
 en el sér de los pueblos, cual se mezcla  
 la luz celeste al aire que respiran:  
 si la superstición y la discordia  
 no se vieren humildes, o humilladas,  
 y cual reinas vencidas  
 marchar al carro de la Paz uncidas.

He aquí el deber sagrado  
 de un Gobierno ilustrado

que a su interés prefiera el de los pueblos,  
y que quiera vivir en su memoria;  
éste será el deber, ésta su gloria.

Ardua, escabrosa, lenta  
será la senda al bien, cual un camino  
que se abre sobre montes y torrentes.  
¡La constancia! de todo triunfa; y puede  
con un poder divino  
forzar a sus intentos el Destino.

¿Y cuál medio más fácil y más grato  
para llegar al término deseado,  
que fomentar un teatro bien reglado  
que su antiguo descrédito desmienta?  
En siglos más felices  
esta la escuela fué do se presenta  
con nobles y graciosos atractivos  
la moral en acción, su austera norma  
haciendo fácil con ejemplos vivos.  
Allí los ciudadanos y los reyes  
y los claros varones  
tomaban las lecciones  
de vivir. — Allí unas veces  
altiva, fiera, en imperial decoro  
calzó la musa su coturno de oro,  
y mostrando el puñal ensangrentado  
horror, indignación, piedad inspira,  
y el corazón nos deja lacerado.  
¿Quién puede ver sufrir sin condolerse?...  
Mas ella al criminal jamás perdona,  
aunque brille en su frente la corona,  
en la tumba o la infamia lo confunde.

O menos cruel, con no menor encanto,  
nobles pasiones en el pecho infunde;  
celo por el deber — el voto santo  
de morir por la patria,  
y aquel ánimo grande, firme, fuerte,  
de preferir al deshonor la muerte.

Otras veces la musa, más humana,  
depuesto el regio manto,  
se presenta cual simple ciudadana,  
y jovial y festiva,  
si el alma poderosa  
de la burla y ridículo maneja,  
con su maligna gracia nos cautiva.  
Nos divierte pintando los caprichos  
del celo, del amor, de la codicia,  
las risibles pasiones de los viejos,  
que obrando mal, nos sacian de consejos.  
Todos yfen, y todos se corrigen.  
El seductor infame, el mentiroso,  
el avaro, el hipócrita, el ingrato,  
sin querer rfen viendo su retrato.

Mas dándonos placer, o acerba pena,  
con mágico poder triunfa la escena,  
haciendo la virtud fácil, amable,  
y el vicio siempre odioso y detestable.

Y vosotros también, oh Ecuatorjanos,  
amigos de la paz y de las artes,  
mis amables y dóciles paisanos;  
aprovechad tan útiles lecciones,  
ya que os dió el Cielo ardiente fantasía,  
indole dulce, natural talento  
y poder admirar tantas bellezas  
que dan renombre al Guayas opulento.  
¿Tanto bien será en vano? No, ya veo  
que algún tiempo darán vuestras acciones,  
con generoso pecho sosteniendo  
el nombre y majestad de nuestra tierra,  
sus leyes en la paz, su honra en la guerra...  
Sí, algún tiempo darán vuestras acciones  
a los genios teatrales argumento  
para inspirar virtud, honor, decencia,  
para arredrar domésticos tiranos  
o refrenar la popular licencia...  
Como son hasta el día  
bello ejemplar los griegos y romanos.

¡Que renazca esa edad afortunada!  
Estos mis votos son los más sinceros,  
y si instruyendo acierto a complaceros,  
yo me diré feliz y bien premiada.  
Indulgencia reclamo; y la merezco,  
pues cuando hoy os ofrezco  
mis débiles talentos en la escena,  
mi genial timidez ¡cuánto se aumenta,  
—oh, mis paisanos caros—,  
por el empeño mismo de agradaros!...

¡Qué inspiración celeste de improviso  
siento dentro de mí!... Y allá, no lejos  
escrito con vivísimos reflejos  
el bello nombre de Ecuador diviso.

Esta no es ilusión. Alza la frente,  
genio del Guayas, que doquier repartes  
con tu abundosa plácida corriente  
el culto de la Paz y de las Artes...  
Alza ufano la frente,  
córre a la mar y anuncia a las naciones,  
que ya en estas regiones,  
asilo de la Paz y Virtud santa,  
el Templo de las Artes se levanta!

Guayaquil, 1840.



## En la muerte de mi hermana

¿Y eres tú Dios? A quién podré quejarme?  
Inebriado en tu gloria y poderío,  
¡ver el dolor que me devora impío  
y una mirada de piedad negarme!

Manda alzar otra vez por consolarme  
la grave losa del sepulcro frío,  
y restituye, oh Dios, al seno mío  
la hermana que has querido arrebatarme.

Yo no te la pedí. Qué ¿es por ventura  
crear para destruir, placer divino,  
o es de tanta virtud indigno el suelo?

¿O ya del coro, absorto en tu luz pura,  
te es menos grato el incesante trino?  
Díme, ¿faltaba este ángel a tu Cielo?

Guayaquil, 1842.





## PARA EL ALBUM

DE LA SEÑORITA ROSA ORTIZ DE CEVALLOS,

INSIGNE PROFESORA DE MÚSICA,  
Y DE SUS DOS BELLAS PRIMAS

Rosa, que por modestia delicada,  
en florecer te places rodeada  
del lindo par de Margarita y Pola,  
huyendo la vergüenza  
de ser en gracia y hermosura sola;  
quien pueda resistir el doble encanto,  
Rosa, de tu mirar, y de tu canto,  
y en grata calma verte y escucharte;  
ése voces tendrá para alabarte.  
Mas no el que, absorto, estático, suspira  
en placer inefable, sin que pueda  
decir qué siente, ni decir qué admira.

Yo te escuché una vez; y todo el día  
en ilusión dulcísima creía  
sentir y respirar, y vivir todo  
en un plácido ambiente de armonía.

Y en el silencio de la noche, cuando  
el mentido concierto me desvela,  
un ángel desprendido  
del Cielo me deslumbra — y me revela

que la virgen Cecilia, que allá ordena  
de serafines el ardiente coro,  
absorta cuando te oye, y suspendida,  
los celestiales números olvida,  
de su alto ministerio se distrae,  
y el arpa de oro de sus manos cae.

Y cuando de improviso  
del místico deliquio se levanta,  
nuevas cuerdas aumenta a su instrumento,  
y del Cordero atento,  
en nuevas notas nuevos himnos canta.

Lima, 1846.



## EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA GRIMANEZA ALTHAUS

Díceme un Dios que dentro el pecho siento,  
que al nacer se me dió fuego divino,  
sólo porque cantara ¡oh! Grimaneza!  
las gracias, la virtud y la belleza.  
Yo cumplí, no sin gloria, mi destino,  
cuando mi corazón y el alma mía  
en vivo amor y juventud ardía.  
Y en premio de haber sido  
siempre fiel al dulce ministerio,  
el Dios a cuyo imperio  
se rinden voluntarios,  
la tierra, el Cielo, el mar, ha concedido  
su antiguo ardor, su inspiración divina,  
a un genio que fallece obscurecido,  
como el sol que a su ocaso se avicina.  
Si he podido cantar como solfa,  
tuyo es este portento, amiga mía.  
¡Qué gloria para mí! Ver que este día  
la más graciosa y bella no rehusa  
ser la corona de mi anciana musa.

Lima, 1846.





## EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA MERCEDES QUISSÉ

Crece, bella Merced, en gracias crece,  
cual una tierna planta  
que del verjel en gloria se levanta,  
y que en toda estación, fresca, florida,  
preciados frutos sin cesar ofrece.  
Tú floreces así: y en todo tiempo  
de todos celebrada y muy querida,  
crecerás en virtud, que siempre ha sido  
vínculo de heredad en tu familia:  
perpetuando en nuestra fiel memoria  
las hazañas gloriosas de tu padre  
y las amables gracias de tu madre.

1 ~~~~~ 2167



## INSCRIPCION

PARA EL TEATRO DE LIMA

Ensalzo la virtud, abato el vicio,  
y al pueblo deleitando,  
en la sana moral le voy guiando.

K ~~~~~



## A la señorita Carolina Coronado

CON MOTIVO DE SU COMPOSICIÓN A EUGENIO SUÉ

(En 1847 leyó Olmedo en el diario de Madrid *La Época* (número 279) la oda que dedicó la ilustrada poetisa española, señorita Coronado, al novelista francés Eugenio Sué con motivo de la publicación de *El Judío Errante*, oda que termina con los siguientes versos:)

Hoÿ estamos del mundo en las regiones,  
hembras, niños, varones,  
a general concierto convocados;  
caiga perpetua mengua  
sobre aquél cuya lengua  
por vos no rompa en himnos acordados.

Del femenino coro aun el acento  
embarga el sentimiento,  
y a cantaros, señor, vengo yo sola.  
Oídme con dulzura,  
que es verdadera y pura  
la ardiente bendición de una española.

Vos sois francés, la Francia os merecía:  
pero no es patria mía;  
y al ensalzar vuestro glorioso nombre  
añado tristemente:

¡Oh Dios omnipotente!  
¿Por qué no es español tan grande hombre?

Pocos días de vida quedaban ya entonces al eminente vate, y sin embargo era tal todavía su interés por las letras que, a pesar de sus crueles padecimientos, improvisó los versos que insertamos, escribiéndolos con lápiz al margen del mismo impreso; aparecieron por primera vez en el periódico de Guayaquil titulado *El seis de Marzo*:

Y tú, genio feliz, ángel del cielo,  
que en alto verso, inspiración sublime,  
osas cantar al mágico Sué, dime,  
¿qué más puede querer tu patrio suelo,  
siendo tú la su gloria y esperanza?  
¡Indigna desconfianza!  
No ya envidie la España  
ninguna gloria extraña  
teniendo a Carolina.  
Yo soy quien debe, tributando al genio  
de tu musa divina,  
en rima humilde de infeliz ingenio,  
adoración profana,  
clamar en ronco acento:  
Esta preciosa flor, este portento,  
¿por qué no es colombiana?

Payta, 1847.



## EPITALAMIO

En las bodas del Conde de  
Villar de Fuente con la señorita  
Pando.

Ven Himeneo; ven Himeneo.

Un feliz joven  
ya dobla el cuello  
al dulce yugo  
de un amor tierno;  
ya en tus altares  
quema el incienso,  
y ardientemente  
clamar le veo,

Ven Himeneo; ven Himeneo.

Todos se rinden  
hoy a tu imperio,  
y alegres viven  
con ser tus siervos.  
Sin ti los prados  
quedarían secos,  
ni correrían  
los arroyuelos;  
ni regalaran  
al fácil viento  
las tiernas aves  
con su gorjeo.

Ven Himeneo; ven Himeneo.

La virgen tierna  
fijos al suelo  
tiene los ojos,  
los ojos bellos.  
Teme y desea;  
mas, bajo el velo  
de la modestia,  
tiene encubierto  
el fuego, dulce  
de su deseo.

Ven Himeneo; ven Himeneo.

De Amores, Gracias,  
y de tus Genios,  
rodeado baja  
del alto cielo;  
ven, Dios amable,  
hijo de Venus;  
da a los amantes  
tu dulce beso;  
sin ti, amor fuera  
criminal fuego,  
ni hubiera casto  
puro recreo.

Ven Himeneo; ven Himeneo.

Así cantaba lleno de alegría  
un coro de pastores;  
y un coro de pastores respondía:  
«En un hermoso prado,  
donde la rica Flora  
sus primores y galas atesora,  
un bello altar yo miro consagrado  
al Dios de los Amores,  
y al venturoso y plácido Himeneo.  
El altar, coronado  
aparece de flores;  
y las Ninfas y Gracias hechiceras,  
de las más olorosas,  
dos guirnaldas hermosas  
componen, placenteras.

¡Mil veces venturosas  
 las sienes delicadas  
 a las cuales un premio tan sagrado  
 el cielo en su bondad ha destinado!»

Luego la compañía  
 ya el santo altar rodea,  
 ya por el verde prado se pasea.  
 Los pastores decían:  
 «Ven Himeneo; ven Himeneo»;  
 y las tiernas pastoras repetían:  
 «Ven Himeneo, ven; ven Himeneo».  
 ¡Qué dulce alternativa!  
 ¡qué bella perspectiva!  
 ¡qué tocante espectáculo, formado  
 al placer de los ojos y del alma! (1)  
 Ya las voces sonoras  
 se esparcen, se dilatan  
 en las alas del viento voladoras.  
 Al plácido rúido  
 de esta voz delicada,  
 parece recibir vida y sentido  
 aun la Naturaleza inanimada,  
 pues, a su vez los montes repetían,  
 «ven Himeneo, ven; ven Himeneo».

Fácil el Dios desciende, rodeado  
 de sus genios parciales  
 que anuncian a lo lejos su venida;  
 con su tea encendida  
 vienen mil cupiditos retozando  
 y festivos cantando  
 dulces himnos, canciones celestiales,  
 Llegaron al altar; y los zagales  
 con ardiente porfía  
 se alegran, como nunca se alegraron;  
 así, cual suele siempre bulliciosa

(1) Véase el Apéndice al final de esta obra.

la república libre de las aves,  
esforzar más los cánticos süaves  
cuando aparece el día,  
y el fiel Esposo de la tierna Aurora.  
con su llama benigna y apacible  
las altas cumbres de los montes dora.

Toma el Dios las guirnaldas en la mano.  
Todos, todos callaron,  
y esperaban ansiosos,  
que llegasen los jóvenes dichosos.  
Llegan; y la decente compostura,  
los pasos majestuosos,  
la modesta hermosura,  
y ese ánimo tranquilo  
sin embargo de que arde, y de que anhela,  
están diciendo, sin querer decirlo,  
éste González es; ésta es Manuela.

La plácida alegría,  
se deja ver del Dios en la ancha frente,  
da a la joven esposa  
la corona de rosa  
y otra corona igual pone al esposo.

Aquí el más fervoroso  
el cántico del coro enardecido,  
que en dos alas hermosas dividido  
con plácidos transportes de alegría,  
el dulce y grato nombre  
de Manuela y González repeta.

La sonrosada virgen inocente  
aparece vestida  
de ropaje talar cuya blancura  
la fe sincera y pura  
del tierno corazón está indicando,  
y entre el amor, el gozo,  
y el pudor vacilando,  
ya se acerca al altar como temblando.

Se le anuda la voz cuando procura  
pronunciar el solemne juramento,  
solamente su amor en este instante  
lo descubre su seno palpitante;  
su seno, pues sus ojos hechiceros  
cual lánguidos luceros  
innóviles se fijan en la tierra.

Luego el esposo amante,  
mira a la esposa amada  
con ternura indecible ¡oh qué mirada!  
Y un mudo y largo abrazo  
es el sagrado lazo  
con que estrecha Himeneo  
tan sensibles, tan tiernos corazones,  
en fazada felice.  
y alma Fecundidad la unión bendice.



## APENDICE

### Discurso sobre los epitalamios

Yo debí colocar este discurso antes del *Epitalamio* mío, como lo han hecho, antes de sus sátiras algunos autores célebres y entre ellos mi amigo Boileau, el Horacio de la Francia. Pero, como mis observaciones principales de este género de composición, han sido formadas sobre mi *Epitalamio* mismo, no pude anteponer este discurso, sin cometer un error de cronología.

Yo he compuesto; después he meditado; y reglas que ignoraba han sido el fruto de mi meditación. Los Genios creadores, regularmente se forman reglas al componer; las observan antes de conocerlas, y, para oprobio del Arte, salen reglas de mano de la Naturaleza.

La voz *Epitalamio* se forma de dos palabras griegas—*sobre* y *tálamo*. Entre los griegos y los pueblos más separados de nosotros, el día del casamiento, después que la virgen era conducida a la casa del esposo, y colocada sobre el tálamo, se cantaban las alabanzas de los dos y se hacían votos por su felicidad. Esta es la Etimología, y el uso de los *Epitalamios*.

Los *Epitalamios* son tan antiguos, que se conocieron aún entre los Hebreos, desde los tiempos de David. El salmo 44 es un verdadero *Epitalamio*, y nadie duda que lo es el cántico de los cánticos.

Entre los griegos esta especie de poesía sólo era en su principio una exclamación repetida de: *Himeneo*; *himeneo*. Himeneo, hijo de Venus y de Baco era el genio o el númer que presidía los casamientos. Algunos creen que este Himeneo era un vate ateniense que restituyó ilesas unas vírgenes robadas por ciertos salteadores. De cualquier modo que sea, siempre aquella expresión, denota un deseo por la unión perpétua de los esposos y por su felicidad.

Esta exclamación se hizo después una especie de canción. Apolo fué el primero que compuso una, en las bodas de Tetis y Peleo.

La canción degeneró después en un poema particular; invención que se debe a Hesiodo, a quien imitaron después Estercicoro y la divina Safo. El décimo octavo idilio de Teócrito es un *Epitalamio* a Helena, cuando casó con Menelao; Helena, la causa funesta de la destrucción de Troya.

El *Epitalamio* latino tuvo el mismo origen que el griego, con la diferencia de que los latinos comenzaban su exclamación por *Talacio*, *Talacio*. Sería largo referir la historia de esta voz, para los estrechos límites de un discurso; baste decir que *Talacio*, el más bello de los romanos, se casó con una de las más bellas de las Sabinas que robaron los Latinos. La hermosura de los dos hizo este casamiento muy solemne, y como él fué siempre venturoso; la invocación *Talacio* en las bodas de los Romanos, daba a entender que todos deseaban un igual destino a los nuevos esposos.

Esta sola exclamación se usaba todavía en el tiempo de Pompeyo; se le añadieron después los versos *fesceninos* que eran extremadamente obscenos:

. . . . . *Procaz*  
*Fescennina locutio*  
Cátulo

El tierno y delicado Cátulo fué el primero de su nación que redujo, el *Epitalamio* a un poema

regular; desterró la obscenidad de las palabras; pero siempre en su obra se siente alguna lubricidad en el sentido.

Estacio, ha sido más modesto en sus *Epitalamios*; Claudiano indecente; por último, el *Epitalamio* de Ausonio que, por otra parte, es una excelente rapsodia de Virgilio, jamás podrá leerse sin rubor, obra que se perpetúa para eterna vergüenza del ingenio.

Los modernos no han mirado con mucho aprecio este género de composiciones, sea por la dificultad del suceso, sea también por el poco honor que le resulta al poeta. Con todo, Bucanau, entre los escoceses, Malherbe y Rousseau, entre los franceses, y otros, se han desempeñado con felicidad. Yo no he leído nada de estos grandes hombres sobre este punto, a excepción de algunos trozos de bellas letras; pero sus nombres respetables hablarían en su favor, aunque no hiciera su elogio el sabio autor de los tres siglos de la literatura.

De Malherbe, tengo tres odas sublimes; una a Enrique el Grande, otra consolatoria a Du Perrier, en la muerte de su hija, y otra a Luis Trece en su expedición contra Rochela. Esta última sola, descubre en el Poeta, un genio verdaderamente pintórico.

Nuestros españoles también han epitalamiado. Desde los tiempos en que Lope de Vega, Calderón, Moreto, y mil otros, fueron los príncipes del Teatro, casi no hay una comedia, entre el inmenso cúmulo de ellas, en que no haya una pequeña canción que no pueda llamarse *Epitalamio*, cuando casa algún personaje de la fábula. También recuerdo haber leído algunos *Epitalamios* españoles en forma de poemas; pero no podré señalarlos tan distintamente como hice con los antiguos, a quienes trato con más frecuencia; principalmente a los latinos.

¡Oh, mi Horacio, mi dulce, mi eterno amigo; componga en adelante malos versos, si pasare algún día de mi vida sin leerle. Jamás tomé el sueño

sin estar arrullado por el sublime y delicado canto de tus odas!

Como los antiguos son el modelo en estas obras del espíritu, yo he creído que todavía no es tiempo de consagrarme demasiado a la lectura de los modernos: he dejado de beber en los arroyos, para beber en la fuente.

Además de que Garcilaso, Herrera, Figueroa, Villegas, Fray Luis de León (el Anacreonte español), y mi maestro Meléndez Valdés, Iriarte y otros de igual categoría, que son mis contubernales, no han hecho *Epitalamios*, pues aunque Meléndez Valdés ha reducido las bodas de Camacho, que refiere Cervantes, a un drama pastoril, con todo, no merece este nombre; porque, al fin, es drama, y aunque pastoril, es preciso calzarse antes el zueco para componerlo.

El estilo de este drama, su expresión, sus ideas, todo es conveniente al genio de *Epitalamio*. ¿Pero, qué objeto no se hará florido y agradable bajo la mano de Meléndez?

Sus versos divinos son para mí más dulces que la ambrosía; siempre que los leo me parecen nuevos, y siempre me arrebatan; allí conozco los límites de lo dulce y delicado en la sublimidad lírica. Esta digresión me sea dispensada. Yo sería ingrato, si nombrando a mi maestro sofocara los estímulos de mi pasión y mi entusiasmo y dejara correr la pluma sin consagrarle un elogio. ¡Oh Meléndez!

*Quod spiro, et placeo, si placeo tuum est.*

Por casualidad tengo tres *Epitalamios* delante de los ojos: el 1.º a Don Felipe Cuarto, cuando casó con Doña Isabel de Borbón, el 2.º, a los Duques de Cesa, y el 3.º, a un amigo particular, por Francisco López de Zárate, poeta obscuro y sin nombre, que existió a principios del siglo xvii, tiempo en que podía aprovecharse de la luz que aún despedía el siglo anterior, que fué, sin duda, el siglo de Oro para las letras españolas.

Estos *Epitalamios* están escritos al gusto de su

tiempo, las metáforas extravagantes y la pretendida cultura gongorina, lejos de ennoblecer y dar majestad a la poesía, le enervan su vigor divino; la abaten y la ridiculizan.

Pero los aristarcos parece que ya se fastidian de una tan seca y estéril narración! Para explayar, pues, su arrugada ceja, sería preciso hablar ya sobre el estilo del Epitalamio, refiriendo algunos bellos pasajes de los célebres epitalamistas que he citado, añadiendo por corona del discurso, algunas observaciones sobre las partes de que debe componerse esta especie de poesía.

Aunque no tengamos leyes particulares para esta composición, me parece que la naturaleza misma del Epitalamio decide del tono en que debe cantarse; pues en todo género de poesía, cada objeto particular exige su particular estilo, sus colores, sus imágenes, y aun su metrificación.

El Abat Joannet, en sus elementos de la poesía francesa, cree que el mejor modo de hacer un Epitalamio es contenerlo en una alegoría que junte todas las partes, bajo de un solo punto de vista, y Mr. Souchai exige que la ficción sea justa, ingeniosa, propia y conveniente.

Como el Epitalamio es destinado a inspirar alegría, su estilo debe ser natural, sólo admite imágenes placenteras, y descripciones agradables; el sentimiento debe brillar por todas partes. Salomón abunda en todo esto maravillosamente:

*Surrexi, ut aperirem dilecto meo; manus meae stilarunt myrrham...*

*Anima mea liquaefacta est...*

*Fulcite me floribus, stipate me malis: quia amore languo...*

*Domus aspiret dies et inclinentur umbrae vadum ad montem myrrhae et ad collem thuris...*

*Surge propera amica mea, columba mea, formosa mea et veni.*

*Jam enim hiems transiit, imber abiit, et recessit  
Flores apparuerunt in terra nostra, tempus putationis  
advenit: vox torturæ audita est.*

¡Pero, que, sin pensarlo yo estaba trasladando todo el cántico de los cánticos!

Cátulo, en su Epitalamio a Julia y Manlio, se expresa con naturalidad y sentimiento:

Ad domum dominam vocat,  
conjugis cupidam novi  
mentem amore revinciens.  
Ut tenax hedera huc, et huc  
arborem implicat errans,  
vos item simul integre  
virgines, quibus advenit  
par dies agite, in modum.  
Dicite, o Hymenæe hymen  
Hymen, o Hymenæe.  
Te suis tremulus parens  
invocat, tibi virgines  
zonula solvunt sinus;  
Te Hymen cupida novos  
captat auræ maritos.

Aunque en estos dos pasajes *loto cielo distant*, es preciso observar que, en el primero, la poesía está elevada a la grandeza de su origen, y es Dios, esto es, el primer poeta, el que habla por la boca de Salomón.

Si el Epitalamio, como hemos dicho, es una canción que comprende las alabanzas de los esposos, y los votos por su felicidad, se conoce claramente que estas son las dos partes principales. La primera exige todo el genio del poeta, porque las alabanzas deben ser ingeniosas, naturales y convenientes; por esto los Epitalamios y todas las composiciones de este género son regularmente el escollo de los poetas. Las alabanzas serán ingeniosas si salen del fondo mismo de la ficción; serán naturales, si no exceden la verosimilitud poética;

serán convenientes, si son acomodadas al sexo, a la condición y al mérito de las personas.

David, Salomón, Teócrito y Cátulo nos van a suministrar ejemplos que confirmen estas ideas.

David en el salmo citado:

*Speciosus forma prae filiis hominum, diffusa est gratia in labiis tuis: propterea benedixit te Deus in aeternum.*

*Accinge gladio tuo super femur tuum, potentissime. specie tua et pulchritudine tua intende prospere procede, et regna.*

No será fuera de propósito poner aquí la bella traducción de nuestro ilustre paisano don Pablo de Olavide.

«Tú eres el más hermoso, el más perfecto  
 »entre todos los hijos de los hombres,  
 »porque de gracia están tus labios llenos,  
 »Tan hermoso, tan dulce, tan amable,  
 »que al mismo Dios enamoraste, haciendo  
 »que fije en ti sus ojos soberanos  
 »y te bendiga con amor eterno.  
 »Cíñete, pues, la espada y haz que cuelgue  
 »sobre tu muslo el formidable acero,  
 »aunque no necesites de estas armas  
 »para que obtengas todos tus deseos.  
 »Te basta tu hermosura y gallardía  
 »para domar aún al más soberbio;  
 »preparate a venir y corre pronto  
 »a tomar posesión de tu alto reino.»

Salomón en cada palabra ofrece un ejemplo tan sublime y perfecto que deja siempre dudosa la elección. Apuntaremos uno solo:

*Viderunt eam filiae, et beatissimam praedicaverunt, reginae et concubinae et laudaverunt eam.*

*Quae est ista, quae progreditur quasi aurora surgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?*

¿Qué palabra hay en todo este lugar que no sea una imagen tan bella que encante, o una expresión de sentimiento tan sublime, que arrebatara y entusiasme?

Tócrito también ofrece cosas grandes al espíritu y al corazón en el Epitalamio de Helena, que ya hemos alabado.

Después de haber dado coronas de jacintos a las jóvenes de Lacedemonia les hace celebrar de este modo la felicidad de Menelao:

«Tú has venido a Esparta bajo los auspicios más felices. Entre los semi-dioses, tú eres sólo digno de ser yerno de Júpiter. Tú eres el esposo de Helena; las Gracias la acompañan; los Amores están en sus ojos; ella es el ornamento de Esparta, así como el ciprés es el honor de nuestros jardines.»

Después se vuelve a Helena y le dice:

«Nosotros formaremos una guirnalda de flores; la suspendaremos sobre un plátano, y los perfumaremos en tu honor. En la corteza del plátano grabaremos estas palabras: *Honradme todos: yo soy el árbol de Helena.*»

Como el Epitalamio sólo admite imágenes agradables, que exciten alegría, se ve que el bello pasaje de Cátulo, en su segundo Epitalamio no está colocado muy oportunamente. El introduce un coro de jóvenes y otro de vírgenes, que cantan alternativamente las incomodidades y los placeres del matrimonio.

Los versos cantados por las vírgenes son estos:

Ut flos in septis secretus nascitur hortus,  
ignotus pecori, nullo contusus aratro,  
quem mulcent aurae, firmat sol, educat  
imber: multi illum pueri multae optant  
vere puellae; . . . . .  
. . . . . mille illum pueri, mille optavere puellae.  
Sic virgo dum intacta manet, tam cara suis,  
sed cum castum amisit polluto corpore florem

nec pueris jucunda manet, nec cara puellis.  
Hymen, o Hymenace: ades, o Hymanee.

Aunque este lugar sea de una belleza y delicadeza imponderables, ¿quién no concibe tedio por el himeneo con los cuatro últimos versos? ¿Cómo conciliar este odio de las vírgenes por Himeneo, con la invocación ardiente de Himeneo?

Siendo tan natural el desear que sean felices los nuevos esposos, es preciso convenir en que es otra parte del Épitalamio, la forma de los votos por la felicidad.

David, hablando con la esposa de su canto, dice así:

*Et filiae Tyri in muneribus vultum tuum deprecabuntur omnes divites plebis.*

*Pro patribus tuis nati sunt tibi filii: constitues eos principes super omnem terram.*

*Memores erunt nominis tui in omni generatione et generationem.*

Olavide:

«Y las hijas de Tyro  
»vendrán a presentarte doncs ricos  
»acompañados de rendidos ruegos.  
»Y tú, esposa adorada, si perdiste  
»patriarcas y otros que tus padres fueron,  
»como eres tan fecunda, tendrás hijos  
»que sabrán sostener tu santo imperio.  
»Príncipes los harás de tus estados,  
»y ellos, con vivo y fervoroso celo,  
»trabajarán fieles en servirte,  
»y en hacer que prospere tu gobierno.  
»Conquistarán provincias y regiones,  
»naciones vastas, numerosos pueblos;  
»a todas partes llevarán tu nombre,  
»y lo harán conocer al Universo.»

Salomón en su sentido todo espiritual y divino habla de este modo:

*Surge Aquilo, et veni Auster, perfla hortum meum,  
et fluant aromata illius.*

*Aquae nullae non poterunt extinguere charitatem,  
nec flumina obruent illam.*

Tecrito forma estos versos por la felicidad de los esposos cuando canta:

«Venus os inspire un amor muiuo y duradero;  
»Latona os conceda una posteridad feliz;  
»Júpiter os colme de riquezas, que trasmitáis  
»a vuestros descendientes».

Cátulo, finalmente:

. . . . . Bona te Venus  
Juverit quoniam palam  
quod cupis capis; et bonum  
non abscondis amorem.  
Ludite, ut lubet, et brevi  
liberos date... volo parvulus  
matris e gremio suae  
porrigens teneras manus,  
dulce rideat ad patrem,  
semibante tabella  
et pudicitiam suae  
matris indiet ore.

. . . . . At boni  
conjuges, bene vivite, et  
munere assidue valentem  
exerceate juventem.

Yo he encerrado toda la segunda parte del Epitalamio en este solo verso: «Y Alma Fecundidad, la unión bendice.»

¿Cuánto da a entender esta sola bendición de la Fecundidad?

Por lo que hace a la metificación y al número,

---

no tenemos preceptos particulares. Cátulo en tres *Epitalamios* ha empleado tres especies diferentes de verso.

Yo he preferido la silva, por ser más fluida, más natural y acomodada a la ficción que he elegido.

Concluyamos de todo, que los *Epitalamios* son unas canciones en honor de los nuevos esposos, que su estilo debe ser natural, sensible y agradable; y que sus dos partes principales son: las alabanzas a los esposos, y los votos por su felicidad.

Yo me admiro de haberme detenido tanto en una materia tan odiosa para mí. Nada aborrece tanto un poeta como al Himenco. Y así como sólo la amistad pudo obligarme a esparcir flores sobre el lecho nupcial del Conde del Vilar, así también sólo el precepto imperioso de otro amigo pudo hacerme escribir tan dilatado discurso.

Está bien que los hombres solemnicen con transportes de júbilo el principio de la más sagrada de las sociedades; pero, el ojo del poeta sólo mira espinas punzantes donde el resto de los hombres mira rosas y flores esparcidas.





## EPISTOLA A OLMEDO

DE DON ANDRÉS BELLO

Es fuerza que te diga, caro Olmedo,  
que del dulce solaz destituido  
de tu tierna amistad, vivir no puedo.

¡Mal haya ese París tan divertido,  
con todas sus famosas fruslerías,  
que a soledad me tienen reducido!

Mal rayo abraze, amén, sus Tullerías,  
y mala peste en sus teatros haga  
sonar, en vez de amores, letanías,

y, cual suele el palacio de una maga  
a la virtud de superior conjuro,  
toda esa pompa en humo se deshaga;

y tú al abrir los ojos, no en oscuro  
aposento entre sábanas fragantes  
te encuentres, blando alumno de Epicuro,

sino, cual paladín de los que errantes  
de yermo en yermo, abandonando el nido  
patrio, iban a caza de gigantes,

te halles al raso, a tu sabor tendido,  
rodeado de cardos y de jaras,  
cantándote una rana a cada oído.

Y suspirando entonces por las caras  
ondas del Guayas (Guayaquil un día  
antes que al héroe de Junín cantarás).

Digas: «¡Oh venturosa patria mía!  
¿Quién me trajo a vivir do todo hecho  
de autojos de embeleco y de falsía?

»A Londres de esta vez me voy derecho,  
donde, aunque no me aguarda el bien amante  
de mi Virginia, mi paterno techo,

»me aguarda amigo fiel, veráz, constante  
que, al verme, sentirá más alegría  
que la que él me descubra en el semblante.

»Con él esperaré que llegue el día  
de dar la vuelta a mi nativo suelo  
y a los brazos de la esposa mía.

»Y mientras tanto bien me otorga el Cielo,  
¡oh musas! ¡oh amistad! a mis pesares  
en vuestros goces hallaré consuelo.»

¡Ven, ven, ingrato Olmedo! Así los mares  
favorables te allanen su aucha espalda  
cuando a tu bella patria retornares,

y cuando fresca rosa la esmeralda  
matiza de sus campos florecidos,  
Guayaquil la entreteja a tu guirnalda;

y a recibirte salgan los queridos  
amigos con cantares de alegría,  
por cien voces y ciento repetidos.

Ven, y de nuestra dulce poesía  
al apacible delicioso canto  
vuelva ya tu inspirada fantasía.

Otro se goce en el feroz tumulto  
de la batalla, y la sangrienta gloria,  
a la llorosa humanidad insulto.

Otro encomiende a la tenaz memoria  
de antiguos y modernos la doctrina,  
de absurdos y verdades pepitoria.

Mientras otro que ciego te imagina  
en sólidos objetos ocupado,  
y también a su modo desatina,

intereses calcula desvelado,  
y por telas del Támesis o el Indo  
cambia el metal de nuestro suelo amado:

te manda el Cielo que el laurel del Pindo  
trasplantes a los climas de Occidente  
do crece el ananás y el tamarindo;

do en nieves rebozado alza la frente  
el jayán de los Andes, y la vía  
abre ya a nuevos hados nueva gente.

¡Feliz, oh Musa, el que miraste pía  
cuando a la nueva luz recién nacido  
los tiernezuelos párpados abría!

No ciega nunca el pecho embebecido  
en la visión de la ideal belleza,  
de incesantes contiendas el rúfido.

El niño Amor la lira le adereza,  
y dicitale cantares inocentes  
virtud, humanidad, naturaleza.

Oye el vano bullicio de esa gente  
desventurada, a quien la paz irrita;  
y se aduerme al susurro de la fuente,

o, por mejor decir, un mundo habita  
suyo, donde más bello el suelo y rico  
la edad feliz del oro resucita;

donde no se conoce esteva o pico,  
y vive mansa gente en leda holgura  
vistiendo aún el pastoral pellico,

ni halló jamás cabida la perjura  
fe, la codicia o la ambición tirana  
que nacida al imperio se figura,

ni a la plebe deslumbra, insulsa y vana,  
de la extranjera seda el atavío,  
con que tal vez el crimen se engalana;

ni se obedece a intruso poderío,  
que ora promulga leyes y ora anula,  
siendo la ley suprema su albedrío;

ni al patriotismo el interés simula  
que hoy a la libertad himnos entona  
y mañana al poder sumiso adula,

ni victorioso capitán pregona  
lides que por la patria ha sustentado  
y en galardón le pide una corona.

¡Oh! ¡cuánto de este mundo afortunado  
el fango inmundo en que yacemos dista,  
para destierro a la virtud criado!

Huyamos de él, huyamos do a la vista  
no ponga horror y asombro tanta escena  
que al bien nacido corazón contrista.

¿Ves cómo en nuestra patria desenfrena  
sus fuerzas la ambición, y al cuello exento  
forjando está otra vez servil cadena?

¿No gimes de mirar cuál lleva el viento  
tantos ardientes votos, sangre tanta,  
cuadros llenos de horror y asolamiento,

campos de destrucción que al orbe espanta,  
misericordia y luto y orfandad llorosa  
que en vano al Cielo su clamor levanta?

Como el niño inocente que la hermosa  
fábrica ve del iris, que a la esfera  
sube esmaltado de jacinto y rosa,

y en su demanda va por la pradera,  
y cuando cree llegar, y a la encantada  
aparición poner la mano espera,

huye el prestigio aéreo, y burlada  
vista lo busca por el aire puro,  
y su error reconoce avergonzada;

así yo a nuestra patria me figuro  
que en pos del bien que imaginó se lanza,  
y cuando cree que aquel feliz futuro

de paz y gloria y libertad alcanza,  
su ilusión se deshace en un momento  
y ve que es un delirio su esperanza;

fingido bien, que ansioso el pensamiento  
pensaba asir, y aéreo espectro apaña,  
luz a los ojos y a las manos viento.

Huyamos, pues, a do las auras baña  
de alma serenidad lumbre dichosa;  
que si ella engaña, dulcemente engaña.

Y este triste velar, por la sabrosa  
ilusión permutemos, que se sueña  
en los floridos antros de tu diosa.

Dame la mano; y sobre la ardua peña  
donde el sagrado alcázar se sublima,  
podrán dejar mis pies alguna seña.

Mas ay! en vano mi flaqueza anima  
tu vuelo audaz, que al fatigado aliento  
pone pavor la levantada cima.

Sigue con generoso atrevimiento  
a do te aguarda, en medio el alto coro  
de las alegres musas, digno asiento.

Ya para recibirte su canoro  
concierto se suspende, y la armonía  
de las acordes nueve liras de oro.

Y llegas y te sientas, y Talía,  
que al áureo cinto arregazó la falda,  
la copa te presenta de ambrosía.

Y ciñe tu cabeza con guirnalda  
de siempre verde lauro que matiza  
purpúrea flor, y azul, y roja, y gualda.

Y luego que en las cuerdas armoniza,  
el coro celestial en nuevo canto  
celebra tu llegada y solemniza.

«Alma eterna del mundo, numen santo,  
tutela del Perú (cantan ahora  
y sus ondas Castalia enfrena en tanto).

»Envía sin cesar luz bienhechora,  
que cesó de tu tierra la ruína,  
y libre ves al pueblo que te adora.

»La libertad, amable peregrina,  
su templo allí plantó, y allí su llama  
hermosa arde otra vez pura y divina.

---

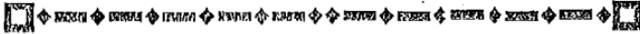
»Y en todos sus oráculos proclama  
que al Madalén y al Rimac bullicioso  
ya sobre el Tíber y el Eurotas ama.»

A escuchar vuela el himno melodioso  
la hueste de los vates inmortales,  
el cielo, el agua, el viento, el bosque umbroso;

y, vestida de diáfanos cendales,  
ocupa el aire en torno al foco santo  
bella visión de cándidas vestales  
que con eterna voz repite el canto.

ANDRÉS BELLO

Londres, 1827.



## Al señor don J. J. Olmedo

---

Cortante espada que en feroz contienda  
abatió vencedora  
cabezas enemigas,  
y fué con sus reflejos tan tremenda  
cual la lumbre del rayo destructora:  
yazca en quietud eterna sumergida;  
en negro orín el tiempo  
envolverá su brillo deslumbrante  
y su filo tajante;  
hasta que carecomida,  
al impulso más leve  
veráse en sucio polvo convertida.

Al alazán bríofo  
que no temió erizadas bayonetas  
de fuertes batallones;  
que por entre los fuegos discurría,  
con vistosos arcos  
las manos levantando  
cual pudiera en festines y torneos;  
que ágil, veloz, impávido y fogoso,  
densas filas rompía,  
y hollaba con sus plantas  
mil cuerpos de guerreros expirando;  
míralo en aquel prado,  
desgreñada la crin, caído el cuello,

por su ingrato jinete ya olvidado.  
Su casco ayer el encrispado risco  
y la áspera montaña hería fuerte,  
y hoy pisa trabajoso blanda tierra.  
Flaco, débil, y mustio,  
próximo a ser despojo de la muerte,  
perdió su ardor natfo  
para la cruda guerra,  
y en la carrera el arrogante brfo.

Atleta corpulento  
en medio el ancho circo  
sus colosales miembros ostentaba  
y su esbelta apostura;  
y no bien entregaba  
con soberbio ardimiento  
y arrogante y gentil desenvoltura  
el brazo a la pelea;  
cuando miraba, al ímpetu violento,  
a sus pies abatido  
al más fiero contrario,  
en polvo, en sangre, y en sudor teñido.  
Pero ¡ah! ya el eco grato de la gloria  
su espíritu apocado no enardece,  
no busca ya el laurel de la victoria,  
el ceño de un contrario lo estremece,  
a la sangrienta lid el cuerpo niega  
y al ocio muelle y femenino se entrega.

Descuidado de ti, raudo caminas  
a igual destino, Olmedo.  
El fuego inspirador del sacro Apolo,  
que arrebató la muerte a las divinas  
mansiones del Olimpo, arde en tu alma.  
Tú conseguiste sólo  
entre los vales del Perú la palma;  
ya la suerte llorando  
de aquel precioso niño  
que abrió sus ojos a la luz del día,  
aun atada la Patria  
al yugo de la negra tiranía;

ya en cántico sonoro eternizando  
el venturoso instante,  
en que el peruano pabellón triunfante  
vió derrocar el trono de Fernando.  
Pero ¡ay! ya sumergido  
en ocio y en silencio,  
no los labios despliegas;  
ni de tu acorde lira  
el eco resonante al aire entregas,  
indócil tu albedrío  
al elevado numen que te inspira.

Tiempo será, si su favor desdeñas,  
que irritado ese numen niegue frío  
su inspiración al canto,  
y en heladas cenizas convertida  
el asuca engendradora de esa llama  
que el corazón te inflama,  
no a elevarse atrevida  
tu voz sonora vuelva  
en sublimes canciones;  
que verdé musgo envuelva  
las cuerdas de tu cítara, y no alcances  
de tu inútil pulsar otra armonía  
que mal ligados sonos.

¿Y verás impasible que se acerca  
ese funesto día,  
—así a tus compatriotas doloroso  
como a tí vergonzoso—  
en que perdido el sacro privilegio,  
que a regiones más altas te sublima,  
entre el profano vulgo te confundas?

¿Tal vez tu blando corazón herido  
por el punzante arpón de los pesares,  
no puede complacido  
darse a dulces cantares?  
¿Tal vez ausente de tu cara esposa  
y del único fruto  
que el Cielo a tus amores reservara,

ligada noche y día  
a tan tiernos objetos,  
huye el poder de Dios tu fantasía?

¡Ahl no, bien sabes, inspirado vate,  
que cual suele apacible ventolina  
disipar tempestuosos nubarrones,  
tal la influencia divina  
de las musas al alma pesarosa  
consuela, tierna amiga,  
con habla cariñosa,  
y la amargura del dolor mitiga.

¿Falta acaso a tu lira asunto digno?  
¿No puedes dar lecciones  
de paz y de grandeza  
a este libre hemisferio,  
elevados ejemplos presentando  
de otras libres naciones?  
¿No ves hondo venero de belleza  
entre los fastos del antiguo imperio?  
¿Lamentar no te es dado los horrores  
de la feroz conquista,  
cuando—por cimentar el poder regio  
de lejanos señores  
acá en nuestras comarcas—  
cometieron el torpe sacrilegio  
los ministros del fiero despotismo  
de hacer correr la sangre de los Incas  
mezclada con el agua del bautismo?

O bien: ¿por qué las mieles destilando  
de angélica dulzura,  
que la amabilidad puso en tu pecho,  
por qué no ensalzas con acento blando  
de nuestros ricos campos la hermosura;  
y en recompensa digna  
del afecto que de ellas merecieras,  
por qué el gentil donaire y la ternura  
que habitan estas playas,  
no celebras, cantor, de las hermosas

y de las que despliegan sus encantos  
allá en las deliciosas  
fructíferas praderas  
que fertiliza el abundante Guayas?  
Tan culpable inacción, destierra, oh vato:  
al mágico poder de tu armonía  
haz que mi pecho ufano se dilate.  
Canta: y el Padre del Perú, bondoso  
al canto sonoro,  
desde su solio diamantino ríe:  
canta: y mi numen inexperto gúfa.

FELIPE PARDO

Lima, 1829.



## EPISTOLA

A DON JOSE JOAQUÍN DE OLMEDO

No es sólo el numen destructor, Olmedo,  
de la sangrienta lid, quien de tu Patria  
los lauros triunfadores apercibe:  
ni el bélico terror sólo resuena  
del Guayaquil en la frondosa margen,  
antes esclava, ya soberbia y libre.  
También allí con nueva pompa, amiga  
de gloria y libertad salvó su templo  
la Piéride ninfa, y en sus aras  
tú el primero quemaste incienso puro.

Tú, Cantor de Junín, hijo dichoso  
de nueva Patria, que en su infancia ostenta  
virtud antigua y brío inexorable  
y odio al poder injusto; tú, que rompes  
el silencio de muerte en que abatido  
yació en siglo execrable, como siervo  
débil, sumiso, el genio americano;  
tú, que al orbe proclamas en acento  
de incógnita armonía, el espantable  
grito postrero que lanzó furiosa,  
mordiendo el polvo y anegada en sangre,  
la usurpación horfenda; no del labio  
la trompa alejes, no, que de la gloria  
no terminara el vuelo esclarecido.  
Aun lucirá en los andes imprimiendo  
nuevo esplendor a la opulenta Lima.

Del porvenir al seno tenebroso  
penetrando veloz, tú del destino  
los arcanos revelas, y en las faldas  
del monte gigantesco ves erguirse  
de ciencia y luces y razón sedienta.  
nueva generación, robusta, dócil,  
de ciencia y luces y razón, sedienta.  
No allí, cual antes, el metal que oculta  
en sus entrañas pródiga la tierra,  
mimenpreciado de los pueblos, fija  
su reverente adoración; ni vierte  
sudor penoso el Inca degradado,  
para llenar del opresor remoto  
las arcas insaciables. Del prestigio  
rompió el genio los vínculos falaces,  
y las espigas ondeantes cubren  
el tesoro que hierros y exterminio  
trajo a la patria, cual leal influjo.  
Leyes benignas y severos pactos  
el templo apoyan, do se sienta altiva  
feliz nación de impávidos guerreros  
y ciudadanos útiles; enlazan  
lauró y oliva el ramo indisoluble,  
y a su sombra fecúndanse esplendentes  
las flores del saber; ni riega el ara  
sangre infanda de víctimas, que al Cielo  
sacrificó, riendo, el fanatismo;  
ni al nombre ilustre de la raza, imbécil  
loor se rinde y bajo acatamiento,  
luz bienhechora la virtud reclama.

Cesa el canto guerrero, y dulces himnos  
entona a la alma paz: gózate viendo  
cuál pródiga en raudales, cuál fecunda  
de ventura los gérmenes preciosos,  
dando al Perú tras bárbara refriega  
los que al Galo y al Iberio y Heleno,  
bienes preciados denegó Fortuna.  
De la nación atlántica gloriosa  
canta la exaltación, que así lo debes  
al noble suelo que te dicra vida.

Su esplendidez magnífica, las moles  
de eterna nieve que su frente ciñen;  
sus valles perfumados en que mecen  
palmero esbélto y verde tamarindo  
las copas elegantes, y el soberbio  
disco del numen que adoró rendida  
la antigua gente, digno asunto ofrecen  
a la lira sonora; y si anhelante  
de prez más alto, plácidas lecciones  
de bienandanza sólida en tus rimas  
quieres dictar al pueblo que te escucha,  
nuevo Marón, las glorias de los campos  
y la tarea que la faz adorna  
de frutos abundosos y cosechas,  
revela al peruano; y la guirnalda  
de lauro honroso que al acero diste,  
timbre más noble del arado sea.

J. J. DE MORA

Londres, 1829.

FIN.

Del porvenir al seno tenebroso  
penetrando veloz, tú del destino  
los arcanos revelas, y en las faldas  
del monte gigantesco ves erguirse  
de ciencia y luces y razón sedienta.  
nueva generación, robusta, dócil,  
de ciencia y luces y razón, sedienta.  
No allí, cual antes, el metal que oculta  
en sus entrañas pródiga la tierra,  
numen preciado de los pueblos, fija  
su reverente adoración: ni vierte  
sudor penoso el Inca degradado,  
para llenar del opresor remoto  
las arcas insaciables. Del prestigio  
rompió el genio los vínculos falaces,  
y las espigas ondeantes cubren  
el tesoro que hierros y exterminio  
trajo a la patria, cual leal influjo.  
Leyes benignas y severos pactos  
el templo apoyan, do se sienta altiva  
feliz nación de impávidos guerreros  
y ciudadanos útiles; enlazan  
lauro y oliva el ramo indisoluble,  
y a su sombra fecúndanse esplendentes  
las flores del saber; ni riega el ara  
sangre infanda de víctimas, que al Cielo  
sacrificó, riendo, el fanatismo;  
ni al nombre ilustre de la raza, imbécil  
loor se rinde y bajo acatamiento,  
luz bienhechora la virtud reclama.

Cesa el canto guerrero, y dulces himnos  
entona a la alma paz: gózate viendo  
cuál pródiga en raudales, cuál fecunda  
de ventura los gérmenes preciosos,  
dando al Perú tras bárbara refriega  
los que al Galo y al Ibero y Heleno,  
bienes preciados denegó Fortuna.  
De la nación atlántica gloriosa  
canta la exaltación, que así lo debes  
al noble suelo que te dió vida.

Su esplendidez magnífica, las moles  
de eterna nieve que su frente ciñen;  
sus valles perfumados en que mecen  
palmero esbelto y verde tamarindo  
las copas elegantes, y el soberbio  
disco del numen que adoró rendida  
la antigua gente, digno asunto ofrecen  
a la lira sonora; y si anhelante  
de prez más alto, plácidas lecciones  
de bienandanza sólida en tus rimas  
quieres dictar al pueblo que te escucha,  
nuevo Marón, las glorias de los campos  
y la tarea que la faz adorna  
de frutos abundosos y cosechas,  
revela al peruano; y la guirnalda  
de lauro honroso que al acero diste,  
timbre más noble del arado sea.

J. J. DE MORA

Londres, 1829.

FIN.



# INDICE

|                                                                                            | <i>Págs.</i> |
|--------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| DON JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO, Conferencia leída<br>en el Ateneo de Madrid, por César E. Arroyo. | 5            |
| POESÍAS. . . . .                                                                           | 39           |
| Mi retrato . . . . .                                                                       | 41           |
| Matemáticas . . . . .                                                                      | 48           |
| En la muerte de la Princesa de Asturias. . . . .                                           | 49           |
| Prólogo a la tragedia . . . . .                                                            | 56           |
| El árbol . . . . .                                                                         | 59           |
| Fragmento del Huli-Lucrecio . . . . .                                                      | 65           |
| A un amigo. . . . .                                                                        | 67           |
| La victoria de Junín . . . . .                                                             | 73           |
| Oda XII. Lib. I de Horacio. . . . .                                                        | 97           |
| Al general Flores . . . . .                                                                | 99           |
| A un niño. . . . .                                                                         | 107          |
| Ensayo sobre el hombre . . . . .                                                           | 108          |
| Epístola primera . . . . .                                                                 | 114          |
| Epístola segunda . . . . .                                                                 | 127          |
| Sumario de la epístola segunda . . . . .                                                   | 131          |
| Epístola tercera . . . . .                                                                 | 146          |
| Un sueño. . . . .                                                                          | 160          |
| Canción indiana . . . . .                                                                  | 161          |
| Alfabeto para un niño . . . . .                                                            | 164          |
| Oración de la infancia . . . . .                                                           | 168          |
| Canción al nueve de Octubre de 1820. . . . .                                               | 170          |
| La libertad . . . . .                                                                      | 172          |
| Alocución. . . . .                                                                         | 175          |
| En la muerte de mi hermana. . . . .                                                        | 182          |
| Para el álbum de la Srta. Rosa Ortiz. . . . .                                              | 183          |
| En el álbum de la Srta. Grimaneza Allhaus. . . . .                                         | 185          |
| En el álbum de la Srta. Mercedes Guisse. . . . .                                           | 186          |
| Inscripción . . . . .                                                                      | 187          |
| A la Srta. Carolina Coronado. . . . .                                                      | 188          |
| Epitalamio. . . . .                                                                        | 190          |
| Epístola a Olmedo, por Andrés Bello. . . . .                                               | 207          |
| Al señor don J. J. Olmedo, por Felipe Pardo. . . . .                                       | 214          |
| Epístola a José J. Olmedo, por J. J. de Mora. . . . .                                      | 219          |